

1967



actualidad de las comisiones
obreras ● la "revolución cul-
tural" china ● guerra en viet-
nam ● ¿el socialismo ha muer-
to ? pues ¡viva el socialismo!
● balance y perspectivas de 30
años de franquismo ● encuesta:
respuestas de f. claudin y
l. pasamar ● textos de j. diaz,
j. negrin y a. nin ●



7

acción comunista

REVISTA MARXISTA INDEPENDIENTE

84P 5423

NOTA

Rogamos a nuestros lectores nos perdonen la tardanza con que ha aparecido este número y que se debe al cambio que observarán de impresión y aspecto. Esperamos que los números siguientes salgan regularmente e incluso que el tiempo que media entre la redacción de los originales y la puesta en circulación de larrevista se reduzca considerablemente.

A. C.



SUMARIO

EDITORIAL :

ACTUALIDAD DE LAS COMISIONES OBRERAS..... 1
- Nota : El Ultimo Engaño 10

NOTAS INTERNACIONALES :

- A propósito de la "Revolución Cultural" China,
Lorenzo Torres..... 11
- La Guerra en Vietnam, Federico Ramos 20

¿ EL SOCIALISMO HA MUERTO ? PUES, ¡ VIVA EL
SOCIALISMO !

Lelio Basso 28

BALANCE Y PERSPECTIVAS DE 30 AÑOS DE FRANQUISMO :

- Acción Comunista se dirige a militantes de diferentes
organizaciones 47
- Respuesta de Fernando Claudin 49
- Respuesta de S. Pasamar 56

DOCUMENTOS DE LA GUERRA CIVIL :

- Los "13 Puntos" de Negrin 62
- Con toda la claridad posible, José Diaz 65
- La situación política y las tareas del proletariado,
Andrés Nin 69

Directeur de la publication : André SOCHON,
39, rue de Varsovie
BOBIGNY (93)
FRANCE

Precio de la suscripción 6 números : 15 F franceses,
150 F belgas , 50 pesetas.

Precio del ejemplar : 3 F franceses - 30 F belgas -
10 pesetas 3 marcos.



« El comunismo, para nosotros, no es un ESTADO que hay que crear, ni un IDEAL hacia el cual la realidad debe orientarse. Llamamos comunismo al movimiento REAL que destruye el orden establecido. Las condiciones de ese movimiento son el resultado de los factores que existen en el presente... [El] proletariado no puede existir sino EN EL PLANO DE LA HISTORIA MUNDIAL, así como el comunismo, es decir, la acción comunista, no puede existir sino en tanto que realidad histórica planetaria. »

K. MARX, « La Ideología Alemana ».

EDITORIAL

Actualidad de las comisiones obreras

La constitución y el desarrollo de las Comisiones Obreras es sin duda alguna el fenómeno más original y sobresaliente en el movimiento obrero español de la posguerra. Y ninguno traduce tan radicalmente la ruptura entre el movimiento obrero de la preguerra y el de la posguerra (ruptura por lo demás, que no representa necesariamente un progreso).

Las Comisiones Obreras están demostrando ser el conducto por el que se expresa y resurge un movimiento obrero que la represión franquista había desmembrado y pulverizado y que hoy reaparece en la escena con sus reivindicaciones porque la lucha de clases y las contradicciones del capitalismo no son una malvada invención marxista, sino una realidad, para contener y torear la cual no bastan pistoleros y nacionalsindicalistas. La vitalidad de las C.O. surge de que en su espontaneidad responden como nadie a las reivindicaciones obreras, a sus aspiraciones (con todo lo que éstas tienen de elemental); su debilidad debida al bajo nivel de la conciencia obrera en la España actual (resultado de la represión franquista, del aluvión de elementos campesinos muy recientemente proletarizados, etc) se presta a dar una orientación reformista e incluso subreformista a las mismas. En el seno de las dichas Comisiones van a forcejear y forcejean ya, todo el abanico que va de los elementos más integrados y ligados a la burguesía (consciente o inconscientemente), "nacionalsindicalistas renovados", demócratas cristianos, etc, hasta núcleos comunistas más o menos carrillistas, más o menos disidentes (que disienten, claro, de Carrillo y del P.C. por la izquierda).

Conviene señalar que la originalidad de las C.O. desconcertó no poco a las organizaciones tradicionales. En sus esquemas — mucho más librescos y petrificados a fin de cuentas que los de ciertos jóvenes cuyo pecado era el de padecer de un cierto "empacho teórico" — el movimiento reivindicativo no podía tener ni adoptar otros cauces que los del sindicalismo clásico, un sindicalismo simple heredero e hijo del de antes

de la guerra. La inviabilidad en las nuevas condiciones españolas e internacionales de la Alianza Sindical (constituida por organizaciones envejecidas y en gran parte exiliadas : UGT y CNT en España, y en Euzkadi además la STV) se mostró ya con la constitución de la ASO, escisión de la anterior, con pretensiones de "modernismo", un "modernismo" a la alemana, de sabor particularmente reformista. Pero aparte de ésto, ni la A.S. digamos tradicional, ni la A.S.O digamos modernista, pudieron conocer el desarrollo que han conocido las C.O. La razón salta a la vista : las Comisiones Obreras han sabido situarse en el límite entre la tolerancia y la ilegalidad, se mueven a la luz del día, mientras que las organizaciones sindicales "renacidas" tenían que mantenerse en la clandestinidad (con mayor o menor libertad de movimientos, pero necesariamente sin aparecer en público). Su representatividad además es muy superior dado que en general están constituidas por delegados elegidos en las propias empresas mientras que los "sindicatos clandestinos" no representan a fin de cuentas sino burocracias exiliadas. ¿Como habrían de poder recoger en esas condiciones el movimiento reivindicativo, orientar las aspiraciones económicas y políticas elementales de amplias masas, si el contacto con ellas era imposible ? El sindicalismo clandestino requería para florecer, la existencia previa en las masas españolas de un nivel político que, de haber existido, hubiese dificultado por razones de otro tipo, la implantación de sindicatos cuyas perspectivas políticas eran simplemente restauradoras, reformistas y aun contrarrevolucionarias.

La utilización de las posibilidades legales que puede ofrecer el régimen ha sido uno de los aciertos de las C.O. y es indudable que una inadecuada evaluación de dichas posibilidades suele ser un error frecuente en las organizaciones obreras. Esto se ha visto una vez más en las últimas elecciones de la CNS que las CO han sabido utilizar para situarse dentro del marco oficial sin por ello confundirse con él. No es que tal peligro — el de integración en una CNS "renovada" — pueda desecharse, y hemos de ver más adelante que no faltan fuerzas que trabajan en este sentido, pero la sagacidad de los elementos más conscientes de la clase obrera ha de permitir utilizar al máximo el escaso margen que ofrezca la legalidad burguesa para ampliar su audiencia e influencia en los medios obreros, contrarrestando así las influencias reformistas e integradoras. En todas partes donde las Comisiones Obreras han presentado sus candidatos, su éxito ha sido rotundo; La abstención ha sido preferida por la clase obrera cuando no había listas anti-CNS.

La visión del P.C. en la cuestión de las C.O. no era de hecho mucho más aguda que la de las viejas organizaciones sindicales. El P.C. lanzó su O.S.O. cuyo límites no desbordaban los del propio P.C. pero que permitía a este colocarse en la carrera de la construcción, ya que no de sindicatos, por lo menos, de las burocracias sindicales que servían de "ersatz" (sustitutos) de los mismos. Menos ligado, sin embargo, que

otros al sindicalismo tradicional (UGT y CNT), menos interesado en su restauración, el P.C. no desdeñó por ello situarse en las C.O. aunque considerando a estas como un caldo de cultivo con que nutrir su O.S.O. y su influencia. El P.C. no tenía propiamente la idea de impulsar las C.O. como órganos autónomos de lucha obrera, de fortalecer y profundizar su acción, de hacer de ellas los portavoces de las masas obreras. Hace mucho tiempo que el P.C. ha invertido o pretende invertir las relaciones del movimiento revolucionario, haciendo de la clase obrera el instrumento dócil del Partido, del Partido el instrumento dócil del aparato, del aparato el instrumento dócil de un cogollo de jerarcas y de éste, la corte aduladora del Jefe de turno. Pero su falta de vínculos con las antiguas UGT y CNT, más aún, la hostilidad hacia las mismas que data de la guerra dió, repetimos, al P.C. una actitud más abierta inclinándole a explorar las posibilidades que encerraban las C.O. : una cierta actitud condescendiente hacia ellas hizo además que sus representantes tuviesen la rienda suelta, pudiendo pegarse así al movimiento espontáneo, y sin pretender utilizar las C.O. para huelgas pacíficas, políticas u otros engendros dispartados. Cabe preguntarse si en la medida en que las C.O. adquieren un peso creciente, los militantes del P.C. no van a verse obligados a seguir más de cerca la línea del Partido, línea con la que el P.C. español, como todo el mundo sabe, no cesa de cosechar "grandes éxitos".

Los sectores sindicalistas democristianos se han esforzado y se esfuerzan igualmente en situarse e influir en las C.O. ; las H.O.A.C. y la J.O.C. sirven y han servido para hacer un trabajo preliminar que hoy puede ser proseguido, y lo es de hecho, en el seno de las Comisiones. Estos son los agentes más caracterizados, junto con algún elemento ex-falangista, etc de una tendencia que se esfuerza en adaptar dichas C.O. al proceso de liberalización y de integrarlas en el tinglado que, no sin vacilaciones y dudas, trata de construir lo que venimos llamando la Oposición burguesa. En efecto, es cada día más evidente que los sindicatos verticales son incapaces de "promover el diálogo" entre la patronal y los trabajadores. Este "diálogo" es urgente entablarlo, primero, porque el andamiaje paleofranquista va a ser desechado o al menos transformado como ya hemos explicado aquí frecuentemente, segundo, porque, habiéndose puesto la clase obrera en movimiento, pretender detenerla con métodos puramente represivos podría conducir simplemente a encabritarla y radicalizarla. Por otra parte, la liquidación o la transformación de la CNS (convirtiéndola en un sindicato "representando" simplemente al sector obrero y deshaciendo la conjunción corporativista de patronos y obreros) puede aportar a la patronal — o al menos a un sector de la misma — libertades nada desdeñables (en materia de despidos, etc.).

En la etapa actual, la burguesía española no considera ni oportuno ni necesario proclamar en lo inmediato la libertad

sindical. En primer lugar, porque la presión de las masas no le obliga a ello, pero además porque de los sindicatos que le servirían de instrumentos en ese marco de libertad sindical no hay más que gérmenes ; para sacar a flote tales instrumentos, constituir las respectivas burocracias y dominar la situación en el marco de esa libertad sindical, habría que hacer concesiones tanto en el plano político como en el económico, que se traducirían en lo inmediato — o teme ella que se traduzcan — en una reducción de sus beneficios, en una reducción de su libertad de maniobra, tanto en el interior, como frente a los problemas económicos que plantea su incorporación en el Mercado Común europeo. La burguesía más avanzada se esfuerza así en suscitar "órganos representativos" de la clase obrera, eminentemente reformistas, que acepten desempeñar un papel regulador en los conflictos laborales. Esta función reguladora no la cumple actualmente ninguna institución, y es indispensable dentro del "capitalismo organizado" en relación con la planificación y previsión con que éste debe trabajar, como consecuencia de la importancia de las inversiones y de su rentabilidad. El ejemplo norteamericano y el de numerosos países europeos, es en este sentido aleccionador.

Para este "diálogo" la burguesía tiene necesidad de intermediarios más ligados a las masas y más populares que los jerarcas sindicales verticales, pero con una mentalidad que garantice su reprobación hacia los excesos reivindicativos y de todo tipo a que tan inclinada es — "por su propia naturaleza" — la clase obrera. Esta mentalidad abunda, verdad es, en las organizaciones obreras pero son los cristianos, los nacional-sindicalistas decepcionados, los ex-cenetistas degenerados, etc, quienes ofrecen, sin duda alguna, las mayores garantías en materia de conformismo ; nadie como ellos presenta ese tinte rosa deslavado que la burguesía pretende hacer pasar por rojo. De hecho, las últimas elecciones sindicales y la relativa libertad en que se han desarrollado constituyen un tanteo y una exploración por parte de la burguesía de las posibilidades que tiene de avanzar en este sentido y de dominar a las masas obreras en un marco de mayor libertad.

¿ Quién logrará llevarse el gato al agua ? ¿ Quienes podrán evitar que se salga la burguesía con la suya, más tarde o más temprano, con una fórmula u otra, bajo un manto u otro ? ¿ Y qué orientación sería deseable imprimir a dichas C. O. para que saque de ellas el mayor fruto la clase obrera ?

Hay que subrayar en primer lugar que la burguesía puede salirse con la suya, no sólo haciendo adoptar la fórmula más eminentemente reformista e integrada que hemos expuesto más arriba. Existen otras fórmulas con carácter análogo pero que implican concesiones — en el sentido reformista — más importantes, fórmulas que la burguesía no adoptará si no siente la necesidad de ello, pero que son soluciones que se reserva por si la situación le impide llevar a la práctica, la más burda

y favorable para ella. Y hay que decir, que las organizaciones obreras (al menos las más importantes) no manifiestan de hecho su hostilidad a la primera fórmula sino en la medida en que ésta los excluye del juego, Es decir hay un regateo entre dichas organizaciones y la burguesía, en términos que vienen a ser esquemáticamente los siguientes : Nosotros somos los auténticos representantes de la clase obrera, es decir, nos erigimos en intermediarios en el diálogo trabajadores-capitalistas, y somos los únicos interlocutores válidos pues la clase obrera cree en nosotros, nosotros sólo podemos manejarla con la necesaria "precisión". Debeis admitirlo, admitiéndonos en el juego legal, haciéndonos participar como vuestros interlocutores, reconociéndonos. Solo lo tratado con nosotros tendrá validez ante la clase obrera, será aceptado por ella. Pero al mismo tiempo y a fin de poder conservar la confianza de la clase obrera estos señores piensan : tenemos que ser exigentes, no podemos consentir en vernos desprestigiados haciéndonos visiblemente los servidores y lacayos de la burguesía, requerimos pues el derecho a ser una oposición leal y razonable, pero oposición, factor efectivo de transformaciones reformistas. El ala más dócil y menos exigente de estos profesionales de la representación de la clase obrera la constituye los ex-cenetistas, que hoy se frotan el morro con los jefes de la CNS, por ello, son los que tendrán menos prestigio ante aquella.

Hay que reconocer que el ala que aparece como la más exigente y dura de este abanico es la formada por el P.C. Por ello mismo es la que mejor mantendrá su autoridad en la clase obrera. Y una fracción de los militantes de vanguardia trabajará bajo sus órdenes y directivas. Aquí aparece claramente las dificultades de la situación porque si la burocracia del Partido ha abandonado toda orientación marxista esto no aparece tan claro y manifiesto ante sus militantes y ante la clase obrera.

Al decir que la dirección del P.C. ha abandonado toda orientación revolucionaria no queremos decir que la revolución social aparezca como una perspectiva inmediata. Pero el que esta perspectiva no sea inmediata, no implica que hayamos de relegarla al desván y limitarnos a considerarla — siguiendo la senda de la socialdemocracia — como un deseo platónico, irrealizable, que no vale la pena tener en cuenta en el trabajo inmediato. Nosotros creemos que es muy diferente en la práctica, trabajar desde ahora para desarrollar en la clase obrera su conciencia, su autonomía de organización y pensamiento, su oposición profunda al régimen capitalista y a todas las alienaciones que emanan de él, que trabajar para convertirse en un "factor de progreso". Sin que neguemos que los P.C. puedan ser un factor de progreso y un aliciente... del desarrollo neocapitalista. Las reivindicaciones de la clase obrera y sus conquistas en materia de salarios, consumo, enseñanza, etc, han sido — la experiencia lo demuestra — un elemento funda-

mental que ha forzado al capitalismo a una profunda metamorfosis, favoreciendo sus progresos técnicos, acrecentando su mercado, desarrollando y perfeccionando su organización de la producción y de la sociedad. Que tales transformaciones hayan mejorado la situación de la clase obrera es cierto, y no podemos sino felicitarnos de que hayan dulcificado así las condiciones de esclavitud de los trabajadores. Pero ¿podemos creer sinceramente que tales progresos del capitalismo se han acompañado de una toma de conciencia más profunda por la clase obrera de sus intereses ? ¿ La emancipación de la clase obrera se realizará mejorando la sociedad actual o destruyéndola ? El viejo dilema de reforma o revolución que agitó al movimiento obrero en los tiempos de Marx y Engels, como en los de Lenín y Rosa Luxemburgo subsiste y no podemos permitir que sea escamoteado.

Como en el resto de Europa Occidental la frontera que separa en España el reformismo del marxismo revolucionario pasa por medio del Partido Comunista ; su burocracia y una parte de los militantes han cruzado el Rubicón y se han adaptado al juego reformista integrador, otra parte de los militantes y en ocasiones algún dirigente, se niegan a cruzarlo pero no son conscientes de que la gravedad de las divergencias hace imposible y nociva la coexistencia dentro de la misma organización. Incapaces de comprender que unos y otros se encuentran en lados diferentes de la barricada, aceptarán el mantenimiento de un equívoco que permitirá que la acción conciliante y reformista de la burguesía pueda de hecho prolongarse hasta la extrema izquierda de la clase obrera.

Porque, en fin, nadie ignora y los P.C. lo proclaman a gritos, que ellos no tienen ninguna pretensión revolucionaria, que no expresan una ruptura tajante con la burguesía — en su disfraz democrático —, que no son sino contrapeso de ésta y moderador de sus impulsos o elementos más voraces, pero sin que nadie pretenda romper las reglas del juego. Prestar a los señores Carrillo y Cia. otras intenciones que las que exponen por escrito es sencillamente participar de la fé del carbonero y del "doctores tiene la iglesia", es, por parte de un obrero consciente, dimitir, renunciar a su papel en la sociedad, dejar de ser consciente.

Por otro lado no hay que creer que las maniobras integradoras subreformistas y reformistas del más bajo nivel, de nacionalsindicalistas de izquierda, de democristianos, de católicos piadosos de la escuela "Mater et Magistra" (a los que vendrán a añadirse socialdemócratas y sindicalistas de todo pelo) serán tan groseras. En las condiciones de inexperiencia política de las nuevas generaciones obreras españolas, con un poco de psicología y demagogia, los postulantes a futuros burócratas y

líderes del movimiento obrero y aún más, las almas cándidas inspiradas por el "new-look" (nueva visión) de la Iglesia o del Capital pueden adquirir una notable popularidad y hacer pasar su trabajo reformista, como la acción más radical que pueda emprenderse por la clase obrera. Frente a los soñadores, ellos serán los sensatos, frente a los utópicos, los realistas, frente a los teóricos, los prácticos. Enfrentarse a los mismos será tanto más difícil cuanto que nos los vamos a encontrar (por una de esas pícaras artimañas de la burguesía) lo más a menudo, no enfrente, sino al lado y separados (o unidos) a nosotros por todo el abanico de medias tintas, que nos reprochará el querer establecer las distinciones y diferencias que esclarecerían a la clase obrera, pero que - sostendrán ellos - deben serle ocultadas para no poner en peligro la unidad (concebida como la convergencia a nivel de las medias tintas e incluso más abajo) o la eficacia.

Las líneas divisorias serán ténues y sùtiles, escurridizas. Por la propia ingenuidad de la clase obrera que se incorpora a la acción reivindicativa después de un largo tiempo durante el que ha perdido agudeza, homogeneidad, tradiciones y sobre todo confianza en sí misma y en sus metas. Por la propia degradación de las mismas organizaciones obreras clásicas que han proseguido su deslizamiento a la derecha y desconectadas más que nunca de la clase obrera, actúan según motivaciones propias, de "clase política", motivaciones perfectamente ajenas a los intereses del proletariado, pero que ellos camuflan y cubren insistiendo en su papel de portavoz de una parte de las reivindicaciones obreras de aquella parte compatible con sus intereses de burócratas).

¿ Cómo obtener el mayor fruto posible para la clase obrera en estas condiciones ? Cuando hablamos de obtener el mayor fruto posible no pensamos simplemente en las conquistas económicas que a través de las C.O. puede adquirir la clase obrera, pensamos igualmente, en lo que pueden representar como factor de maduración de la misma, de su conciencia. No se trata a nuestro entender, solamente de reforzar a los intransigentes frente a los conciliadores, a los reformistas más radicales frente a los más blandos. Pese a toda la importancia que tenga el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera — mejoramiento que nosotros no despreciamos en absoluto —, pensamos que las C.O. han de ser — o pueden ser — algo más que un mero instrumento de reformas y que pueden convertirse en una experiencia de autoeducación, de toma de conciencia de la clase obrera, de iniciación al funcionamiento de su democracia, e incluso de estímulo para que la clase segregue sus propios órganos. Porque "cometemos simplemente el error de creer que la revolución comunista pueden realizarla sólo las masas y no puede realizarla ni un secretario de partido ni un presidente de república por decreto ; parece ser que esta fué también la opinión de Carlos Marx y

de R. Luxemburgo y sea la opinión de Lenin, todos los cuales para Treves y Turati son sindicalistas anárquicos". (1)

Por todo ello consideramos como de primera importancia la democracia obrera que creemos ha de ser instaurada y desarrollada al máximo en el seno de las Comisiones Obreras. Es preciso velar por la representatividad de las mismas. Haciendo que sea cada vez mayor el número de obreros que se incorpora al movimiento de las C.O. y que intervienen en la elección de sus representantes, estimulando la discusión y haciendo participar al máximo a los obreros en las deliberaciones. Haciendo igualmente cada vez más numerosas y mejor coordinadas las Comisiones Obreras y extendiéndolas a todo el territorio nacional.

Es necesario combatir contra todas las intimidaciones contra el funcionamiento democrático en el movimiento reivindicativo que encabezan las C.O. aunque sea un funcionamiento necesariamente informal y desordenado en las condiciones de espontaneidad y represión. Habrá, claro está, las intimidaciones del género policial, exteriores. Pero habrá también intimidaciones por parte de los elementos más moderados y reformistas para silenciar a los comunistas, y los habrá igualmente por parte de los más fieles seguidores del P.C., para evitar que nadie plantee "prematuramente" nada ante la conciencia de los obreros, sempiternos menores de edad para los burócratas. Es decir — y hay que advertirlo desde ahora — que habrá intimidaciones internas y que todos los elementos teleguiados o influenciados por las burocracias al acecho, todos los candidatos a burócratas y líderes se lucirán en toda clase de maniobras, de manejos marrulleros, de exaltación de personalidades y cultivo del liderismo, etc. Y hay que estar muy atento en este sentido a toda pretensión por parte de este partido o el otro — incluyendo y sin olvidar al P.C. — de reducir la acción de las C.O. a una lucha por un "Sindicato Democrático" en el marco de una legalidad burguesa liberalizada o parlamentaria. Máxime que el término "democrático" unido al de sindicato, expresa entre ellos, no tanto el deseo de instaurar una democracia obrera en el seno del sindicato, como

(1) Gramsci, "Nuevo Orden", 9 Oct 1920. El lector nos dispensará el que recurramos al argumento de autoridad y le rogamos que no lo interprete como una nostalgia purista de los tiempos pasados del Movimiento Obrero. Ocurre tan sólo que ciertas ideas básicas y elementales del Movimiento comunista — que Gramsci recuerda aquí con ironía — han sido tan hábil y sistemáticamente sofocadas en estos cuarenta últimos años que uno tiene que presentarlas cubiertas con el argumento de autoridad con la esperanza de evitar que los que tienen la fé del carbonero tapen sus oídos al recordarles el abc del comunismo.

el de obtener el consentimiento de la burguesía para realizar "con honestidad y lealtad" su trabajo reivindicativo.

Esta tarea inmensa — la defensa de la democracia obrera en el seno de las Comisiones, la defensa de las Comisiones como instrumento de la clase obrera — se presenta, pues, como una tarea harto difícil y — hay que decirlo sin tapujos — desproporcionada a nuestras escasas fuerzas. Los resultados que podamos obtener no serán mas que parciales, limitados. Pero la experiencia de las C.O. será de todos modos una experiencia que impulsará el despertar obrero, que nos ofrecerá grandes posibilidades para intervenir y obrar por la toma de conciencia del proletariado español, que dará ocasión a que la clase obrera — o al menos un sector de vanguardia — sienta la necesidad de organizarse, de preservar celosamente su autonomía y apartarse de todas las organizaciones obreras que adoptan una actitud conciliadora y claudicante.

El fruto más o menos rico que la vanguardia comunista sepa sacar de todo ésto, dependerá en gran parte de su propia madurez y capacidad. Y en esta materia también queda mucho camino por recorrer y el optimismo está fuera de lugar. Porque hasta ahora, esta vanguardia está esencialmente constituida sea por grupos dispersos, desconectados entre sí, obligados a llevar en consecuencia su trabajo de manera al mismo tiempo eminentemente empírica (es decir improvisada) y eminentemente abstracta (y estas críticas valen igualmente para nosotros, pues no ignoramos nuestras insuficiencias), sea por individuos encuadrados en partidos en los que son instrumentos y rehenes de una política opuesta a sus profundas convicciones. Y ocurre además que éstos no irán tomando conciencia de su oposición al Partido que los encuadra y vigila sino en el grado en que aquellos puedan superar su dispersión, y una línea de acción más adecuada a las aspiraciones de unos y otros pueda así elaborarse.

La testarudez de los hechos es la nuestra propia. Y tenemos que proclamar una vez más — porque los hechos nos lo meten todos los días por los ojos y el tiempo pasa sin que veamos remediada tan desastrosa situación — que frente a las maniobras de la burguesía, frente a sus tanteos de seducción hacia unas organizaciones que están ya seducidas de antemano y que hace tiempo dimitieron de sus responsabilidades hay muy poca cosa de peso. La cuestión que se plantea — que planteamos — a quienes comparten nuestras convicciones es ¿hasta cuándo vamos a seguir siendo incapaces de constituir un esqueleto mínimo de coordinación, de organización, que pueda limitar el desastroso efecto de todas esas maniobras, que pueda ejercer su acción estimulante y vigorizante sobre la clase obrera, dando a sus luchas una profundidad y unas perspectivas que no podrán alcanzar nunca bajo la influencia de unos dirigentes, cuya preocupación — profesional — suprema es la de dar garantías al enemigo.

El Ultimo Engano

El pasado 14 de Diciembre tuvo lugar el segundo referendun de la historia del franquismo. Dejando para el próximo número el análisis de los "cambios" y "reformas" que el referendun significa, sólo queremos hacer unas breves observaciones sobre este "trascendental acontecimiento" de la vida política española. El "sí", como ya se sabe, ha obtenido un triunfo aplastante, tan aplastante que ha habido más votos que votantes. Era de esperar. No se ha podido hacer propaganda para el "no", y los que han defendido la abstención han sido y siguen siendo perseguidos. Por ejemplo, numerosos miembros de las "comisiones obreras", elegidos en las últimas elecciones sindicales, partidarios de la abstención, han sido detenidos. Esto es perfectamente lógico, ya que en España existe una "democracia orgánica", o sea *organizada*. De todas formas, nosotros que éramos partidarios de la abstención - no se podía votar "sí" a tamaña farsa, y el "no" no tenía sentido, ya que podía interpretarse como favorable al inmóvilismo - seguimos pensando después del referendun, y de sus previstos amaños, que había que defender la abstención.

Parece mas que probable, sin embargo, que sin contar con las trampas, trapicheos y la desenfrenada presión a favor del "sí", éste hubiera triunfado el 14 de Diciembre. Esto demuestra, ante todo, la poca influencia que la oposición en su conjunto tiene hoy por hoy en España. Demuestra asimismo que dentro del desquite y la confusión política que reina en la gran masa de españoles, numerosos han sido los que han votado "sí" a los "cambios", sin entender muy bien lo que significan - bien poca cosa -, ni hacerse demasiadas ilusiones. Numerosos otros, claro, han votado por miedo, para "seguir la corriente". De todas formas no creemos que el referendun haya cambiado nada de fundamental, a la situación política española, tal y como nosotros la vemos. Al revés.

A. C.

NOTAS INTERNACIONALES

A proposito de la Revolucion Cultural China,

Lorenzo TORRES

Todo el mundo habla de China. La prensa occidental, la de los partidos comunistas, la radio, la televisión etc, están desde hace unos meses llenos de declaraciones, artículos y comentarios sobre China.

Una tal profusión es perfectamente lógica, ya que China se encuentra en primer plano de la actualidad debido, sobre todo, a la Guerra del Viet-Nam.

Es difícil hablar de la "revolución cultural" que se desarrolla actualmente, sin tener en cuenta toda una serie de cuestiones tales como : los orígenes de la Revolución China, el conflicto ruso-chino, la Guerra del Viet-Nam, la amenaza atómica del imperialismo norteamericano, etc, difícil asimismo, sin analizar las contradicciones de la sociedad china, los problemas de su industrialización, su sistema político-social, etc. Pero un examen incluso somero de estos problemas desborda el marco de un artículo. Por ello la redacción de A.C., ha decidido dedicar en sus próximos números, una serie de artículos a estas cuestiones. Hoy por hoy, vamos a hablar de la llamada "revolución cultural", intentando analizar su contenido ideológico. Como base de este examen hemos tomado los propios textos chinos, principalmente los publicados en Pekin Informa, y en los folletos sobre la cuestión editados por las Ediciones en Lenguas Extranjeras de Pekin.

Contenido ideológico de la revolución cultural

Es importante señalar ante todo que la "revolución cultural" comienza en China con una violenta campaña de prensa contra los "monstruos y demonios" revisionistas y capitalistas, con la destitución de una serie de dirigentes (que aún continúa) acusados ni más ni menos que de querer seguir el camino capitalista y de traicionar el pensamiento de Mao Tse Tung. Citemos entre los destituidos a Peng Chen, alcalde de Pekin y miembro del Buró Político, a Lu Tung Yi, asimismo miembro del Buró

Político, a Lu Tung Yi, asimismo miembro del Buró Político, a Chen Yang responsable del sector cultural del Partido. Por otra parte, varios órganos de prensa fueron clausurados y se han organizado autocríticas públicas con desgarramientos de vestiduras como la de Kuo Mu Jo, por ejemplo.

El 8 de Agosto de 1966, el Comité Central se reúne y aprueba los 16 puntos sobre la "gran revolución cultural proletaria", puntos que junto a una serie de editoriales del Diario del Pueblo constituyen lo que podríamos llamar la ideología de la revolución cultural.

Digamos para empezar, que estos textos no son esencialmente diferentes de los escritos en la URSS en tiempos de Stalin y particularmente en la década del 30 al 40. Hay diferencias, desde luego, pero a mi entender, los puntos de coincidencia son más numerosos y fundamentales que las diferencias.

Tomemos, por ejemplo, la tesis de Mao Tse Tung reproducida en el Diario del Pueblo del 1° de Junio 1966 :

"La lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, entre las diversas fuerzas políticas y entre el proletariado y la burguesía en el terreno ideológico será todavía una lucha larga, llena de vicisitudes y que, por momentos, podrá incluso ser muy aguda. El proletariado quiere transformar el mundo según su propia concepción del mundo, lo mismo que la burguesía. En este terreno la cuestión de saber quien va a ganar, el socialismo o el capitalismo, no se ha resuelto aún. "Y el editorialista del Diario del Pueblo, precisa y sitúa esta idea general — que en tanto que idea general puede ser aceptada — : "El Presidente Mao nos enseña que la lucha de clases no ha terminado en China aunque la transformación socialista de la propiedad haya sido realizada fundamentalmente". En todos los textos sobre la "revolución cultural" se insiste muy particularmente sobre la idea de que los "monstruos y demonios" burgueses y revisionistas están por todas partes y que hay que aplastarlos. Stalin en sus tiempos, particularmente en 1937, mantenía la tesis de que a medida que va avanzando la "construcción del socialismo" la resistencia de los elementos hostiles se agrava y agudiza. Dicha resistencia supuesta y el cerco capitalista real, constituyeron, como es sabido, las coartadas ideológicas de Stalin para desencadenar una brutal represión, posteriormente denunciada por los propios soviéticos, represión que liquidó a miles y miles de elementos revolucionarios.

Otro punto de coincidencia que salta a la vista cuando se toma la molestia de leer a renglón seguido los textos chinos y los textos estalinistas del período citado, lo constituyen los ataques en contra de los elementos hostiles infiltrados en el Partido. Hoy, "partidarios de la línea negra, que ocupan puestos dirigentes y siguen el camino capitalista", para los chinos ; ayer, espías trostkistas y bujarinianos agentes del fascismo

que luchaban por restablecer el capitalismo, en la URSS. Las acusaciones contra unos y otros tienen en común la falta absoluta de fundamentos explícitos, la falta absoluta de análisis de las tesis en divergencia, la condena pura y simple, sin remedio y sin discusión (pública, por lo menos), de elementos dirigentes y cuadros del partido acusados de ser partidarios del capitalismo. Como es sabido los estalinistas en sus siniestros procesos del 37 y 39 fabricaron toda serie de "pruebas" sobre las actividades de espionaje, sabotaje y asesinatos de los "acusados", "pruebas" que después del XX Congreso fueron reconocidas por los propios soviéticos como absolutamente falsas. En China las cosas no han llegado por ahora a tales extremos. Sin embargo, cabe preguntarse quienes son y sobre qué base se acusa a ciertos elementos del Partido de "seguir el camino capitalista" (Y ¿qué quiere decir esto?)— Porque, según las propias publicaciones chinas antes citadas, los enemigos de Mao se cubren con el pensamiento de Mao y los partidarios del capitalismo se declaran partidarios del socialismo. "Debido al hecho que el marxismo-leninismo, el pensamiento de Mao Tse Tung, están cada vez más enraizados en el espíritu de nuestro pueblo, que nuestro partido y el presidente Mao Tse Tung gozan de un incomparable prestigio, que la dictadura del proletariado es más sólida que nunca en China, se ve a menudo, en sus ataques contra el Partido y el socialismo, a los representantes de la burguesía y de todos los genios malhechores, incluyendo a los revisionistas modernos, alzar la "bandera roja" para combatir la bandera roja, encubrirse tras el marxismo-leninismo, tras el pensamiento de Mao Tse Tung, para combatir el marxismo-leninismo, tras el pensamiento de Mao Tse Tung. Es el método que emplean habitualmente los revisionistas en su lucha contra el marxismo-leninismo. Esta es una característica nueva de la lucha de clases en las condiciones de dictadura proletaria" - (Editorial del 7 de Junio 1966 de "Jiefangjun Bao", diario del Ejército de Liberación) - ; Extraños argumentos, mediante los cuales todo el mundo puede ser acusado !

Otra de las tesis de la "revolución cultural", constituye una increíble simplificación dogmática del marxismo. Los chinos escriben, en efecto, que siendo la cultura una superestructura, la cultura feudal sirve al feudalismo, la cultura burguesa a la burguesía y que el proletariado debe por lo tanto tener su cultura proletaria. Sobre esta base han condenado a Shakespeare, Beethoven y demás artistas del pasado. Habría mucho que decir sobre tamaña simplificación de las tesis marxistas, sobre la relación e interacción entre la base económica y las superestructuras ideológicas y debido a la complejidad de este problema toda simplificación constituye una "revisión dogmática" del marxismo. Diremos solamente que en este terreno los chinos tampoco han inventado nada, los soviéticos en tiempos de Stalin (Jdanov particularmente) defendieron tesis muy semejantes, llegando incluso a oponer la ciencia burguesa a la ciencia proletaria, condenando a las teorías "burguesas" de un Mendel, por

ejemplo y considerando durante largo tiempo la cibernética como "capitalista". Los resultados prácticos de tales concepciones anti-científicas (y por lo tanto anti-marxistas) fueron que la ciencia soviética sufrió en una serie de ramas un retraso considerable en relación con la ciencia occidental, con graves prejuicios para el desarrollo económica del país. Esperemos que los chinos no comentan los mismos errores.

En relación con la cultura y el arte, tampoco es nueva la defensa china de un arte proletario. El "Proletkult" en la U.R.S.S. defendía tesis semejantes por los años 20 - (1). Me parece que León Trostky es quien mejor ha respondido a esta cuestión en su libro "Literatura y Revolución":

"Es fundamentalmente falso oponer la cultura burguesa y el arte burgués, a la cultura proletaria y al arte proletario. Estos últimos no existirán, de hecho, jamás, ya que el régimen proletario es provisional y transitorio. La significación histórica y la grandeza moral de la revolución proletaria residen en el hecho de que ésta establece los fundamentos de una cultura, que ya no será una cultura de clase, sino la primera cultura verdaderamente humana". (L. Trotsky "Literatura y Revolución-Edfrancesa, pág - 25). Los chinos tienen perfecto derecho a no estar de acuerdo con la tesis marxista según la cual, el proletariado, al realizar la revolución socialista, se liquida en tanto que clase, al construir la sociedad sin clases, pero que lo digan. Algunos podrán objetar que en China se está aún en un periodo de transición, en el periodo llamado "dictadura del proletariado" (lo cual es por lo menos discutible), que no existe aún la sociedad sin clases, lo cual es cierto, y que por lo tanto ... Pero no creo que nadie pueda mantener seriamente la tesis de una "cultura de transición" ...

Hubiera podido citar textos de Marx y Engels para oponer los a las simplificaciones de los chinos, pero he elegido a Trotsky con el objeto de responder, de paso, a los absurdos argumentos soviéticos que tildan la "revolución cultural" de "nihilismo trotskista".

Debo reconocer, sin embargo, que me sorprendí favorablemente al leer en el punto 9 de la declaración del Comité Central, las líneas siguientes: "Es necesario practicar un sistema de elecciones generales, semejante al de la Comuna de París, para elegir a los miembros de los grupos y comités de la revolución cultural y a los delegados a los congresos de la revo-

(1) Señalemos, sin embargo, grandes diferencias de apreciación sobre lo que debía ser al arte proletario, el "Proletkult" tenía, en efecto, una concepción modernista del arte, bastante interesante y en cambio no consideraba el "culto de la personalidad como específicamente proletario.

lución cultural. Las listas de candidatos deben ser presentadas por las masas revolucionarias tras de discusiones plenarias y las elecciones, celebrarse después que las masas hayan discutido las listas una y otra vez." (Pekin Informa, n° 33, pág 10)

Tal concepción democrática está en contradicción con el contenido primario y dogmático de los demás textos, pero estamos completamente de acuerdo con lo *escrito*. Ahora bien ¿ qué son dichos grupos y comités y congresos de la revolución cultural ? ¿ Existen realmente ? ¿ Han sido elegidos los delegados como se señala en la declaración del CC ? La falta de información nos impide dar una opinión en este sentido. Pero incluso admitiendo que así sea, cabe preguntar ¿ por qué dicha democracia *sólamete* en los grupos, comités y congresos de la revolución cultural ? ¿ Por qué no en el Partido, en la Liga de la Juventud Comunista, en las comunas, en las empresas, etc ? En una palabra ¿ por qué limitar la democracia socialista a los grupos y comités de la revolución cultural ? Esta orientación pierde buena parte de su valor cuando se sabe que el Partido, cuyo papel dirigente se ve subrayado por todas partes, no ha celebrado su Congreso desde hace 10 años --- En efecto, el VIII y último Congreso del PCC, se celebró del 15 al 27 de septiembre de 1956 — O sea que desde que está en el poder (1949) el PC chino ha celebrado ; *un sólo Congreso !* mientras que en el período anterior de clandestinidad y de guerra celebró siete. O sea que la polémica ruso-china, la "revolución cultural", las expulsiones de militantes de puestos dirigentes, la creación de los "guardias rojas" etc, etc, se han decidido sin que la instancia superior del Partido, el Congreso, haya dado su opinión - (Digamos de paso que los estatutos del PCC señalan que el Congreso debe reunirse cada 5 años - Pero los estatutos, ya se sabe...) Ante tamaña situación, no podemos por menos que poner en entredicho las declaraciones sobre la democracia de los textos oficiales - Sin hablar, claro está de que no basta que los Congresos se celebren, hace falta además que sean democráticos ; sin hablar tampoco de la falta de otros órganos del poder proletario, de la democracia obrera, sin hablar de cómo no se ejerce la gestión obrera de la producción, sin hablar ...

Consecuencia inmediatas de la "revolución cultural"

La primera, evidente y profundamente reaccionaria, bárbara, consecuencia de la llamada "revolución cultural" es el culto a Mao Tse Tung y a su "pensamiento" (Culto en el sentido religioso de la palabra). Los ejemplos de ello sobran y sólo que-remos citar algunos, para información de lectores que tienen dificultades para obtener las publicaciones chinas y que desconfían de la prensa occidental.

A partir del n° 36 de PEKIN INFORMA (5 de setiembre de 1966) no se cita a Mao mas que de la forma siguiente : "El presidente Mao Tse Tung, el gran guá, el gran dirigente, el

gran comandante en jefe y el gran timonel del pueblo chino -" En el nº 37, (12 de setiembre) aparecen tres fotos - una tras otra-de Mao, las tres con la misma letanía. Se publican asimismo los discursos de Lin Piao y de Chu En Lai en el mitin de "guardias rojos" de la Plaza de la Paz Celeste (Mitin que constituyó el fin repentino de las desordenadas manifestaciones de estos), Lin Piao y Chu En Lai utilizan la misma letanía (Chu En Lai, permitiéndose, sin embargo, sustituir "gran timonel" por "sol rojo en nuestro corazón") En fin en cualquier artículo reproducido por PEKIN INFORMA a partir del nº 36, se cita profusamente a Mao, siempre con el mismo latiguillo, gran guía, gran dirigente, etc, - Pero esto no es todo : En el nº 37 (pág 26) el camarada Tsai Tsu Tsuan, nos explica cómo el pensamiento de Mao es útil y necesario para ... contruir lámparas ! (Ya nos habían señalado su utilidad, para el corte dialéctico del pelo y la venta de sandías P.I. nº 38 - pág 19). En el nº 36, se reproducen dos artículos del Diario del Pueblo, (pág 5 y 7) sobre este acontecimiento que consideran de gran importancia : El presidente Mao Tse Tung, gran guía, etc, ha caligrafiado los caracteres chinos de la nueva publicación de la Universidad de Pekin y de la revista "Mujeres chinas" ! Señalemos de paso, a los admiradores de la "revolución cultural" que el "arte" de la caligrafía era una tradición "feudal" de los mandarines letrados y que existe una ligera contradicción en proponerse liquidar todo "arte feudal" y exaltar a la vez la forma en que Mao (nuestro gran guía, nuestro, etc) ejerce este "arte feudal" de la caligrafía, pero sigamos. Se nos dirá, no hay que exagerar tanto esos detalles. Yo personalmente creo que son detalles de suma importancia, pero pasemos a otro aspecto, más "teórico" de dicho culto de Mao y de su pensamiento (Porque ¿ se puede separar Mao de su pensamiento ?) : En el nº 35 de Pékin Informa, se reproduce un artículo de Wou Ki-Yen, en contra del " programa revisionista de Cheu Yang, en materia de literatura y arte" (Recordemos que Cheu Yang era el responsable - despedido - de los problemas culturales del Partido) En dicho artículo leemos lo siguiente :

" ¿Cuál es la ideología común de la unidad y de la revolución del pueblo de todo el país ? Es el pensamiento de Mao Tse Tung ¿Cuál es la fuente de vigor que exalta al pueblo entero en su marcha triunfal ? Es el pensamiento de Mao Tse Tung ¿Cuál es el arma más afilada que tenemos, para atacar y eliminar al enemigo ? Es el pensamiento de Mao Tse Tung. El pensamiento de Mao Tse Tung es la cumbre del marxismo leninismo de nuestra época, la expresión más alta y más viva del marxismo leninismo, la verdad universal aplicable en todos los lugares y un sol rojo en el corazón del pueblo chino y de los pueblos revolucionarios del mundo entero. El presidente Mao Tse Tung es el mayor marxista leninista de nuestra época. Las obras del presidente Mao constituyen instrucciones supremas para todas nuestras actividades. "Etc, etc ... Cabe preguntarse qué tiene que ver esta plegaria al dios todopoderoso con el marxismo ?

Otra expresión inmediata de la "revolución cultural" es la aparición de los "guardias rojos". No vamos aquí a analizar detenidamente sus manifestaciones, no siempre desprovistas de un cierto "gamberrismo", porque tengo la impresión que constituyen un fenómeno pasajero y que los propios dirigentes chinos han frenado el entusiasmo demoledor de los estudiantes de la "guardia roja". Desde el mitin de Pekín del 31 de Agosto, antes citado, los "guardias rojos" parecen haberse calmado. Para tener una idea del nivel político de las declaraciones y octavillas de los "guardias rojos", basta con citar este párrafo de un documento reproducido por PEKIN INFORMA n° 36 (pág 19): "La gran oleada de la revolución cultural proletaria irrumpe hoy contra todas las posiciones de la burguesía. Los puntos de inflexión que esta mantiene han sido alcanzados. Cortes de pelo "aerodinámicos", moños en forma de "torre de Babel" y otros peinados excéntricos, "blue-jeans", camisas de cow-boys y toda suerte de vestidos y faldas a la moda de Hong-Kong, fotos; libros y periódicos pornográficos, todo esto ha sido condenado severamente. No hay que tomar estas cosas a la ligera, porque es mediante ellas como la burguesía abre de par las puertas de su restauración" Los comentarios sobran.

Sin embargo, los "guardias rojos" (estudiantes, o sea una clase privilegiada y no puede ser de otra manera en el estado de desarrollo de las fuerzas productivas en China, dicen actuar en nombre del proletariado y en contra de la burguesía. La primera pregunta que uno puede hacerse es la siguiente: ¿Por qué no actúa el *proletariado* en nombre del proletariado? No sólo no participa el proletariado en este caso, como en los demás, sino que en ciertas ocasiones se ha enfrentado con los "guardias rojos", como así lo reconoce un editorial del Diario del Pueblo reproducido en PEKIN INFORMA n° 36, titulado: "Los obreros, los campesinos y los soldados deben apoyar resueltamente a los estudiantes revolucionarios". El editorialista reconoce que aprovechándose de que una parte de las masas no está al corriente de lo que ocurre, *ciertos elementos revisionistas* (sic) han lanzando la consigna de la defensa de los cuadros del partido en contra de los estudiantes y lamenta que "En ciertos lugares un pequeño número de obreros, de campesinos y de soldados han sido engañados y han participado en la lucha contra los estudiantes revolucionarios". Lucha que según ciertas informaciones ha producido muertos. Este artículo nos parece significativo. Por otra parte, nadie, ni los chinos, ni los comentaristas extranjeros de uno u otro "campo", han hablado siquiera de la expropiación de los restos de la burguesía nacional; tan mimada por los chinos hasta hace poco tiempo. El marxista más primario sabe que sin expropiación de los medios de producción y de la propiedad burguesa, la lucha contra la burguesía es pura demagogia. Puede considerarse tal vez que en China la propiedad burguesa es tan reducida hoy, que no representa un peligro para la burocracia, propietaria colectiva de los principales medios de producción. En tal caso ¿de qué sirve golpear, pasear por las calles atados,

obligar a una autocrítica pública, romper las tazas o estatuas, del burgués chino X o Y ? Y ¿qué tiene una tal acción de revolucionario ? Humillar a los individuos en tanto que individuos es perfectamente reaccionario, es uno de los rasgos distintivos de la más negra reacción.

En otra de sus declaraciones, los "guardias rojos" defienden el derecho a la rebeldía (PEKIN INFORMA n° 37), lo cual suena muy bien pero no se trata de contentarse con palabras. ¿Rebeldía ? ¡Cómo no ! Pero ¿quién se rebela y contra qué ? Esta es la cuestión. La rebeldía de los "guardias rojos" contra ciertos profesores y ciertos cuadros medios del Partido (dejando de lado el hecho, sin embargo, fundamental de nuestra ignorancia sobre los motivos reales de una tal rebeldía), "rebeldía" dirigida por Mao Tse Tung y Lin Piao el actual n° 2 en la jerarquía del Partido y del Estado, frenada cuando estos dirigentes así lo deciden, es una rebeldía muy particular que corre el riesgo de convertirse en incondicionalidad en beneficio de los más altos jefes. Sería interesante saber si los "guardias rojos" de la Escuela secundaria de la Universidad Tsinghua, autores del artículo reproducido por P.I. (y de paso la redacción de P.I.) estarían de acuerdo en conceder a los intelectuales el derecho a "rebelarse" contra la increíble dogmatización del "pensamiento de Mao Tse Tung", instrumento místico para resolver todos los problemas ; a los obreros el derecho a "rebelarse" contra su condición de asalariados que venden su fuerza de trabajo, contra el hecho de que ni siquiera participan en la elaboración de las decisiones políticas y económicas que los dirigentes toman "teóricamente" en su nombre, el derecho asimismo de las masas campesinas a "rebelarse" ? Si el derecho a la rebelión es el privilegio de unos cuantos, tal "rebelión" no tiene nada de revolucionaria.

Sobre todas estas cuestiones habrá que volver a hablar, pero no se llegará a una explicación coherente sin un análisis del régimen social existente en China, de las contradicciones entre sus clases, de los problemas político-económicos nacionales e internacionales.

Para concluir este artículo, quisiera decir que la "revolución cultural" expresa, tanto o más que la necesidad de una movilización de las masas y concretamente de la juventud frente a la amenaza atómica del imperialismo yanqui (argumento que utilizan algunos para justificar la llamada "revolución cultural" (1), una lucha de fracciones en el seno del aparato del partido

(1) Argumento a mi entender perfectamente absurdo y que se convierte en crítica en vez de defensa. En efecto, si la revolución china para defenderse contra las amenazas del imperialismo yanqui, se ve obligada a emplear tales métodos, tal fanatismo, el "culto a la personalidad", etc, no será porque su defensa no resulte evidente y necesaria a las más amplias masas obreras y campesinas ?

(es decir, en el seno de la burocracia dirigente). Prueba de ello me parece, por ejemplo, la misteriosa desaparición de la Liga de la Juventud Comunista y su sustitución, de hecho, por los "guardias rojos", lo que puede indicar que los dirigentes de la Liga no parecían suficientemente "seguros". Prueba de ello también, son las destituciones de altos dirigentes y el silencio de otros — como el propio secretario general del Partido — durante este último período. Las tesis de las diferentes fracciones en el partido, nos son totalmente desconocidas, como a las propias masas chinas, claro, desarrollándose las discusiones únicamente en el más alto nivel de la jerarquía. Lo que conocen las masas, como nosotros, es que X o Y ha sido destituido porque seguía el camino capitalista y una advertencia de que como quedan muchos monstruos y demonios, puede que otros revisionistas sean destituidos próximamente...

Para lo demás tenemos que utilizar el método de la interpretación de las "sagradas escrituras" y de los símbolos de la jerga política en boga. Evidentemente, cuando se utiliza un tal lenguaje cifrado es porque se tienen cosas que ocultar.

P.D. Este artículo fue escrito en Noviembre de 1966. Desde entonces han ocurrido muchas cosas en China. Por ejemplo : si el "entusiasmo demoledor" de los guardias rojos se ha calmado, en efecto, en cuanto a la destrucción de estatuas y demás "vestigios del pasado" se refiere, su actividad no ha cesado, al revés. Además, las luchas intestinas se han agravado y se ha pasado de las expulsiones a las detenciones ; los guardias rojos empiezan a pedir la pena de muerte contra los "revisionistas", etc. La lucha entre dos, o más fracciones de dirigentes del partido y del Estado, se hace cada vez más aguda y será, pues, necesario volver sobre estos acontecimientos en nuestros próximos números.

L. T.

La Guerra en Vietnam,

Federico RAMOS

Cuando en 1954 Ho-Chi-Min y la delegación vietnamita volvían a su país tras las negociaciones de Ginebra, el porvenir del Vietnam (Norte y Sur) parecía despejado. Al término de una larga guerra los Acuerdos de Ginebra garantizaban la neutralización del Vietnam, su reunificación mediante elecciones libres dos años más tarde y la prohibición de la entrada de tropas extranjeras en dicho país. Desgraciadamente estos Acuerdos no resolvieron el problema de Vietnam ni consagraron su independencia.

El que los Acuerdos de Ginebra fueran letra muerta al poco tiempo de haber entrado en vigor se debió a una especie de pacto tácito entre los Estados Unidos y Diem de una parte e Inglaterra y la India de la otra. Estos dos últimos países, uno en tanto que copresidente de la comisión que debía velar por el cumplimiento de los Acuerdos (el otro copresidente era la Unión Soviética), y el otro en tanto que garante sobre el terreno del cumplimiento de las disposiciones acordadas, cerraron los ojos ante las irregularidades que tanto el régimen de Diem como los Estados Unidos cometían en Vietnam del Sur.

Respecto a los Estados Unidos, su política exterior en la época de los Acuerdos de Ginebra se resumía en el principio de que "el neutralismo era inmoral", tesis fundamental del entonces Secretario de Estado norteamericano Foster Dulles. Su política en Vietnam del Sur consistió en impedir por todos los medios la neutralización de dicho país y consecuentemente su reunificación con Vietnam del Norte.

Para impedir la celebración de las elecciones de 1956 encontró rápidamente un pretexto "legal": el régimen de Saigon debía declarar que no reconocía los Acuerdos de Ginebra y que por consiguiente se negaba a la celebración de elecciones en su territorio. Para ello hubo que comenzar por apoyar en Saigón alguien que aceptara el juego. Este alguien fue Diem. En segundo lugar hubo que dar una cierta "representatividad" a esta negativa: a partir de 1954 comienza la reintroducción de los

antiguos mecanismos semif feudales en el campo, tarea que se vio facilitada en parte por la retirada de los guerrilleros al norte del paralelo 17. También hubo que transformar este paralelo, de división provisional hasta las elecciones de 1956, en frontera definitiva. Poco a poco el gobierno del Sur rompió toda relación con el del Norte, llegando hasta el ridículo extremo de suprimir las relaciones postales con Hanoi.

A esta situación no se llegó evidentemente de la noche a la mañana. El primer intento norteamericano fue hacer de Diem una figura más popular que Ho-Chi-Min. Pero dado que Diem era un católico agresivo en un país de gran mayoría budista, dado que Diem representaba unos intereses comerciales y agrarios sumamente minoritarios, la tentativa fracasó pronto. Se intentó entonces introducir ciertas medidas de carácter vagamente progresista (en el campo especialmente para compensar el retorno de los caciques), pero las fuerzas que hubieran podido apoyar tal alternativa (pequeña burguesía, comercio y artesanado) estaban satisfechas de los Acuerdos de Ginebra y eran partidarias del neutralismo. Poco a poco el régimen de Diem fue aislándose de todo apoyo, restringiendo cada vez más su base.

Una vez lanzado por el camino de la intransigencia y del sometimiento incondicional a los Estados Unidos, el gobierno de Saigón se vio abocado a enfrentarse con una buena parte de la población y a intensificar la represión. Para ello necesitaba una policía y un ejército bien armados y entrenados. Los Estados Unidos proporcionaron los medios materiales y los cuadros de esta represión. La "ayuda" norteamericana cubría a finales de la década 1950-60 los dos tercios del presupuesto del Vietnam del Sur y los "consejeros" iban en aumento. El régimen de Saigón se fabricó una Constitución rabiosamente anticomunista, pasando a formar parte del sistema estratégico de los Estados Unidos en su política de asedio de la China Popular.

La oposición al régimen de Diem acabó por unirse en 1960 en un Frente que agrupaba un amplio abanico de tendencias : el FNL. Desde entonces el FNL se presentó como una alternativa global al régimen de Diem. La lucha armada se intensificó, al principio sobre una base puramente defensiva. Los campesinos se vieron obligados a defenderse por las armas contra las exacciones que el régimen semifeudal de Diem les imponía. Todavía intentó Diem una extraña "reforma agraria" consistente en agrupar los campesinos de algunas zonas en aldeas fortificadas a las que se les daba el nombre de "Aldeas de Vida Nueva". Sin embargo, el hecho de haber arrancado a los campesinos por la fuerza de sus tierras con la excusa de "protegerles" contra los guerrilleros, el hecho de que la vida en el interior de estas aldeas rodeadas de alambre de espino se parecía demasiado a la vida en campos de concentración, el hecho en fin de que muchos de los responsables de estas aldeas eran los antiguos caciques, motivaron una violenta oposi-

ción de los campesinos a esta solución. Creadas en principio para luchar mejor psicológica y militarmente contra los guerrilleros (o Vietcong), muchas de estas aldeas se sublevaron en masa, constituyendo importantes núcleos de resistencia.

Finalmente Diem acabó por ganarse la enemistad activa de los budistas. Su aislamiento durante el verano de 1963 era tal que los Estados Unidos decidieron retirarle su apoyo y Diem cayó como la madera carcomida de un viejo edificio. Se planteó entonces el problema de su sucesión. Quienes mejor situados estaban eran los militares que habían pasado por las Academias norteamericanas. A los de formación francesa se les sospechaban simpatías neutralistas.

Los acontecimientos, a partir del verano de 1963, son conocidos. A la caída de Diem sucedió una danza de generales (cada uno más corrompido que el anterior) en torno al poder, hasta que uno de ellos, mariscal de las fuerzas aéreas, se afianzó más que los otros : Ky. Cuando éste demostró que era capaz de mantenerse en el poder durante un período de más de un mes, los Estados Unidos lo consagraron de forma medieval gracias al "abrazo de Honolulu" mediante el cual Johnson se comprometía ante los ojos de su país y del mundo entero a apoyar hasta el final al joven y corrompido general. Por el momento (la crisis budista fue una buena prueba) Johnson ha mantenido este apoyo, tal vez falto de mejor solución.

Paralelamente a estos acontecimientos, la intervención militar norteamericana en Vietnam no cesó de aumentar, como lo demuestran las cifras siguientes :

EPOCA	NUMERO DE SOLDADOS
Verano de 1963 (1)	menos de 12.000
Verano de 1964 (2)	25.000
Septiembre de 1965	125.000
Septiembre de 1966	327.000

(1) caída de Diem

(2) 2 y 4 de Agosto : incidente fabricado del Golfo de Tonkín y comienzo de la escalada (bombardeos del Norte).

El aumento progresivo de la intervención norteamericana en Vietnam del Sur fue cambiando paulatinamente la naturaleza del conflicto. La razón original de la intervención norteamericana en este país era de orden político — lucha contra el neutralismo — y estratégico (asedio de la China). Pero fué cambiando paulatinamente de carácter. Hoy día la guerra de Vietnam significa a los ojos del mundo una partida esencial en la que no solamente se ventila el destino de un pequeño país, sino la posibilidad para todos los pueblos del mundo de cambiar sus estructuras, de realizar una revolución y elegir un sistema de

vida de acuerdo con sus aspiraciones. La partida que se juega no es ya entre Hanoi y Saigón, ni entre el FNL y el ejército del Vietnam del Sur más los americanos. Se trata más bien de una lucha entre los Estados Unidos y la China, entre el imperialismo y el socialismo (1). La solución del conflicto puede acarrear tanto una oleada de guerras de liberación nacional como el fin de las posibilidades revolucionarias en el mundo durante un período considerable de tiempo.

Sin embargo, la importancia misma de lo que está en juego puede significar que ninguna de las dos partes puede ni ganar ni perder. Una partida nula en definitiva.

Los Estados Unidos pretenden demostrar al FNL en particular y al mundo entero en general que su intención consiste en aplastar los movimientos revolucionarios, cualquiera que sea su matiz y dondequiera que estos se produzcan. (ejemplo: República Dominicana). También parecen querer demostrar que incluso en el caso de una revolución llevada a cabo, las conquistas revolucionarias pueden ser arrasadas en cualquier momento si ello debilita el sistema estratégico norteamericano (y subsidiariamente que el sistema socialista mundial es un "tigre de papel").

Hasta el momento, el FNL y Hanoi demuestran lo contrario, es decir, que cualesquiera que sean las armas que el imperialismo utilice para intentar aplastar una revolución, estos intentos son vanos por muy dolorosos que sean para los pueblos que tengan que soportar la agresión imperialista. No se trata tanto de oponerse al imperialismo con las mismas armas (aún en el caso de que estas armas existan, y la responsabilidad del bloque socialista a este respecto es enorme) como de demostrar que a pesar de los grandes perfeccionamientos en las técnicas militares, el factor decisivo es el hombre.

A la luz de este planteamiento la escalada norteamericana se encuentra ante un dilema militar sin salida. En septiembre de 1965, la llegada masiva de tropas norteamericanas al Sur más los bombardeos del Norte crearon en los medios militares norteamericanos la ilusión de una rápida victoria militar en el Sur. Tal ilusión se ha revelado sin fundamento. Las mejores tropas de asalto norteamericanas han sido enviadas y no han

(1) La terminología empleada aquí por el camarada Ramos difiere de la empleada habitualmente en esta revista. La mayoría del Comité de Redacción considera, en efecto, que no puede calificarse propiamente como socialistas, los regimenes de China, URSS, etc.

conseguido hacer cambiar la situación. La estación de las lluvias (que impedía la utilización de la aviación) pasó y el empleo de helicópteros y de nuevas armas consiguió, o lo sumo, estabilizar una situación militar que se deterioraba muy deprisa.

Ante esta situación, la respuesta norteamericana fue intensificar los bombardeos del Norte y en algunos círculos del Pentágono la idea de un bombardeo "preventivo" de las instalaciones nucleares chinas gana de nuevo terreno. Hasta donde puede llegar la locura asesina de un puñado de generales se manifiesta en un artículo publicado en Mayo 1965 por la revista norteamericana "Life". En dicho artículo se calculaba el número de megatones necesarios para aniquilar la mitad de la población china. Exactamente 10.000 megatones.

Sin embargo, cuantos más soldados norteamericanos se encuentren en Vietnam del Sur, más difícil será un bombardeo de la China. Ello es así porque los soldados norteamericanos en el Sur sirven en cierta manera de rehenes contra este posible bombardeo. El cuarto punto de la declaración de Chu-En-Lai el 10 de Abril de 1966 sobre la política china en relación con los Estados Unidos establece claramente que si la guerra estallara no habría fronteras y que si la agresión norteamericana se perpetraba por los aires, la respuesta china vendría por tierra. Dicho de otra manera, si los Estados Unidos bombardean la China, el ejército y la aviación china intervendrían en Vietnam. Lo que ocurriría después nadie puede preverlo.

Queda en pie un problema fundamental : ¿ cuándo y como se terminará la guerra ? En el verano de 1966, la situación ha ido empeorando progresivamente y el peligro de una guerra mundial se ha acercado. Sin embargo, las posibilidades de una negociación no se han alejado demasiado. La impresión global que parece desprenderse de las recientes declaraciones por parte de los Estados Unidos y de Hanoi es que la negociación se llevará a cabo antes o después, y que la base de la negociación acabarán siendo los cuatro puntos de Hanoi más o menos modificados.

Los Estados Unidos saben que, de continuar al presente ritmo, la guerra de Vietnam les obligará a movilizar una buena parte de la población, a renunciar definitivamente a la mascarada de la "Gran Sociedad" y afrontar en consecuencia una agravación de los problemas raciales en el interior del país, a afrontar asimismo una inflación que puede comprometer seriamente el desarrollo de su economía. En efecto, si bien la guerra en una primera etapa puede ser beneficiosa para una economía que, como la norteamericana, se basa en buena medida en la producción de armamentos, a partir de un cierto límite las "ventajas" pueden transformarse en inconvenientes.

Si el presupuesto de Defensa aumenta desconsideradamente, la única manera de financiarlo a la larga es recurrir a la inflación. Lo cual presenta, en el caso de la economía norteamericana, un riesgo que muchos industriales no aceptarán de buen grado. A todo ello conviene añadir el aislamiento progresivo en el terreno internacional de los Estados Unidos.

Respecto al FNL y al Vietnam del Norte, los sacrificios que están consintiendo pueden tener un límite. A partir de un momento dado pueden interesarse por una negociación que consagre una partida nula. El tiempo de todas formas está de su parte, pues el carácter bárbaro y retrógrado de la agresión norteamericana reúne contra el agresor un número creciente de personas. A medio plazo, cualquiera que sea el resultado de una negociación, Vietnam será un país socialista y neutral. La otra alternativa es el exterminio total de la población de Vietnam.

Pocos pueblos han dado las muestras de valor y heroísmo que el Vietnam da cada día. Baste citar el escalofriante comienzo de curso escolar en el que bajo las bombas, en las aldeas, en las selvas, en los refugios, el Vietnam del Norte ha escolarizado toda su población infantil. Baste citar los combates cuerpo a cuerpo en el Sur en los que — según declaraba el Presidente del FNL — los soldados norteamericanos abandonan sus armas y huyen cuando se encuentran en una lucha de hombre a hombre y no de máquina a hormiga.

Lo que está en juego en Vietnam es fundamental para nosotros. Gracias al combate que el Vietnam libra hoy en su tierra, la revolución será posible mañana en la nuestra.

DOCUMENTOS

LOS TRES PUNTOS DE U THANT (Publicados el 9 de Marzo de 1966)

- (1) Cese de los bombardeos de Vietnam del Norte.
- (2) Reducción substancial de todas las actividades militares de las partes interesadas en el Vietnam del Sur.
- (3) Participación del FNL en cualquier arreglo pacífico.

LOS CUATROS PUNTOS DE HANOI (Definidos el 8 de Abril de 1965)

La posición invariable del gobierno de la República Democrática de Vietnam es el respecto absoluto de los Acuerdos de Ginebra de 1954 sobre el Vietnam, la aplicación estricta y leal de sus disposiciones fundamentales, concretamente :

- (1) Reconocimiento de los derechos nacionales fundamentales del pueblo vietnamita : paz, independencia, soberanía, unidad

e integridad territorial. En aplicación de los Acuerdos de Ginebra los Estados Unidos deben retirar de Vietnam del Sur sus tropas, personal militar y todo género de armas, abolir las bases militares que han establecido y abrogar la "Alianza Militar" con Saigón. El gobierno norteamericano debe poner término a su política de intervención y agresión en el Vietnam del Sur. Conforme a lo establecido en los Acuerdos de Ginebra, el gobierno norteamericano debe poner término a sus actos de guerra contra la zona Norte, cesar por completo todo ataque contra el territorio y la soberanía de la República Democrática de Vietnam.

(2) En espera de la reunificación del Vietnam por medios pacíficos y durante el período en que nuestro país permanezca dividido provisionalmente en dos zonas es importante respetar las disposiciones militares de los Acuerdos de Ginebra de 1954 sobre el Vietnam que, entre otras cosas, establecen la abstención por parte de las dos zonas de participar en cualquier alianza militar con un país extranjero, prohibición de establecer bases militares, de introducir tropas y personal militar extranjero en su territorio.

(3) Los asuntos del Vietnam del Sur deben ser resueltos por su pueblo, conforme al programa político del FNL y sin intervención extranjera.

(4) La reunificación del Vietnam por medios pacíficos es un asunto que concierne a la población de las dos zonas, sin ingerencia extranjera.

Ciertamente nuestra posición será aprobada y sostenida por todos los gobiernos y pueblos amantes de la paz y la justicia del mundo entero.

El gobierno de la República Democrática del Vietnam considera que su posición, arriba precisada, constituye la base de la solución política correcta del problema del Vietnam. Tras el reconocimiento de esta base, la resolución pacífica de este problema se desarrollará en condiciones favorables, siendo entonces posible entrever la celebración de una Conferencia Internacional semejante a la de Ginebra de 1954 sobre el Vietnam.

El gobierno de la República Democrática de Vietnam declara inadecuada toda solución contraria a su posición arriba expresada, así como cualquier recurso ante la ONU para intervenir en la situación del Vietnam. Dichos intentos serían esencialmente contradictorios con los Acuerdos de Ginebra de 1954 sobre el Vietnam.

LOS CUATRO PUNTOS DE LA POLITICA CHINA CON RESPECTO A LOS ESTADOS UNIDOS (Declaración de Chu-en-Lai el 10 de Abril de 1966).

(1) La China no asumirá la iniciativa de provocar una guerra con los Estados Unidos. China no ha enviado tropas a Hawai : son los Estados Unidos quienes han ocupado el territorio chino de la provincia de Taiwan (Formosa). A pesar de ello, la China Popular ha realizado el esfuerzo de solicitar la retirada — mediante negociaciones — de las fuerzas armadas norteamericanas de Formosa y sus estrechos. Asimismo, durante más de diez años, la China Popular ha entablado conversaciones con los Estados Unidos, primero en Ginebra y luego en Varsovia, sobre este problema de principio que no admite de todas maneras ninguna concesión. Todo ello significa una prueba importante de buena fe.

(2) La China Popular se atiene a sus declaraciones. En otros términos, si cualquier país de Asia, Africa u otro lugar es agredido por los imperialistas capitaneados por los Estados Unidos, el gobierno y el pueblo chinos apoyarán decididamente a dicho pueblo. En el supuesto de que este justo apoyo provocara una agresión de los Estados Unidos contra la China, resistiríamos sin vacilar y lucharíamos hasta el final.

(3) La China está preparada. Si los Estados Unidos imponen una guerra a la China podemos asegurar con certeza que, una vez en territorio chino, los Estados Unidos no serán capaces de salir de él, cualquiera que sea el número de hombres que envíen y cualesquiera sean las armas que utilicen, incluso si hacen uso de armas nucleares. Desde el momento en que 14 millones de personas en Vietnam del Sur son capaces de hacer frente a 200.000 soldados norteamericanos, los 650 millones de habitantes de la China pueden sin duda afrontar 10 millones de soldados norteamericanos. Cualquiera que fuera el número de tropas que el agresor norteamericano enviara, ciertamente serían todas aniquiladas en China.

(4) Una vez la guerra estallada no habría fronteras. Algunos estrategas norteamericanos desean bombardear la China valiéndose de su superioridad naval y aérea, e intentan evitar una guerra terrestre. Todo esto son ilusiones. Una vez la guerra iniciada por aire o mar, no serán los Estados Unidos quienes decidan por su cuenta de cómo continuará la guerra. Si pueden llegar por los aires, ¿por qué no podríamos responder por tierra ? Esta es la razón por la que decimos que la guerra no tendrá fronteras una vez que estalle.

EL SOCIALISMO HA MUERTO ?

PUES ; ¡ VIVA EL SOCIALISMO !

Lelio BASSO

(Con la amable autorización de su autor, reproducimos a continuación el artículo de Lelio Basso, Presidente del Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria (PSIUP), publicado en el n° 15 de la REVUE INTERNATIONALE DU SOCIALISME. Los problemas abordados aquí por el camarada Lelio Basso nos parecen de la mayor importancia : Es evidente, en efecto, que todas las organizaciones obreras clásicas manifiestan una tendencia cada vez más acusada a la integración. Este fenómeno se hace notar incluso en España, pese a la ilegalidad, como lo venimos denunciando desde el primer n° de A.C.)

Aunque sin exagerar en absoluto, se pueda decir que la izquierda atraviesa una etapa crítica, en todo el mundo occidental, creo que hay que comenzar por decir qué entendemos por la "izquierda", es decir cuales son sus objetivos y donde se sitúa en el amplio espectro del pensamiento político. En Alemania las cosas están bien claras ; la lucha política se limita a un duelo entre dos partidos que tienden a parecerse cada vez más. En Inglaterra, la subida al poder del partido laborista no ha producido en la práctica ningún cambio. En Francia, las fuerzas de izquierda no tienen un programa común y solo están de acuerdo en el terreno negativo de la oposición a De Gaulle. En Italia, un partido que tradicionalmente ha sido de izquierda, el partido socialista (PSI) va a integrarse a las fuerzas tradicionalmente conservadoras, mientras que los partidos que se proclaman aún de izquierda parecen desorientados ante su verdadera opción.

Así pues, ¿ qué significa hoy en día ser de izquierda ? Las reivindicaciones fundamentales del gran movimiento democrático del siglo XIX, que se convirtieron más tarde en los elementos motores de la izquierda, son hoy patrimonio común (1) : las libertades cívicas y políticas, el sufragio universal, etc. A medida que ha ido consolidándose, la sociedad capitalista, ha podido ir absorbiendo todas estas reivindicaciones, que han per-

(1) Con excepciones como la española (Nota de la redacción A.C.)

dido por tanto el carácter de armas que tenían en manos de las masas populares en lucha, aunque al mismo tiempo, hayan perdido también su contenido original. El adjetivo "democrático", que tenía un significado revolucionario en los primeros años del siglo XIX, figura hoy en el escaparate de todos los regímenes conservadores. Tras de esa palabra y esas reivindicaciones, vastas capas de la pequeña y media burguesía consiguieron su promoción social, integrándose en el orden constituido y convirtiéndose en sus mejores defensoras.

Al mismo tiempo, el movimiento obrero había progresado en el escenario político, desplazando el eje de la izquierda, de lo estrictamente político a lo económico y social. La izquierda adoptó un nuevo programa, nuevas reivindicaciones que iban del derecho de asociación sindical y del derecho de huelga a la intervención pública de los sindicatos en la economía. Pero poco a poco, con la aparición de lo que se llama comunmente neocapitalismo o capitalismo organizado, estas reivindicaciones fueron siendo reconocidas e integradas en el sistema, aunque se den retrocesos, como con el derecho de huelga, anteriormente consagrado, y cuyo ejercicio se trata de paralizar actualmente. Los grandes partidos obreros, como antes los partidos demócratas han ido haciéndose poco a poco más prudentes, contentándose con administrar las conquistas del pasado y mantener el ritmo de las nuevas reivindicaciones al compás del desarrollo capitalista. De este modo, se han ido convirtiendo en un elemento del sistema, que tiene por objeto encerrar la dinámica de la clase obrera en el marco de la general del capitalismo; función que los capitalistas deben de agradecerles.

Incluso puede decirse, en cierto modo, que hoy los papeles se han invertido. Antiguamente los partidos de la clase dominante, los partidos de derechas, se definían como "conservadores"; a un lado estaban los partidarios del "movimiento" y enfrente los que le oponían una resistencia. Pero hoy el capitalismo se ha hecho más dinámico, insistiendo sobre la idea de "desarrollo" y liquidando los partidos conservadores. Frente a esta mutación, la izquierda parece incapaz de renovar sus ideas, ha dejado de ser una fuerza progresiva, está retrasada tanto desde el punto de vista ideológico como programático. Sin ideología y sin programa, la izquierda ha dejado de ser una "alternativa" y no es mas que la otra cara de la derecha. La izquierda digna de tal nombre y al mismo tiempo fuerte y eficaz, tiende a desaparecer.

Frente a esta crisis de la izquierda tradicional, se habla mucho hoy de la "izquierda nueva", pero su definición social, política e ideológica no resulta fácil. Donde es verdaderamente "nueva", como en los Estados Unidos, esta izquierda es ideológica y políticamente vaga y de organización muy débil. Por el contrario, allí donde podría apoyarse sobre formaciones políticas existentes, como en Francia, no hace mas que tratar de hacer pasar por nuevo todo lo viejo. Duverger escribía con

razón en "Le Monde" (14 de mayo de 1966), que menos que de renovar se trataba de resucitar los viejos partidos y el parlamentarismo tradicional.

¿Cuál es el origen de todas estas dificultades de la izquierda? Sin duda, un retraso en el análisis de la nueva sociedad capitalista, que no puede reducirse a los viejos esquemas, al que se une la falta de una estrategia ofensiva adaptada a las condiciones de hoy. Pero tal retraso se debe a condiciones objetivas. En primer lugar, es difícil, en las condiciones actuales, concebir una izquierda puramente política, llevando una lucha democrática, como antes de la primera guerra mundial, hasta la obtención del sufragio universal. Si hoy en día asistimos al retroceso general de la sustancia democrática de la sociedad contemporánea, este retroceso no puede combatirse solamente en un terreno político, pues es un efecto inevitable del crecimiento de los monopolios y de la íntima relación entre el poder monopolista y el poder del Estado que quita importancia y autoridad a las instituciones representativas. Una lucha democrática que trate sólo de restaurar las antiguas instituciones, sin llegar a las raíces del problema de las relaciones entre el poder público y el privado, que es el problema de las estructuras sociales mismas, no será más que un combate de retaguardia, o en el mejor de los casos, un combate marginal incapaz de suscitar una verdadera fuerza democrática. ¿Cómo combatir las estructuras sociales del neocapitalismo? Es aquí, donde hasta los movimientos que se llaman socialistas demuestran su incapacidad. Las mismas fuerzas y partidos que combatieron eficazmente al capitalismo tradicional se encuentran paralizadas ante las formas nuevas que ha adquirido el capitalismo. Una estrategia eficaz de lucha contra el neocapitalismo no está en manos del movimiento obrero occidental, que sigue combatiendo con viejas armas un enemigo que se ha transformado profundamente. Una izquierda nueva no podrá nacer sino basada sobre una estrategia eficaz de ataque al capitalismo organizado.

Mientras tanto, el viejo socialismo se viste de lo que llaman pomposamente "socialismo moderno", y que es en realidad el abandono de todo socialismo, y, por otra parte, grupos del movimiento obrero, que se niegan a analizar concretamente la realidad concreta de hoy, repiten las frases que aprendieron de memoria en los libros de Marx y Lenin, sin pensar si son actuales o no, justificando de este modo la acusación de "marxistas arcaicos" que emplean los "marxistas modernos" contra todo aquel que busca en el marxismo el instrumento válido para interpretar y combatir la sociedad capitalista.

¿Cuál es la clave de la polémica entre los "socialistas modernos" y lo que ellos llaman el "marxismo arcaico" o "paleomarxismo"? Esta polémica coincide casi por completo con la polémica de Bernstein a fines del siglo pasado: su idea central es que el capitalismo posee tales recursos de adaptación y de transformación que es capaz de superar todas sus con-

tradiciones internas, de desmentir todas las predicciones marxistas de hundimiento revolucionario. En torno a esta idea central, el "socialismo moderno" trata de demostrar la invalidez de las diferentes formas, que según el marxismo, tomaría la contradicción fundamental de la sociedad capitalista. Trata pues, de negar los diferentes aspectos marxistas del desarrollo capitalista, desde la teoría de las crisis a la teoría de la lucha de clases. El "socialismo moderno" toma del pensamiento burgués la idea de que, en la sociedad capitalista contemporánea, las fuerzas de integración (democracia política y bienestar económico) son claramente superiores a las fuerzas de ruptura (contradicciones del desarrollo, conflictos de clase); a la sociología marxista del conflicto, tiende a sustituir una sociología del común acuerdo, de inspiración norteamericana.

Hay sin duda algo nuevo - y muy importante para la lucha de clases - en lo que se llama neocapitalismo o capitalismo organizado, si lo comparamos con el capitalismo del siglo XIX: su capacidad de controlar en cierto modo sus contradicciones internas, prevenir al menos parcialmente las consecuencias, atenuando así las tensiones sociales que pudieran resultar. Esto es especialmente cierto en cuanto a las crisis económicas; la superación del capitalismo de competencia, la intervención económica del Estado y, más recientemente, los planes económicos, han demostrado una eficacia indudable. Un auténtico marxista no puede ignorar esta situación y debe preguntarse si a pesar de todo, subsiste aún la contradicción fundamental en la que Marx veía la raíz de todas las manifestaciones contradictorias de la sociedad; pues si hubiera desaparecido, el fundamento mismo del marxismo, en tanto que teoría de la necesidad histórica de la revolución, quedaría seriamente afectada. Pero si la contradicción fundamental subsiste, hay que ver si tiene otras consecuencias, si engendra otras contradicciones distintas de las que Marx analizó en el pasado, que puedan ser el punto de partida de nuevos mecanismos de ruptura más actuales.

La contradicción fundamental de la sociedad capitalista es, para el marxismo, la que existe entre el carácter cada vez más social de la producción y la apropiación privada del producto (1)

(1) "Los medios de producción y la producción misma han llegado a ser completamente sociales, pero están sujetos a una forma de propiedad que supone como previa la producción privada individual (...). En esta contradicción que confiere al nuevo modo de producción su carácter capitalista, reside ya en germen *todo el conflicto de nuestro tiempo*" (Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*). "La producción se ha convertido en un acto social, pero el cambio y la apropiación siguen siendo actos individuales, actos de individuos aislados. El producto social, es el capitalista individual quien se lo apropia. Contradicción fundamental de la que nacen todas las otras en las que se mueve la sociedad de hoy en día, y que la gran industria pone en evidencia con toda claridad. (Ibid).

esta contradicción no ha sido suprimida por el neocapitalismo. No sólo es así, sino que precisamente en torno a esta contradicción fundamental se forma toda la dinámica del desarrollo, no sólo económico sino político, de la sociedad contemporánea.

El carácter social del desarrollo no está desapareciendo, sino que cada vez se acentúa más. No sólo el tamaño de las empresas va en aumento, necesitando cada una de ellas reclutar una masa cada vez más grande de trabajadores, sino que el capital es cada vez más social, constituido por los ahorros de millares y millares de personas, e incluso estatal. Los mercados, tanto para la adquisición de materias primas como para la venta de los productos son cada vez más vastos y complejos. Nuevos sectores de la vida social, de los campesinos a los habitantes de tantos nuevos países del "Tercer Mundo", entran a formar parte de la red de relaciones capitalistas. En todos los países la colectividad se ve obligada a organizar los servicios sociales (transportes, escuelas, habitación, sanidad, etc .) en beneficio de los intereses de la producción. El Estado es quien tiene que resolver los problemas que plantea el desarrollo del proceso de producción. Lógicamente, semejante proceso, del que dependen masas humanas cada vez mayores (una sola decisión puede acarrear consecuencias dramáticas para poblaciones enteras), debiera ser controlado y dirigido por una voluntad colectiva que interpretase los intereses y los deseos de las poblaciones interesadas ; es decir, que el destino de la colectividad tendría que ser regido y controlado por ella misma.

Pero, como en la sociedad capitalista, el fin del proceso productivo no es otro que el beneficio, es decir la apropiación privada del producto, la defensa y el incremento del beneficio exigen un control privado sobre el proceso de producción ; los intereses del beneficio, que es el fin del capitalismo, están antes que los intereses de la colectividad, reducida al papel de simple instrumento. La alienación obrera en las sociedades capitalistas desarrolladas, el hambre en el Tercer Mundo, son el precio de la lógica del beneficio.

Este es el conflicto permanente - imposible de suprimir en un régimen capitalista - entre las dos lógicas (la del carácter social de la producción y la del carácter privado del beneficio) que forma la trama del desarrollo de la sociedad capitalista moderna ; Desarrollo que confirma en lugar de invalidar al marxismo, que había previsto, al menos en parte, semejante evolución.

En la obra citada anteriormente, Engels escribió que, en el conflicto entre ambas lógicas (lógica social de las fuerzas de producción y lógica privada del beneficio), las fuerzas productivas ejercerían una presión creciente para que su naturaleza social fuera reconocida, obligando "a la clase capitalista misma a tratar a dichas fuerzas productivas como fuerzas socia-

les, en cuanto esto fuera posible dentro del marco del capitalismo". Es decir, que según el marxismo, el capitalismo se vería obligado a tratar de restablecer constantemente el equilibrio, a fin de hallar nuevos compromisos entre las dos lógicas en lucha, para conservar el carácter de la preeminencia del beneficio frente al aumento del carácter social de las fuerzas productivas, que se escapan constantemente de las relaciones tradicionales. Sociedades anónimas, trusts y monopolios, son según Engels, etapas progresivas de esta evolución, pero, "de una y otra forma, con trusts o sin ellos, una cosa es cierta, que el representante oficial de la sociedad capitalista, el Estado, tendrá al final que asumir la dirección (...) El Estado moderno, sea cual sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo ideal".

Tenemos pues, entre las previsiones marxistas, la que indica que la contradicción inherente al desarrollo capitalista producirá una intervención cada vez mayor del Estado en la economía, no sólo como instrumento conciliador de los conflictos internos, sino como "la organización que la sociedad capitalista se da a sí misma para preservar el modo de producción capitalista, tanto frente a los ataques de los obreros, como frente a los de los capitalistas individuales". El Estado tiene efectivamente ese papel de organizador de la sociedad, de capitalista colectivo, de instrumento de mediación permanente no sólo en los conflictos entre capitalistas, sino, en especial, en el conflicto fundamental de la sociedad capitalista, el que existe entre la lógica del desarrollo que impone el carácter social de las fuerzas productivas y la naturaleza del beneficio. La primera implica el reforzamiento del elemento colectivo de las estructuras, la segunda una acentuación del poder privado de decisión; conciliar estas dos exigencias, presentes siempre en el desarrollo capitalista, ha sido y es actualmente, la tarea esencial del Estado capitalista. Aquel necesita, por un lado, la intervención creciente del Estado en la vida económica, por lo tanto una ampliación del sector público, a causa de las exigencias sociales de las fuerzas productivas, pero por otra parte, una interpenetración creciente entre Estado y capitalismo, entre poder público y privado, para garantizar a éste su preeminencia, de modo que el carácter capitalista de los relaciones productivas no desaparezca. Podemos decir que a cada nueva etapa de desarrollo económico, a medida que el carácter social de la producción aumentaba (paso de la pequeña industria a la gran fábrica, del capital familiar a la sociedad por acciones, del monopolio privado a la empresa pública, del capitalismo nacional a la integración internacional), se hacía necesaria una nueva organización de las relaciones entre el sector público y el privado. Cada reorganización constituía un compromiso transitorio entre las dos exigencias en conflicto, es decir que por un lado creaba el marco institucional que requería el nuevo grado de socialización de la producción, por otro, reforzaba los instru-

mentos y las garantías que asegurarían, en dicho marco, la permanencia de las relaciones capitalistas. Así, de compromiso en compromiso, a medida que las dimensiones colectivas de la producción llegaban a tener la amplitud que hoy vemos, se reforzaban los instrumentos de dominio capitalista sobre la vida colectiva. El fortalecimiento de los centros de decisión privados y de sus lazos con los públicos, la devaluación de la vida democrática y por tanto la pérdida de control de la colectividad sobre el poder efectivo, son el precio que la sociedad debe de pagar por asegurar la supervivencia del capitalismo en una fase histórica en que la socialización del proceso de producción es tal, que requiere la ampliación de su carácter público en grado impensable hasta ahora. Con esta agravación, debida precisamente a las nuevas dimensiones de la empresa capitalista, el número de empresas que pesan de un modo decisivo sobre la vida económica se ha reducido enormemente, y de modo correlativo el número de centros de decisión privados. Tras de una fachada de instituciones democráticas reducidas a la gestión aparente del poder, se ha creado una nueva oligarquía.

La sociedad capitalista sigue siendo esencialmente una sociedad de conflicto, pero posee instrumentos que pueden atenuar esos conflictos y crear formas de adaptación y de integración. Los "socialistas modernos" son precisamente uno de dichos instrumentos y de los más eficaces.

Esa aceptación o conformidad, que afecta hoy a las sociedades capitalistas y que constituye un aspecto importante de la crisis de la izquierda en el mundo, no es el producto espontáneo de una sociedad que ha eliminado todo conflicto; no es el producto de una sociedad que ha conseguido el bienestar para todos sus miembros y que permite formas de vida verdaderamente democráticas; es el resultado de una serie de mecanismos complejos a través de los cuales la oligarquía dominante trata de garantizar bases estables y seguras al desarrollo capitalista, de modo que la sociedad sea una máquina cuyos engrajes funcionen con regularidad, es decir permitan la previsión de los acontecimientos, sin sorpresas, frotamientos ni rupturas.

Es fácil darse cuenta de la razón por la que la sociedad industrial moderna necesita esos factores de previsibilidad y estabilidad; el progreso técnico y su ritmo cada vez más rápido requieren instalaciones cada vez más vastas y complejas, imponiendo inversiones enormes, de rentabilidad diferida (entre la decisión de una inversión y el comienzo de su producción rentable, pueden pasar hasta diez años), al mismo tiempo que los plazos de amortización se acortan, a causa de la rápida sucesión de las innovaciones técnicas. Esto exige un alto porcentaje de autofinanciación, es decir un porcentaje de beneficio muy elevado que debe poder fijarse anticipadamente. Los otros elementos de la producción (salarios y precios) deben de poderse controlar y quedar subordinados a las exigencias del beneficio, lo mismo que el marco general social y político en que se sitúa

el proceso de producción no debe, en interés de ésta, estar sometido a las fantasías incontroladas (por el capitalista) de un régimen democrático.

La seguridad del beneficio, motor supremo de la sociedad capitalista, fué ya la razón por la que, entre ambas guerras mundiales, el capitalismo italiano primero (tras de la crisis de 1920 - 21) y el alemán después (a raíz de la crisis de 1929 - 32) intentaron imponer autoritariamente a la sociedad el fin de todo conflicto y de toda tensión social, trataron de congelar la lucha de clases y de convertir la sociedad en un mecanismo regido desde arriba. Para ello tuvieron que utilizar la violencia brutal del fascismo y del nazismo porque en aquella época no disponían de los instrumentos capaces de atenuar y enmascarar las contradicciones concretas. Sobre bases mucho más sólidas, la Alemania actual puede dar la consigna de la "*formierte Gesellschaft*", de la sociedad integrada y estructurada, donde todos los elementos están destinados a desempeñar el papel que les corresponde dentro de los fines que esa sociedad se ha fijado: el desarrollo y la exaltación del sistema capitalista. En la "*formierte Gesellschaft*", lo que se saca de las elucubraciones de sus ideólogos, de Voegelin a Rüdiger Altmann, y de la ilustración que ha hecho Erhard en su discurso al Congreso de Düsseldorf de la CDU, en marzo de 1965, y naturalmente de las críticas de los adversarios, como Opitz y Radke, es ese proceso de integración de las fuerzas sociales o políticas que sacrifican toda su autonomía reivindicativa o toda dialéctica democrática en el altar de un "bien común" que no es más que el interés de los grandes monopolios y la defensa del beneficio. Todo esto desemboca en un régimen autoritario que trata de apoyarse, más que sobre la fuerza, sobre un consentimiento general metódicamente organizado. Las leyes de excepción, contra las que ha votado el reciente Congreso de los sindicatos alemanes, pero que han sido aprobadas por el Congreso socialdemócrata que ha seguido al primero, son un importante avance en el camino del reforzamiento autoritario.

La "*formierte Gesellschaft*" es la primera formulación orgánica del régimen neocapitalista ideal, pero es todo el mundo occidental el que tiende hacia esas formas de sociedad integrada. En la base de este proceso, figuran, naturalmente, los instrumentos de control y de intervención que han conseguido modificar el ciclo económico, y por lo tanto la periodicidad de las crisis, pero sin eliminar sus causas, solamente repartiendo en largos períodos de tiempo los efectos de destrucción de la riqueza (efectos institucionalizados y permanentes en lugar de ser periódicos y explosivos), de modo que los efectos de las contradicciones que fueron en el pasado la causa de las grandes tensiones de la sociedad capitalista, se atenúan lentamente. Pero además de los instrumentos que actúan de modo directo sobre las contradicciones económicas, hay que citar aquellos otros que, sin influir en absoluto sobre las contradicciones objetivas, ocultan su presencia y tienen una gran importancia desde el pun-

to de vista subjetivo porque engañan y dificultan la adquisición de una conciencia clara de la situación. Son los instrumentos de intervención sicosocial, que impulsan a integrarse en el sistema, tratando de ahogar todas las tensiones y de instaurar un régimen de conformismo bajo el que quizás se oculta una fuerza potencial de rebeldía, pero de una rebeldía que no afecta directamente a las estructuras sociales. Añadamos, los instrumentos de intervención ideológica que se proponen barrer todas las ideologías, salvo las neocapitalistas, y convencer a la colectividad de la racionalidad intrínseca del sistema y de la perfección de sus automatismos. En definitiva, se trata de que se acepte el beneficio como único motor del desarrollo económico, sin que nadie se dé cuenta del carácter irracional de esta elección, es decir de lo absurdo del beneficio privado dentro de un proceso de producción cada vez más sometido a las exigencias sociales. Una vez admitido el beneficio como motor del desarrollo económico, hay que presentar el problema en términos políticamente neutros, es decir, "administrativos" o "técnicos", para privarles de todo potencial de protesta o de lucha. Como las decisiones vienen determinadas estrechamente por la técnica y la buena administración, la democracia se convierte en un derroche de energías, en un lujo supérfluo. El Estado "imparcial", el gobierno "depositario del bien común", arbitrarán los conflictos inevitables, sin provocar tensiones y sin poner en peligro la estabilidad social, sin permitir que se pierdan en un lucha entre "egoísmos opuestos" las energías y la riqueza. Sólo sobre esta base puede sobrevivir el capitalismo a las contradicciones que subsisten, sobre todo a las contradicciones fundamentales que le convierten en un orden cada vez más irracional (según aumenta la racionalidad del proceso de producción); porque sólo un gobierno que se inspire en estos principios, unido orgánicamente a las fuerzas del gran capital, puede reajustar el compromiso de que hablamos antes, entre la lógica de una producción que tiende a la socialización y la lógica del beneficio privado. Sólo él puede conciliar día tras día, los innumerables conflictos que nacen de esa contradicción fundamental.

Hemos dicho que, en el terreno político, dicho proceso se expresa por la tendencia al partido único; cuando se abandonan las opciones ideológicas, cuando todo se reduce a un problema de buen funcionamiento técnico y de administración prudente, no queda sitio para la pluralidad de partidos, a menos que el mismo partido no se convierta en un hecho técnico e institucionalizado, casi un organismo estatal, como se intenta hacer actualmente. En tal caso el bipartidismo, o incluso una pluralidad de partidos pueden subsistir, precisamente para dar la impresión engañosa de que existe una elección democrática, cuando en realidad la competencia entre dichos partidos no es más que una competencia entre eventuales equipos de gobernantes; cada equipo presenta sus títulos para una gestión más eficaz del poder, dentro de un marco político común. En este caso, el bi-

partidismo o la pluralidad de partidos no significan otra cosa que un monopartidismo disrazado.

En esta evolución, los partidos burgueses tradicionales se encuentran en inferioridad de condiciones, y tienden a ser sustituidos por los partidos modernos capaces de aportar al capitalismo organizado la adhesión de las grandes masas de asalariados, que forman actualmente la inmensa mayoría de la población, en los países de capitalismo avanzado. Estos partidos son capaces también de aglutinar en una sola organización las masas de trabajadores con las capas dirigentes. El partido demócrata norteamericano se lanzó por este camino hace mucho tiempo, y el republicano podrá hacer lo mismo cuando se libre de los elementos "goldwateristas", siguiendo el ejemplo que le da el actual alcalde de Nueva York.

En Europa, los partidos católicos han sido los primeros en seguir el camino de la integración y de la superación de la lucha de clases, en una sociedad a base de "armonía social", empleando el cemento religioso para amalgamar en un amplio partido interclasista las más diversas capas sociales. La originalidad y la fuerza de los partidos católicos reside precisamente, en que por su carácter unitario, pueden realizar en el interior del partido las mediaciones y las síntesis necesarias antes de llevarlas a cabo en la actividad estatal. Esto simplifica la tarea del gobierno, y con este fin, los partidos católicos han aprendido a utilizar, al mismo tiempo que los instrumentos tradicionales del confesionalismo (para las capas más atrasadas), los más modernos del neocapitalismo a la americana.

Los socialistas "modernos" son los recién llegados al abanico de partidos que se esfuerzan en integrar a la clase obrera en el sistema, y de crear de este modo una sociedad "armoniosa". Frente a los católicos, tienen la desventaja de que no han conseguido realizar aún en sus filas la unión de las clases, y por lo tanto se ven obligados a tratar con el capitalismo desde fuera y como potencia parcialmente sospechosa. En aquellos países en que existe un partido católico fuerte como en Italia, Alemania, Bélgica y Austria, eso les ha colocado en situación de inferioridad, llevándoles a la oposición (hasta hoy en Alemania y hoy de nuevo en Austria y Bélgica), o a una colaboración subalterna como actualmente en Italia, y ayer en Bélgica y Austria, a pesar de la paridad de fuerzas que habían alcanzado en este país). Aunque la presencia de otras capas sociales tradicionales o marginales, es decir, fuera de la dinámica del capitalismo organizado, complique el cuadro político y obligue, en el terreno electoral, a tener en cuenta su aportación (lo que es especialmente importante para los católicos), no hay que sobrestimar, en la actual situación política, el peso de la derecha tradicional, ni engañarse sobre el significado de la lucha política: la lucha entre partidos católicos y socialdemócratas no es ya el enfrentamiento clásico entre de-

rechazadas e izquierdas, sino una competencia entre dos partidos que aspiran a dirigir la misma sociedad integrada, a la mayor gloria del capitalismo.

En aquellos países europeos donde no hay grandes fuerzas católicas políticamente organizadas, como en Inglaterra y los países escandinavos, los partidos socialdemócratas se presentan casi sin competencia, como los únicos capaces de llevar a cabo la integración obrera, lo que explica (en el caso de los segundos) sus constantes éxitos electorales. Podría hacerse también una comparación muy instructiva entre la victoria laborista de 1945 y la reciente de Wilson. En 1945, la victoria laborista fué verdaderamente la victoria de todos aquellos que esperaban la profunda renovación de la sociedad inglesa, una revuelta de las clases trabajadoras contra el "establishment", y se la pudo llamar una "revolución silenciosa". La victoria de 1966 ha sido, por el contrario, una confirmación de la experiencia de Wilson: por la primera vez en su historia, los laboristas ven crecer su mayoría tras de estar algún tiempo en el gobierno. Esto es algo más que una inflexión a la derecha para atraerse al elector medio (tenemos presente la comparación que hizo "The Economist" entre Wilson y Baldwin, y cómo califica "The Guardian" a Wilson: "el mejor Primer ministro conservador del siglo"), esto es, según la hipótesis del comentarista Theodor White, que el partido laborista se ha convertido en un partido "natural" de gobierno en Inglaterra, exactamente igual como el partido demócrata de los Estados Unidos. Partido "natural" de gobierno, quiere decir que es el partido más apto para interpretar las exigencias de una sociedad, el partido más adecuado a las necesidades de la clase dominante, y en este caso concreto, que el desarrollo neocapitalista ha roto las formas tradicionales incluso en la mismísima Inglaterra, encarnadas hasta ahora en el partido conservador, y que el partido laborista, por aceptar mejor las formas menos jerárquicas y más integradas de la sociedad moderna, se ha convertido en el instrumento clave de integración a dicha sociedad.

Hemos hablado de las desventajas que presentaban los partidos social-demócratas, en tanto que "partidos de mediación de Estado", en relación con los partidos católicos, pero no hay que olvidar que también tienen algo a su favor. Lo más importante es que pueden apoyarse casi por completo sobre las fuerzas vivas de la sociedad industrial moderna, en los obreros y trabajadores asalariados, y que por lo tanto, están en situación privilegiada para evitar los conflictos potenciales que la sociedad capitalista encierra, y gracias a la adhesión de los sindicatos, pueden favorecer la programación concertada de la que la clave es la política de salarios.

Si este sumario análisis es cierto en sus grandes líneas, se deduce que existe un elemento de modernismo en las socialde-

mocracias europeas, pero que dicho elemento modernista no tiene nada que ver con el socialismo y que es precisamente la expresión de una exigencia neocapitalista: la de ser un capitalismo tan adelantado en el camino de la integración que pueda confiar tranquilamente la dirección política a un partido de tradición obrera, sabiendo que este partido dejará a la puerta del poder todo lo que pudiera tener de socialista. El neocapitalismo "moderno" no niega a los partidos obreros el derecho a defender ciertos intereses de las fuerzas sociales a las que representa (condición imprescindible para que poder conservar la dirección política de dichas fuerzas), pero a condición de que esto tenga lugar no sólo en el marco previsto por el funcionamiento general del sistema, sino especialmente en los límites y modos que permiten las exigencias del beneficio, de modo que toda tensión demasiado aguda, toda ruptura peligrosa quede eliminada. El elemento nuevo, "moderno", de la socialdemocracia es, ni más ni menos que su adhesión al sistema capitalista, su intención de integrar la clase obrera de modo estable y duradero en el sistema, como un elemento subalterno. En otras palabras, lo que tiene de nuevo, de "moderno" es el abandono definitivo del socialismo como alternativa al capitalismo.

Semejante postura podría estar justificada - una vez admitido honradamente que no se trata de una "nueva" posición socialista sino del abandono del socialismo - si el neocapitalismo hubiera solucionado todas las contradicciones o pareciera en camino de conseguirlo. Pero esto no es así. Pensemos en la miseria de grandes minorías étnicas (los negros de los Estados Unidos), de las minorías de emigrantes (mejicanos o portorriqueños, jamaicanos o pakistaneses, indios o argelinos, italianos o españoles, griegos o portugueses, etc.) que, en tantos países industriales representan un porcentaje muy considerable de la mano de obra; en la miseria de otros grupos marginales de la población (campesinos, subproletariado urbano) (2); en los factores de inseguridad y de inestabilidad de empleo y de salario, que existen incluso en los países más desarrollados (paro tecnológico en los Estados Unidos) y en aquellos otros que no lo son tanto (Italia), sobre todo en las fases de transición, y que son soportados exclusivamente por las clases trabajadoras; en las diferencias formidables de ingresos, que se acentúan y son causa de desigualdades; en la irracionalidad del derroche institucionalizado, en la masa de gastos improductivos (del armamento a la publicidad) que acompañan inevitablemente al desarrollo capitalista e incluso son una de sus condiciones. Todo esto en el terreno de la economía, donde parece que el neoca-

(2) El National Committee on Pockets of Poverty ha calculado que en los Estados Unidos de 1960, un norteamericano de cada diez vivía en condiciones de extrema pobreza, y aproximadamente uno de cada cuatro no tenía sino lo estrictamente necesario para vivir.

pitalismo ha obtenido sus mayores victorias. Si añadimos la condición humana de opresión y alienación, a la que el capitalismo ha condenado a la mayoría de los trabajadores, el hambre y la miseria de la mitad de la población del globo, habrá que concluir que, a pesar de todos los intentos de dominar su dinámica interna y evitar las contradicciones mas insultantes, el neocapitalismo no ha evitado la contradicción fundamental, inherente a su naturaleza, y no ha conseguido sino modificar las formas específicas bajo las que aparecía.

Estoy convencido de que, lejos de haber quedado superado, el análisis marxista de la sociedad capitalista ha sido confirmado por los hechos, pero el marxismo no nos ha enseñado solamente a reconocer, tras de los fenómenos mas diversos del mundo capitalista, la contradicción fundamental característica, sino también a analizar y reconocer, a medida que se manifiestan, las diferentes formas de dicha contradicción. Abandonaríamos el marxismo no solo si perdieramos de vista la contradicción fundamental, si dejáramos de ver los rasgos esenciales del capitalismo que persisten a través de sus diferentes transformaciones, sino también si nos negamos a ver sus mutaciones sucesivas, a analizar cada situación concreta, a reconocer uno por uno los aspectos principales que reviste, segun las situaciones, la contradicción fundamental capitalista. Pues las posibilidades revolucionarias nacen precisamente de la naturaleza contradictoria del capitalismo, y renunciar a ver lo específico de sus contradicciones significa prácticamente la renuncia a poseer una estrategia revolucionaria adaptada a la situación presente, en una palabra la renuncia a la lucha por el socialismo.

En este sentido, considero que se apartan del marxismo todos los que, sin renovar los antiguos análisis de Marx y de Lenin, se limitan a repetir sus fórmulas, pues en tal caso, más que de marxismo arcaico, se trata de la negación del marxismo. Entre éstos se encuentran los que no quieren darse cuenta de que el neocapitalismo ha llegado a atenuar algunas de las contradicciones mas flagrantes, que por tanto han dejado de aparecer como contradicciones principales y no pueden ser consideradas como motor principal del proceso revolucionario. No es marxista el esperar *actualmente* (sin prejuzgar lo que pueda ocurrir dentro de quince o veinte años) la revolución, de los efectos de una crisis cíclica o de la miseria creciente de los trabajadores (esta tesis, ademas, es mas de Lasalle que de Marx, pero fué adoptada incluso por sus más proximos discípulos). Y no hablemos de aquellos que piensan que la revolución puede salir de un acto de voluntad, olvidando que sin las contradicciones reales, una voluntad revolucionaria de las masas es inconcebible.

Todas estas manifestaciones seudorevolucionarias no han caído del cielo; son la contrapartida de la falta de estrategia auténticamente marxista capaz de oponerse a la praxis socialdemócrata. Una estrategia marxista no puede partir mas que



de un análisis serio, científico, de la sociedad contemporánea, de sus mecanismos de desarrollo y de las contradicciones que se manifiestan en realidad. Este análisis está en gran parte por hacer, y nos llevaría a descubrimientos muy interesantes; indicaré brevemente en qué dirección me parece que hay que buscar las principales contradicciones de hoy.

Hay tres direcciones que me parecen esenciales. La una debe de tener en cuenta la existencia en el mundo de otro sistema de relaciones de producción, el sistema socialista, cuya presencia competitiva es para el mundo capitalista una denuncia permanente de sus insuficiencias y desequilibrios, y un estimulante que le incita a buscar un desarrollo más rápido, convirtiéndose así en un elemento de contradicción interno del capitalismo. Evidentemente si este sistema de relaciones productivas organizado sobre un fundamento socialista, demostrara una superioridad sobre el sistema capitalista, no sólo desde el punto de vista del ritmo del desarrollo económico, sino, sobre todo, desde el punto de vista de la condición humana, en su vida social, el régimen capitalista se vería claramente condenado por la historia y su fin estaría muy cercano. Desgraciadamente, el capitalismo fué derrotado en primer lugar en los países menos desarrollados, y se ha creado una contradicción inversa de la existente en los países capitalistas, en el sentido de que las relaciones socialistas de producción están más avanzadas que el desarrollo, aún insuficiente de las fuerzas productivas. La posibilidad de éxito se ha retrasado. Pero en la medida en que los países socialistas consigan superar su contradicción y elevar el desarrollo de las fuerzas productivas al nivel de las relaciones socialistas de producción de modo que el socialismo pueda reproducirse espontáneamente, constituirán una fuerza cada vez mayor de impugnación del capitalismo, en su base y en su legitimidad histórica en la época actual.

Otra dirección es el Tercer Mundo, o al menos la parte de Tercer Mundo dominada por el neocolonialismo. Aquí, la contradicción ha tomado no hace mucho el aspecto de una lucha por la independencia nacional, pero hoy, conseguida la independencia, la contradicción toma la forma de la lucha por un desarrollo rápido, tanto más urgente cuanto su disparidad con el mundo desarrollado aumenta, y que el hambre y la miseria se extienden por el planeta. Esta es una de las contradicciones más explosivas del mundo contemporáneo, y la que parece contener el potencial de ruptura mayor con relación al mundo capitalista, pero no puede considerársela, sin embargo, como la fuerza motriz de una revolución socialista. Si el socialismo debe de ser un sistema de relaciones humanas más avanzado que las del capitalismo, su superioridad sólo se podrá manifestar frente al capitalismo más avanzado. Las crisis y rupturas que se manifiestan en las márgenes del mundo capitalista pueden tener una gran importancia histórica para el debilitamiento general del sistema capitalista y para el arranque de una edificación socialista, pero no pueden significar la derrota



definitiva del capitalismo, ni, en consecuencia el triunfo del socialismo. Esto que fué cierto para la revolución rusa hace cincuenta años, lo es aún más para cualquier otra revolución, que no estalle en el corazón del sistema capitalista.

Es aquí donde debemos encontrar la tercera manifestación, decisiva, de las contradicciones capitalistas, y en cuanto militantes de un movimiento obrero occidental, donde estamos interesados directamente. Pero es también, donde el capitalismo ha conseguido atenuar parcialmente los efectos de su contradicción fundamental y más aún, enmascararles por una operación de la que la socialdemocracia de Europa Occidental es en gran parte responsable.

La tarea esencial de las fuerzas socialistas es pues la de apoyarse sobre las contradicciones reales para desgarrar el velo que oculta su significado, ayudar a darse cuenta de la situación y hacer ver el hilo que une cada una de las contradicciones parciales con la contradicción fundamental, contemplando la sociedad capitalista globalmente, más allá de sus manifestaciones individuales. Pero la tarea de un partido marxista es también, pasar de esta formulación general a una aplicación más específica, descubriendo una por una las principales manifestaciones de la contradicción capitalista, para concentrar en ellas sus esfuerzos. Es esta una tarea que requiere un análisis teórico y práctico si se quiere evitar que los socialistas caigan en la trampa que les tienden sus adversarios.

Pese a las contradicciones de la sociedad capitalista desde el punto de vista de la Economía, creo que en nuestra perspectiva política (entendiéndolo por ello los próximos 10 o 15 años) no van a estar aquí las contradicciones principales de la sociedad capitalista. Las contradicciones esenciales, o que puedan llegar a serlo, son las que se relacionan con el poder. Digo "que puedan llegar a ser esenciales", porque la importancia de una contradicción no proviene exclusivamente de su existencia objetiva, sino de la conciencia que de ella tienen los trabajadores, de si estimula o no su lucha. El tener conciencia de la importancia de una contradicción es por lo tanto algo que puede ser estimulado por el partido o partidos que guían la lucha por el socialismo. Si dichos partidos no cumplen esta tarea, pueden darse situaciones potencialmente revolucionarias que no sean explotadas por el movimiento obrero.

La importancia del problema del poder es por tanto la de dar una posibilidad de acción. El carácter social de la producción es hoy visible hasta la evidencia, como también la pequeña o nula influencia de la voluntad colectiva en aquel proceso social. No hay que hacer esfuerzos sobrehumanos para que los obreros comprendan que carecen de poder real, en la fábrica donde trabajan, en la orientación general de la producción, en los demás problemas que influyen directamente en su existencia (desde la escuela a los seguros sociales, desde la

vivienda a los transportes o su tiempo libre). Mientras el neocapitalismo puede sin duda mejorar la condición económica de los trabajadores, y por tanto aliviar *en ese terreno* las consecuencias de sus condición dependiente, es evidente que la lógica del desarrollo capitalista lleva a la concentración del poder, acentuando la ruptura entre poder real y mundo del trabajo, tendiendo a hacer cada vez más aguda esta contradicción; que, por otra parte, no es más que un aspecto del problema general de la alienación.

Una de las tareas esenciales del socialismo es, para mí, la de emprender una lucha seria para conquistar el poder, desde dentro de la sociedad capitalista. Pero para que no haya ningún equívoco al respecto, voy a subrayar algunos puntos importantes.

A) hay que evitar la ilusión tecnocrática que piensa que se puede ejercer un poder socializante gracias al empleo de instrumentos técnicos en manos de un aparato estatal neutro. Creo que en las previsiones sobre su propia estrategia, el movimiento obrero debe de tener en cuenta las pretensiones autonómicas de una parte al menos del aparato estatal (3), que no puede considerarse exclusivamente como ejecutor de voluntades ajenas. Pero estas pretensiones a la autonomía sólo podrán ser útiles al movimiento obrero si éste tiene una voluntad precisa y una fuerza capaces de oponerse a la voluntad y a la fuerza capitalistas, y si gracias a aquellas, el movimiento obrero consigue realizar una serie de reformas estructurales que aumenten la fuerza de su poder antagonista. Fuera de esta hipótesis, el poder estatal, a pesar de las pretensiones de autonomía de quienes lo ejerzan, no podrá sustraerse a la fuerza dominante del capitalismo que le ofrece el único marco social posible a su funcionamiento.

B) hay también que huir de la ilusión parlamentaria, de creer que el parlamento es la institución que posee el poder efectivo de decidir, en la época del capitalismo organizado. En tiempos del capitalismo de competencia, cuando los centros de poder capitalistas eran innumerables y el sufragio quedaba limitado generalmente a las clases poseedoras, el parlamento pudo ejercer una acción más importante, por un lado porque era la expresión de intereses de clase suficientemente homogéneos (los de las clases propietarias), y por otro, porque se convertía en el lugar de convergencia y mediación inevitable de los inevitables conflictos que se manifestaban en el seno de la clase dominante, al representar a millares de capitalistas

(3) Pienso especialmente en el aparato de las empresas públicas que, en determinadas circunstancias, podría entrar en conflicto con el capitalismo privado.

y de propietarios. Pero desde entonces, ha habido una doble evolución : por un lado, con la concentración, el número de centros de poder capitalistas con un peso real en la sociedad se ha reducido considerablemente ; por otro, el parlamento al hacerse más representativo, se ha convertido en la expresión de todas las capas sociales. Es por lo tanto inconcebible que los raros grupos capitalistas que tienen el poder real de decisión se dirijan al parlamento para solucionar sus conflictos. Cuando éstos requieren la intervención del poder público, la mediación se efectúa directamente a través del gobierno que tiene lazos muy estrechos con la oligarquía económica. Lo que no significa que el parlamento no sirva para nada ; aún conserva ciertas posibilidades de intervención en la vida pública y puede ser un instrumento de lucha útil a las clases trabajadoras. Pero este papel sería mucho más importante, si el movimiento obrero renunciara a sus ilusiones parlamentaristas, a creer que el parlamento es la sede del supremo poder, y tratara de utilizarle con mayor eficacia en aquel terreno en que aún puede servir. En caso contrario, no sólo corre el peligro de perder la batalla por el poder, al lanzarse en pos de falsos objetivos, sino peor aún : prestarse a colaborar en el engaño capitalista tomando el parlamento y el sufragio universal por los instrumentos efectivos de una verdadera democracia. Así es como el parlamento acaba convirtiéndose en un instrumento de integración, es decir de esclavización de la clase obrera, en vez de un instrumento de poder democrático, de un instrumento de liberación.

C) si se evitan los dos escollos señalados, la lucha por el poder no puede ser otra cosa que un combate del movimiento obrero para atacar el poder de la propiedad privada, para afirmar en todo momento y realizar siempre que se pueda, el principio según el cual las decisiones de interés colectivo — todas las que conciernen a nuestra vida económica, social, cultural y política — no pueden ser decisiones privadas, tomadas por centros de poder oligárquicos, sino decisiones democráticas tomadas por los interesados, es decir por la gran masa de los trabajadores. En la actualidad esto es desgraciadamente imposible porque el capitalismo ha creado una red sumamente compleja de centros de decisión, sobre los que no se puede ejercer un control del exterior, y tanto más, cuanto que el movimiento obrero no posee los instrumentos adecuados a este fin. Sin embargo, ésta es la dirección en la que hay que caminar, aunque el movimiento obrero se encuentre enormemente retrasado, dividido entre los que cultivan la ilusión parlamentaria y los que niegan toda posibilidad de acción en el interior de la sociedad capitalista, aplazando toda acción para el momento de una hipotética conquista violenta del poder, en un futuro indeterminado.

En otro lugar he expuesto cómo veo esta lucha por el poder en el interior de la sociedad capitalista (4), pero lo que me

(4) Lelio Basso, Prospettive della sinistra europea,

parece interesante destacar, es que si el movimiento obrero europeo no consigue planear una estrategia capaz de combatir al neocapitalismo, la crisis de la izquierda continuará agravándose, y no serán las invocaciones a la unidad, ni las batallas electorales, ni las maniobras tácticas las que lo resolverán. A este respecto quiero subrayar dos aspectos que me parece que encierran una gravedad excepcional.

En primer lugar, teniendo en cuenta la falta de respuesta adecuada del movimiento obrero, parece evidente que el neocapitalismo va a conseguir hacer progresar la integración de la clase obrera. Esta integración no tiene un carácter inevitable, pues como las contradicciones capitalistas son objetivamente más fuertes que los mecanismos de integración, ofrecen al movimiento obrero considerables posibilidades de lucha. Pero me parece evidente que, por el momento, las capacidades del neocapitalismo para utilizar los mecanismos integradores son mucho más fuertes que la capacidad del movimiento obrero para emplear los contradicciones capitalistas como mecanismos de ruptura. En una sociedad contradictoria, como lo es la capitalista, todo puede tener una realidad contradictoria, incluso las mismas reformas. Del contexto en que éstas se lleven a cabo dependerá que las reformas concebidas como anticapitalistas produzcan un cambio en las estructuras sociales, o se conviertan en nuevas ventajas para el capitalismo. Me parece que su carácter anticapitalista depende sobre todo del hecho de que formen parte de un ataque general contra el capitalismo, de una estrategia socialista global, guiada por la voluntad consciente de llevar a cabo una acción revolucionaria en el seno de la sociedad capitalista y por tanto, sostenida por la acción permanente de la clase obrera. Sin esta acción permanente, sin esta estrategia global, la línea que separa la reforma anticapitalista de la reforma integradora tenderá a difuminarse, y el movimiento obrero mismo puede caer en la trampa y tomar por reformas verdaderas aquellas que podrían tener ese carácter dentro de un movimiento general que cambiara las relaciones de poder, pero que, fuera de un tal movimiento, pueden volverse en contra suya. Esto no extrañará a los que admitan que el método marxista es un método global, y que sólo globalmente se puede apreciar el valor de un acto aislado. Todo empirismo es una tendencia conservadora (5).

Otro motivo que hace que me parezca urgente que el movimiento obrero se dé cuenta de esta nueva realidad cuanto antes, es que ya se encuentra retrasado respecto al neocapitalismo. Mientras aquel está aún encerrado en sus marcos nacionales, se está empezando a estructurar una nueva dimensión supranacional del capitalismo. Los dos aspectos principales de este fenómeno son la C.E.E. y el super-imperialismo norteamericano. Dos aspectos que en ningún modo son contradictorios, pues la C.E.E. puede facilitar el trabajo de los imperialistas norteamericanos, ofreciéndoles un campo económico más favo-

nable a su penetración masiva que los espacios económicos nacionales. Merecería la pena estudiar este doble proceso : ver cómo el imperialismo norteamericano se ha propuesto el ambicioso proyecto de imponer su orden a todo el mundo no socialista, de acuerdo con sus necesidades, y ver, a continuación, cuales son los nuevos problemas y las contradicciones nuevas que van a nacer y de qué armas dispone el movimiento obrero para dar la batalla.

Pero es difícil que se pueda afrontar esta nueva batalla internacional si no se consigue antes, entablar una serie de batallas por el socialismo en un ámbito nacional.

(5) Sería necesario exponer todo el método marxista cada vez que se trata de un asunto de esta naturaleza. Pero recordemos que para Marx, el proceso revolucionario no puede ser el producto de la iniciativa hábil y audaz de un partido revolucionario cualquiera, si esta iniciativa no participa en el "movimiento real" de la historia. Ahora bien, el movimiento real, en el interior de la sociedad capitalista, viene dado por la dialéctica entre el carácter social de la producción y el orden privado de las fuerzas productivas. En esta dialéctica, el carácter social de la producción impondrá siempre transformaciones nuevas, adelantos de las estructuras y de la organización social. Una estrategia global del movimiento obrero que se apoye en esta dialéctica saca su fuerza no de una decisión subjetiva sino del movimiento real de la historia.

En cuanto al valor que pueden tener los resultados individuales obtenidos por esta estrategia, hay que tener en cuenta que, para el marxismo, a partir de cierto punto, la cantidad se transforma en calidad. Es decir, que unos resultados puramente cuantitativos si se obtienen siempre en la misma dirección, en el marco de una estrategia global, son acumulables (por ej. los desplazamientos de poder progresivos de los centros capitalistas hacia las fuerzas antagonistas del movimiento obrero) y pueden en cierto momento determinar una mutación cualitativa.

BALANCE Y PERSPECTIVAS DE 30 AÑOS DE FRANQUISMO :

(Iniciamos en este n° la publicación de documentos y análisis expresando distintos puntos de vista sobre la significación y consecuencias de la guerra civil 36/39 y del regimen impuesto tras la derrota de las fuerzas obreras).

Acción Comunista se dirige a militantes de diferentes organizaciones :

Hace exactamente 30 años con el levantamiento militar-fascista (18 de Julio 1936), se iniciaba una Guerra Civil que termina en Abril de 1939 con el aplastamiento de las fuerzas obreras. Con el propósito de realizar un balance de los principales acontecimientos de estos últimos 30 años, deseáramos conocer su opinión sobre :

1º) ¿Cuál fue el carácter político de la Guerra Civil 36/39, tanto desde el punto de vista nacional, como internacional ?
¿Se trataba de la defensa de las instituciones republicanas, de la lucha por la independencia nacional, o de una guerra revolucionaria que, de triunfar las fuerzas obreras, hubiera podido significar el triunfo de la Revolución Socialista ?

2º) ¿Cuál es para España, el significado esencial de estos 30 años de dominación franquista, tanto desde el punto de vista político, como económico y social ?

3º) ¿Cuales son las perspectivas políticas de la clase obrera ante la actual evolución del régimen franquista ?

(A continuación publicamos la respuesta de Fernando Claudin. En nuestros próximos números publicaremos las respuestas de camaradas libertarios, socialistas, del POUM, etc... Señalemos de paso que la dirección del P.C. a quien habíamos transmitido dicho cuestionario — por mediación de miembros del comité de redacción de REALIDAD — se ha negado rotundamente a respondernos. Si fuéramos una revista del Opus, no cabe duda que hubieran contestado...)

Respuesta de Fernando Claudin

I — La guerra civil de 1936-39 fué la fase final del proceso revolucionario que se inició en 1930-31 con la caída de la dictadura de Primo de Rivera y de la monarquía borbónica, coincidiendo con los efectos en España de la gran crisis económica mundial de 1929. Sin partir de la dialéctica global de ese proceso no es posible llegar a una caracterización adecuada de cada una de sus fases. Se trata de diez años de revolución, de la revolución más radical que ha conocido la España salida de la crisis histórica del imperialismo español a comienzos del Ochocientos. Y como en toda gran revolución su contenido no se agota en un solo rasgo definitorio. En función de las estructuras y los problemas tradicionales de la España terrateniente-burguesa, se entremezclaron e infirieron recíprocamente un contenido general democrático-burgués y un contenido socialista. El primero predominó en las primeras fases de la revolución. El segundo que existía potencialmente desde el comienzo — fue adquiriendo consistencia, tanto en las contradicciones objetivas como en la conciencia del principal agente de la revolución, el proletariado industrial y agrícola, y comenzó a prevalecer en la fase final. El auge del fascismo en Europa y la disposición de las clases reaccionarias españolas a ensayar ese modelo en nuestro país, imprimieron a la revolución un carácter antifascista. La interdependencia del proceso revolucionario español con los prolegómenos de la crisis bélica mundial determinó la incidencia decisiva que en el curso de nuestra revolución tuvieron no sólo los intereses generales de las grandes potencias sino su estrategia concreta con vistas al inminente conflicto. La intervención directa o indirecta del imperialismo planteó la cuestión de la independencia nacional, aunque no de la manera simplista como esta cuestión ha sido enfocado generalmente por la izquierda española. Un real nacionalismo burgués era ingrediente fundamental de los objetivos clasistas y del bagaje ideológico de las fuerzas reaccionarias y fascistas españolas. Frente a él se alzaba la defensa de la independencia nacional de la España revolucionaria.

El contenido de la revolución española no puede definirse haciendo abstracción de alguna o algunas de esas significaciones. Implicaba la defensa de las instituciones republicanas

y la negación de éstas en su sustancia burguesa : el antifascismo, pero rebasándolo en cuanto al contenido que éste tenía al nivel europeo : la defensa de la independencia nacional, pero en conflicto con el contenido tradicional, nacionalista-burgués, de esa bandera, aunque todavía influido por éste contenido : la posibilidad objetiva y la aspiración subjetiva de transformación socialista de la sociedad española, pero fuertemente mediatizados ambos niveles — estructuras y conciencia — por el atraso de las fuerzas productivas, por la debilidad teórica del movimiento obrero español y su fraccionamiento ideológico, y por exigencias tácticas que imponían la necesidad de ganar la guerra como condición "sine qua non" de la victoria de la revolución. pero a través de esa dialéctica tan compleja y contradictoria la revolución española radicalizó su contenido inicial y en el curso de la guerra civil comenzó a transformarse en revolución socialista. ¿Se hubiera impuesto esa tendencia en el caso de ganar la guerra la República ? ¿Se hubieran creado condiciones más favorables para ganar la guerra, o se hubiera, por el contrario, precipitado la derrota, si en el curso mismo de la contienda las fuerzas obreras imprimen a la revolución un carácter abiertamente socialista ? La investigación histórica marxista llegará posiblemente a precisar (hasta ahora no me parece que lo haya logrado) los términos reales, las condiciones concretas, nacionales e internacionales, que condicionaban esos interrogantes. Como es obvio, no podrá dilucidarlos categóricamente. Toda hipótesis de que la historia, a partir de tal o cual momento, hubiera podido seguir otro curso distinto del que efectivamente tuvo, queda forzosamente en la esfera de lo especulativo (en el sentido que Kant, el primero, dió a este término : "un conocimiento teórico es especulativo si se refiere a un objeto o al concepto de un objeto, al cual no se puede llegar mediante ninguna experiencia").

En relación con el problema que nos ocupa — el contenido de la revolución española de los años treinta — lo que, a mi parecer, tiene mayor actualidad, dada su importancia para la elaboración de una estrategia marxista de la lucha por el socialismo en la España de hoy, es lo siguiente : la tendencia a transformarse *rápidamente* en socialista que, *en la práctica*, reveló nuestra revolución, en cuanto las fuerzas obreras pasaron a tener un papel hegemónico, pone de manifiesto que, ya entonces, el capitalismo español — pese a su atraso, a las "supervivencias feudales" — había llegado a un nivel que hacía imposible el tipo de revolución democrático-burguesa con hegemonía de la clase obrera elaborado teóricamente por Lenin. Ese esquema podía caracterizar un *momento fugaz* del proceso revolucionario, pero no el contenido global de la revolución.

II — El significado esencial de las tres décadas de dominación franquista estaba contenido, en gérmen, en el significado esencial del choque entre revolución y contrarrevolución que llenó la década anterior. Nos acabamos de referir al carácter de

la revolución, pero no es menos necesario que tengamos claridad sobre el significado de la contrarrevolución que venció en 1939. No se trató de una simple vuelta al pasado, aunque subjetivamente así la vieran las castas tradicionales (no los elementos del capital monopolista que desde los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera pugnaban ya por cambios estructurales y políticos que impulsaran el desarrollo capitalista) y las masas populares. En realidad, el dilema que se dilucidó en la guerra civil era si la ruptura del nudo de contradicciones que obstaculizaba el crecimiento de las fuerzas productivas se efectuaría por la vía socialista, mediante la expropiación económica y la anulación política de las principales clases explotadoras (terratenientes y gran burguesía), o si habría de realizarse por la vía capitalista-monopolista, a costa de las clases trabajadoras, lo que requería su aplastamiento político. Se trataba de la lucha entre dos posibles vías de desarrollo económico y social. Nuestro error, el error del marxismo español — y aquí incluimos las tres corrientes de la década del treinta : leninista-estalinista, trotskysta y socialdemócrata — después de 1939, consistió en no comprender el significado profundo de la derrota ; en no ver que si ésta *cerraba* por toda una etapa el camino al desarrollo democrático-socialista de España lo *despejaba*, en cambio, para el desarrollo capitalista-monopolista. Nos instalamos en la creencia subjetivista de que el franquismo significaba simplemente una especie de tapón, de detención voluntarista-reaccionaria del curso histórico de España, cuando en realidad esa u otra forma de dictadura fascista era la condición histórica de la aceleración *capitalista* de ese curso, la posibilidad, probablemente única, de que la transformación burguesa de la España tradicional llegara a sus últimas consecuencias. En ese error se reflejaba no sólo el bajo nivel teórico del marxismo español, incapaz de un verdadero análisis marxista original de la sociedad española, sino la deficiente caracterización del fenómeno fascista hecha por la III Internacional.

En consecuencia, los partidos y grupos marxistas españoles entendimos el franquismo como una simple restauración terrorista del pasado, cuando en realidad el terror no era más que el medio — uno de los medios — para imponer cambios fundamentales en las estructuras y superestructuras. Al nivel de las estructuras, comienza a desarrollarse desde el primer momento el capitalismo monopolista de Estado, invadiendo todos los engranajes del mecanismo económico, incluidos — y éste es el paso decisivo — sectores clave de la producción. Al nivel de las superestructuras políticas e ideológicas, se opera el paso de la hegemonía a la gran burguesía (incluyendo en esta categoría a los grupos más aburguesados de la vieja aristocracia) y, dentro de ella, al núcleo representativo del capital monopolista. Que en el primer plano de la escena, ocupando los puestos políticos y muchos de los económicos, aparecieran con frecuencia militares, demagogos falangistas, señoritos aris-

tócratas, especuladores y aventureros de todo jaez, no cambia nada al contenido profundo del proceso, aunque le imprimiera rasgos específicos de mayor o menor interés.

Bajo la continuidad política del régimen dictatorial, sucesivamente reajustado según las coyunturas nacionales e internacionales, y en trance de prudente liberalización desde hace años, las mutaciones en las estructuras económicas y sociales han llegado muy lejos : de agrario-industrial, el país se ha convertido en industrial-agrario ; el capitalismo "invertebrado" de hace treinta años, se ha transformado en capitalismo "organizado", en monopolismo de Estado : la industrialización avanza en los últimos años a un ritmo que puede parangonarse con los más rápidos en la historia del capitalismo ; una nueva agricultura capitalista está naciendo de la crisis irreversible del binomio secular latifundio-minifundio. Mientras la aristocracia terrateniente completa su metamorfosis burguesa, o viene a menos, se está formando una burguesía industrial, comercial y agraria de tipo europeo. Mientras el proletariado agrícola y lo más pobre del campesinado se han reducido cuantitativamente de manera drástica, perdiendo significación social y política, se desarrolla una nueva y numerosa clase obrera industrial, una gran masa asalariada en los servicios, importantes capas técnicas, etc. Se ha formado una extensa y heterogénea capa media acomodada, "seatizada". Es decir, la estructura social típica de los países capitalistas desarrolladas está a la vista, en proceso de rápida constitución.

Por su parte, el sistema político nacido de la victoria de los grupos oligárquicos en la guerra civil, comienza a adaptarse a las nuevas estructuras y los nuevos aires. De ser la forma más adecuada a la vía capitalista-monopolista en la España emergente de la década revolucionaria, el instrumento necesario para acelerar la acumulación y concentración del capital que ha servido de base de partida al actual despegue económico, ese sistema político fascista se convirtió en freno a la nueva dinámica capitalista. En freno económico y riesgo político, puesto que los cambios estructurales han ido acompañados de un renacer, lento al principio, relativamente rápido en los últimos años, del movimiento obrero y de las corrientes democráticas en diversos sectores sociales. Los grupos más lúcidos de la burguesía, de la Iglesia y del Ejército, acicateados y secundados con creciente eficiencia por la moderna tecnocracia en vías de formación, comprendieron desde hace años la necesidad de encontrar nuevas formas institucionales, capaces de asegurar la continuidad de su hegemonía política e ideológica. Comprenden que si hace treinta, veinte años, el sistema capitalista español no podía sobrevivir, y menos acelerar su desarrollo, en los marcos de la democracia burguesa, hoy, dado el nivel económico alcanzado, dadas las estructuras y los instrumentos del sistema de capitalismo monopolista de Estado, dados los cambios generacionales y económicos producidos en las clases

sociales, dada la extinción del espíritu revolucionario masivo de los años treinta, dado el contexto europeo y mundial, existe la posibilidad de que una cierta forma de "democracia" burguesa sirva para consolidar los resultados obtenidos y seguir avanzado con mayor seguridad por la vía capitalista-monopolista. En la búsqueda de esa "cierta forma", los grupos "liberalizadores" de las clases dominantes, que hoy son los que tienen la iniciativa dentro de éstas, se inspiran en los modelos que ofrecen los países capitalistas más desarrollados, pero proceden con prudencia, tratando de adaptarlos a las realidades españolas. Tropezan, además, con la resistencia de los "ultras" inmovilistas, y tratan de vencer esa resistencia, también con prudencia, evitando conflictos agudos. Pero los elementos de la izquierda española que se ilusionan con las contradicciones entre "inmovilistas" y "liberalizadores", y que toman la prudencia de estos últimos por signo de impotencia y de debilidad, se equivocan lamentablemente. Hacen abstracción de la significación esencial de los treinta años "franquistas": la *consolidación* del capitalismo español, llegado a la fase de capitalismo monopolista de Estado. Esta consolidación contiene, naturalmente, las contradicciones inherentes a este tipo de capitalismo, que llevarán, antes o después, a su fin, pero en el período actual no representan, ni en su manifestación objetiva, ni en la expresión subjetiva que esas contradicciones tienen en la conciencia de las clases, que el sistema esté abocado a una crisis revolucionaria. Por ahora esas contradicciones, tanto a nivel objetivo como subjetivo, actúan como factor dinámico, de desarrollo económico, social y político. La actual crisis de las formas políticas franquistas no es signo de crisis del capitalismo español sino de esa fase de madurez dinámica a la que ha llegado. El contenido general del actual movimiento de oposición antifranquista no es la liquidación revolucionaria del "sistema", sino su "perfeccionamiento" democrático-burgués.

III — Dentro de esta evolución las perspectivas políticas de la clase obrera son inciertas. Está constituyéndose un nuevo movimiento obrero de clase, independiente, del que las "comisiones obreras" y otras formas de acción sindical representan la vanguardia consciente, pero este movimiento obrero carece de una base teórica marxista que lo oriente, y de una estrategia política global que combine la perspectiva socialista con las necesidades tácticas de la coyuntura actual. El Partido Comunista, que hoy por hoy es tal vez la fuerza política con mayor organización dentro de la clase obrera (digo "tal vez" porque la organización de las fuerzas católicas dentro de la clase obrera reviste formas diversas e indirectas que hacen más difícil su valoración, pero puede ser bastante considerable tomada en su conjunto) actúa bajo una visión de la situación actual y una concepción de la perspectiva que, a mi parecer, son erróneas. Por un lado, considera que crisis de las estructuras políticas franquistas implica la crisis de todo el sistema de capitalismo monopolista de Estado, y en consecuencia ve la

coyuntura actual como la iniciación de un proceso revolucionario : por otro lado, considera que este proceso revolucionario no ha de desembocar en la revolución socialista sino en lo que llama la "democracia política y social", sistema económico-social "sui generis", capitalismo sin capital monopolista, en el que colaborarán durante una larga etapa la clase obrera, el campesinado propietario, la pequeña burguesía y la burguesía media, hasta que de manera "natural", por exigencias del desarrollo de las fuerzas productivas y por decisión voluntaria de la burguesía no monopolista, se pase gradualmente al socialismo. (En el Suplemento de la revista "Cuadernos de Ruedo Ibérico", "Horizonte español 1966", hago una crítica circunstanciada de esa doble orientación y a ella me remito). La consecuencia práctica de esa línea general es que el Partido Comunista lanza consignas izquierdistas, como la de "huelga nacional", que sólo pueden ser eficaces en una situación revolucionaria, y con frecuencia trata de forzar las acciones de lucha más allá de las posibilidades reales, con el consiguiente quebranto para las fuerzas que intervienen en ellas y, ante todo, para las fuerzas mismas del Partido. Ello incide negativamente en los aspectos positivos de la táctica del Partido, como, por ejemplo, el aprovechamiento de las posibilidades legales combinado con la acción extralegal, táctica que ha contribuido eficazmente al desarrollo de las comisiones obreras. En cambio, mientras intenta forzar aquél tipo de acciones que, a su juicio, pueden llevar a la "huelga nacional", el Partido no presta la necesaria atención a múltiples problemas económicos, sociales, culturales, cuyo planteamiento remite al día siguiente de la victoria de la revolución llamada a instaurar la "democracia política y social". En consecuencia, la política del capital monopolista no encuentra la respuesta adecuada en toda una serie de problemas esenciales de la sociedad española. Al mismo tiempo, el horizonte de la "democracia económica y social" en lugar de preparar ideológicamente a las masas y al Partido para la lucha por el socialismo, en lugar de servir para investigar y formular los objetivos parciales actuales en función de la perspectiva socialista, contribuye a desarmar ideológicamente a las masas y a que los objetivos parciales revistan un simple carácter economista, o sindical, o democrático-formal. Todo ello independientemente de la voluntad subjetiva de los dirigentes del Partido, no contribuye a fortalecer ideológicamente a la clase obrera frente a las habilidosas tácticas de los "liberalizadores" sindicales, de las fuerzas políticas católicas, y de otros elementos reformistas, que tratan de integrar *positivamente* al movimiento obrero en el proceso de "democratización" del sistema. Por otro lado, las estructuras internas del Partido, la ausencia en su seno de verdadera discusión y vida política, no facilitan el reclutamiento - y menos aún la conservación de los nuevos efectivos, cuando éstos llegan - entre los elementos más avanzados de la clase obrera.

Sin embargo, creo que la actuación de los comunistas militantes y de los marxistas no miembros del Partido que toman

conciencia de la situación descrita más arriba, no debe proyectarse actualmente hacia la creación de un nuevo partido, sino esforzarse en la renovación del actual. Incluyendo en ese concepto de "renovación", tanto la revisión marxista de las bases teóricas del Partido, como la corrección de su estrategia política y la transformación de su funcionamiento interno. Sé que es tarea difícil y que no pocos marxistas de dentro y de fuera del Partido la consideran utópica. Pero a mi parecer es la orientación más fecunda en las actuales circunstancias. Lo que no excluye que más adelante, en otro contexto político, si el empeño renovador se ha revelado totalmente ineficaz, puedan crearse condiciones que hagan absolutamente necesario, y al mismo tiempo posible, la creación de un nuevo tipo de partido marxista. En todo caso, los esfuerzos que se realicen en pro de la renovación del Partido no están en contradicción con esa perspectiva problemática. Serían su preparación, en caso de confirmarse.

Respuesta de S.Pasamar

Acción Comunista realiza una encuesta que por lo sugestivo del tema nos ha parecido oportuno responder. Seguimos de cerca ésta publicación y aplaudimos su esfuerzo desmistificador. La tarea más urgente que deben resolver quienes se lanzan a la lucha social consiste en clarificar posiciones evitando los fallos del pasado y tratar de hallar los puntos coincidentes que posibiliten una sincera colaboración en la ofensiva contra el enemigo común e inmediato. Toda agrupación política arrastra taras del pasado que dificultan esta unidad de acción. Sepamos unos y otros señalar nuestros fallos o nuestras limitaciones, sin odios ni exclusivismos. Este afán de entendimiento no implica, en modo alguno, el hacer la vista gorda sobre nuestras mutuas deficiencias. Tampoco se trata de hacer abstracción de cuanto nos separa y pretender crear un clima de tolerancia circunstancial. Conocernos y aceptarnos, he aquí nuestro lema.

No podemos por ejemplo compartir el criterio de Acción Comunista expresado en su primer número donde asemeja la política de la CNT a la del PSOE. La CNT en ningún momento alimentó las ilusiones pequeño burguesas de la clase trabajadora ni aspiró a un simple retorno a la II República. Además de las posiciones oficiales de la CNT en la base de ésta se ha conservado y se ha traducido en hechos concretos, un profundo deseo de transformación revolucionaria de la sociedad española. Queremos creer que el análisis a que hacemos referencia es sincero, ello no es óbice para constatar que este cliché responde más a la clásica definición ortodoxa del comunismo español, que no al marxismo crítico de que Acción Comunista se reclama.

Concluida esta introducción trataremos de responder evitando herir susceptibilidades, orientando nuestra participación hacia la eclosión de un clima de franca confrontación de ideas.

La guerra civil española de 1936-39 además de su significado político tuvo un carácter altamente revolucionario. En España se dieron cita una vez más las corrientes políticas que tenían dividida a Europa. Esquematisando al máximo diremos: el

fascismo en sus múltiples expresiones, portavoz camuflado de la reacción extendía sus zonas de influencia en Europa, oponiéndose y destruyendo las fuerzas progresistas. El fascismo se imponía en los medios conservadores y era adoptado como dique de contención al avance revolucionario. El proletariado español optó por la República como medio de conseguir una revolución social. La República no fue una finalidad, ésta significó una etapa, un alto en el camino. España vivía otra de sus paradojas ; se dió una república burguesa sin base social ni popular. La República de los profesores fue incapaz de realizar las profundas reformas que requería el cuerpo enfermo que era España. Pronto quienes por ella optaron la abandonarían. El republicanismo español se perdía en el laberinto de la Constitución y en un anti-clericalismo estéril. Mientras dejaba irresuelta la situación dramática del campesinado, no daba satisfacción a las reivindicaciones laborales y permitía una concentración de capitales a las clases más conservadoras. La fragilidad de las instituciones republicanas se puso de manifiesto con la sublevación militar. Tanto las instituciones como los hombres que las representaban fueron barridos por la marea revolucionaria. El régimen que había sido en parte aniquilado por su propia incapacidad, se restableció paulatinamente convirtiéndose en el símbolo de la clase obrera cuando ya ésta había perdido su revolución y por ende la guerra.

La guerra civil fue un producto puramente español. La textura y evolución de la sociedad española condujo al enfrentamiento armado. Empero, la interdependencia entre naciones es tan profunda, que un conflicto de esta naturaleza engendra automáticamente influencias recíprocas. Es evidente que de no existir la Alemania nazi ni la Italia fascista por un lado, ni los sistemas demócratas burgueses por otro sin olvidar a la Unión Soviética, la guerra civil hubiera tomado otro cariz. Otro contrasentido de la revolución española fue la consolidación del régimen demócrata burgues. España estaba madura para llevar a cabo su revolución socialista. El golpe militar destruyó los estamentos estatales y sobre sus ruinas la clase trabajadora supo sentar las bases de una sociedad nueva. Quienes se llamaban revolucionarios — sea del color que sea — consolidaron con su acción y con su participación en el gobierno, restablecieron de hecho, el régimen burgues que la acción revolucionaria del pueblo había condenado.

Se pregunta en el cuestionario si se luchaba por la independencia nacional. Creo que esta independencia se defendía en ambas partes. No porque crea que los partidarios de Franco eran mejores españoles que los republicanos. Sino porque la independencia de acción facilita la aplicación de una política determinada, la que sea. Pero, como en la guerra lo que cuenta es la victoria, esta se busca aun a riesgo de perder una parte de la independencia nacional. Concluída la victoria el gra-

do de independencia que se obtiene está subordinado al contexto en el que se ha logrado la victoria. Franco victorioso fue deudor y en parte dependiente de las fuerzas del Eje. Hay que reconocer que supo mantener su independencia e impuso su política. De haber triunfado la República, con preponderancia comunista la dependencia de España hacia la Unión Soviética hubiera sido considerable como ya lo fue durante la guerra. El grado de independencia de una nación esta condicionado a su potencia, económica, militar, estratégica.

De haber triunfado las fuerzas obreras en España se hubiera llevado a cabo una orientación socialista. El gran fallo del proletariado español fué el no haber sabido conjugar esfuerzos, hallar una síntesis entre las fuerzas socialistas en presencia en las que incluyo el anarcosindicalismo. El partido Socialista español fue a remolque del republicanismo. Deslumbrado por unos escaños en el Parlamento y unas carteras ministeriales, consolidó a la República es decir a la burguesía, desfraudando las aspiraciones revolucionarias de la clase obrera. El Anarcosindicalismo, ante tal actitud claudicante optó por formas extremas de lucha que no siempre estaban acorde con los imperativos tácticos, malgastando de esta suerte cartuchos y malogrando una posible unidad de acción con la sindical socialista. El imperativo del momento era una síntesis sobre premisas verdaderamente revolucionarias. No fué así y se pagaron las consecuencias.

Dirán algunos que analizar a distancia es cosa fácil. ¿Qué hubiéramos hecho nosotros en situaciones parecidas ? Posiblemente muchos errores. El pasado hay que mirarle sin gafas, ni lentes de aumento. La Historia no es una lira que se tañe para auto-elogiarnos, ni menos para evocar recuerdos consoladores. Dejemos esto para quienes forjaron esas páginas gloriosas a pesar de sus fallos. Nuestra razón de ser se sitúa en el porvenir, no en el pasado. No enseña la Historia posiblemente lo que se debe de hacer en el futuro. Ahora, bien, sí enseña lo que no debió haberse hecho en el pasado, y hemos de tener por lo menos la honestidad de decirlo. Ser irreverentes con los fallos del pasado, he aquí unas premisas que nos posibilitarán construir sobre terreno sólido.

Las ideas, los sistemas de ideas químicamente puros no existen. Es una aberración intelectual creer en la inmaculadidad ideológica. Toda idea al chocar con la realidad se altera, el producto de éste choque, tiene en muchas ocasiones, más importancia que la idea inicial en sí. Como no acepto las ideas químicamente puras, pues su triunfo conduce inexorablemente a la dictadura, desecho la supremacía de una fuerza organizada que anula las posibilidades de expresión y de acción a las demás fuerzas. Hubiera sido preferible la victoria con una posibilidad de socialismo, el que fuere, — aun a riesgo de echar por la borda algunos de los conceptos más caros — (que también se echaron,) a la derrota en la pureza. Aquello de vale

más honra sin barcos... me parece de un lirismo mohoso y suicida cuando esta en juego la vida y el futuro de toda una nación.

Nadie creía en la vitalidad del franquismo. Dejemos a un lado todas las justificaciones que ahora se invocan. No ignoramos todos los lugares comunes que se vienen repitiendo; las circunstancias históricas, la ayuda exterior, el recuerdo de la guerra civil, el régimen de terror etc etc... La realidad es que ahí está y que su presencia se quiera o no, ha cambiado la faz de España. Un régimen que dura 30 años y que ya tiene en pie la continuidad, no se le puede llamar transitorio. Política e históricamente el franquismo ha conseguido lo que perseguía. Contener y aniquilar el avance de la revolución, preservar los intereses de la alta jerarquía financiera, consolidar su sistema y realizar las transformaciones económicas propias a sus postulados. El franquismo ha facilitado pues, la creación de grandes empresas capitalistas y está en vías de industrializar el país. Eso es más que evidente y negarlo equivale a adoptar la táctica del avestruz. 30 años de dictadura han despolitizado a la sociedad española lo que ha facilitado sus maniobras. Despolitización que sólo ahora empieza a desaparecer. Esta situación ha facilitado a la sombra de la Iglesia, la aparición de corrientes moderadas prestas a facilitar la transición de un sistema dictatorial por otro menos dictatorial, en el que la Iglesia y cuanto ella representa, conserven su prestigio y sus intereses. El nivel de vida de los españoles, si bien muy por debajo al de los países europeos, exceptuando Portugal, ha aumentado. Hoy no se puede hablar de una situación desesperada en el pueblo. El radicalismo de los años 30 no existe.

Y llegamos al tercer punto de la encuesta. Este merece capítulo a parte. Sin este punto la encuesta no se justificaría.

Es innegable que el franquismo se democratiza. España esta sujeta a las influencias y a las presiones del mundo que la circunda. La democracia está al orden del día en la vieja Europa. La Iglesia también se baña en las aguas regeneradoras del Jordán demócrata. Resulta anacrónico y contradictorio que una nación que se define Católica cual es España repudie la democracia. Empero, a pesar del dique de contención del Estado español la sociedad sufre mutaciones tanto económicas, como culturales que la van democratizando. España no puede escapar a la ley de las influencias que alteran con el tiempo los sistemas más petrificados. El franquismo ha por lo demás casi aniquilado las fuerzas más radicales de la nación, lo que le permite creer que un mínimo de libertad junto a una elevación del nivel de vida, le posibilitará echar las bases de un régimen medianamente liberal. La flamante democracia cristiana prepara las agrupaciones políticas populares que sirvan de freno a todo peligro izquierdista. Ante esta situación cabe preguntarse ¿ qué piensa la clase obrera ? Esta hasta el presente es un enigma. Tenemos ciertos indicios, huelgas, manifesta-

ciones, la no adhesión al franquismo, su deseo de vivir decentemente, que nos permiten creer en su capacidad combativa. No obstante, el confucionismo que se manifiesta es aterrador. Por lo demás, las organizaciones revolucionarias se hallan ante un dilema difícil de resolver. Por un lado los imperativos ideológicos dictan actitudes acordes con los principios. Actitudes en muchas ocasiones totalmente desconectadas de la realidad y lo que es más desolador sin eco en la clase trabajadora. Los obreros acostumbrados a la machacona propaganda franquista miran con recelo toda literatura política. Son víctimas de la demagogia reaccionaria. Nosotros seguimos pensando que las organizaciones revolucionarias deben primero evitar caer en el juego del franquismo ; es decir conformarse con las promesas que éste viene haciendo de unos años a esta parte, vease liberalización, supresión de la censura, democratización de los sindicatos incorporando a ellos elementos que en su tiempo pudieron representar una corriente revolucionaria y que los años de presidio les ha hecho perder la capacidad de análisis. El franquismo como todas las corrientes de la oposición ven en el sindicalismo el arma más eficaz para encuadrar los posibles desbordamientos de la clase obrera. Deber de todo revolucionario es condenar esta falacia y propugnar por un sindicalismo donde la clase obrera sea dueña de sus destinos. No somos partidarios de un sindicalismo apolítico, quienes propugnan por esa formación de organización sindical son unos demagogos. Nosotros creemos que toda agrupación humana y más si es de tipo económico es por el mero hecho de existir una fuerza actuante en la sociedad, es, repetimos, una fuerza política. Entiéndase pues que nuestra definición de la política es mucho más amplia que el simple hecho de participar en los Parlamentos o en los ministerios. Nuestro sindicalismo va más allá de las meras reivindicaciones económicas inmediatas. El sindicalismo es por esencia el vehículo de expresión de la clase obrera y como tal, puede y debe ser una arma de emancipación social. El sindicato es la escuela donde el obrero ejerce y desarrolla su personalidad. Hoy se esta llevando a cabo en España una maniobra sindical para salvar los intereses y las estructuras del sindicalismo vertical, deber de todo revolucionario es condenar esta claudicación y propugnar por una acción revolucionaria que radicalice los problemas laborales, con objeto de evidenciar constantemente las raíces del fascismo español.

El franquismo fué producto de la violencia y por la violencia se mantiene, como por la violencia y la coerción se mantienen los sistemas de explotación llamense éstos de capitalismo privado o de capitalismo estatal. Creer que éstos, como el franquismo se derrumbaran por sus propias contradicciones internas es una creencia mesiánica sin base alguna. Casi toda la oposición española ha compartido este criterio con matices, claro está, producto de una experiencia política. Esta forma de pensar ha conducido a actitudes de atentismo, de claudicación,

de abdicación y a adoptar una línea política puramente reformista, premisa de colaboración con ciertos grupos políticos ha sido la renuncia a toda forma de acción violenta contra el régimen ¿ A dónde ha conducido esta actitud ? Al fortalecimiento del franquismo y a la desaparición de las fuerzas revolucionarias. Las leyes biológicas no engañan. Un cuerpo sin movimiento se anquilosa.

Si queremos dotar a la clase trabajadora de una arma eficaz hemos de desechar por inútiles las formas de lucha propugnada por las corrientes políticas a que hemos hechos alusión. Hay que hostigar al franquismo de la forma que sea con todos los medios que estén a nuestro alcance, y empeñarnos para conseguir los medios que la lucha requiere. Si decimos defender los intereses de la clase trabajadora no podemos regatear esfuerzos en demostrarle nuestros propósitos, sólo así nos escuchará y reconocerá en nuestra acción a sus hermanos de infortunio. El sindicalismo español tiene un pasado glorioso porque tuvo hombres de nervio abnegados que supieron hallar en la acción directa la expresión de la idiosincrasia ibérica. Creemos que el sindicalismo renacerá conservando su dinámica del pasado, adaptándose a las exigencias del presente. Ahora bien, todas las perspectivas que podamos esbozar terminan al fin y al cabo en puro teorizar. La tarea principal es derribar al franquismo y a éste no se le derrumba ni con palabras, ni esperando que sus conflictos internos terminen con él. Toda acción de hostigamiento es aceptable, ella educa. El mayor grado de madurez política se alcanza en la acción consciente.

S. Pasamar

DOCUMENTOS DE LA GUERRA CIVIL

Los "13 Puntos" de Negrin

El gobierno de Unión Nacional, que cuenta con la confianza de todos los partidos y organizaciones sindicales de la España leal, que ostenta la representación de cuantos ciudadanos españoles están sometidos a la legalidad constitucional, declara solemnemente, para conocimiento de sus compatriotas y noticia del mundo, que sus fines de guerra son :

1. Asegurar la independencia absoluta y la integridad total de España. Una España totalmente libre de toda ingerencia extranjera, sea cual sea su carácter y origen; con su territorio peninsular e insular y sus posesiones intactas y a salvo de cualquier tentativa de desmembración, enajenación e hipoteca, conservando las zonas de Protectorado asignadas a España por los convenios internacionales, mientras estos convenios no sean modificados con su intervención y asentimiento. Consciente de los deberes anejos a su tradición y a su historia, España estrechará con los demás países los vínculos que imponen una común raíz del sentido de universalidad que siempre ha caracterizado a nuestro pueblo.

2. Liberación de nuestro territorio de las fuerzas militares extranjeras que lo han invadido, así como aquellos elementos que han acudido a España desde Julio 1936 con el pretexto de una colaboración técnica, que intervienen o intenten de dominar en provecho propio la vida jurídica y económica española.

3. República popular, representada por un Estado vigoroso, que se asiente sobre principios de pura democracia, que ejerza su acción a través de un Gobierno dotado de la plena autoridad que confiera el voto ciudadano, emitido por sufragio universal, y sea el símbolo de un Poder ejecutivo firme, dependiente en todo tiempo de las directrices y designios que marque el pueblo español.

4. La estructuración jurídica y social de la República será obra de la voluntad nacional, libremente expresada mediante un plebiscito que tendrá lugar tan pronto termine la lucha, realizado con plenitud de garantías, sin restricciones ni limitaciones y asegure a cuantos en él tomen parte contra toda posible represalia.

5. Respecto a las libertades regionales, sin menoscabo de la unidad española ; protección y fomento del desarrollo de la personalidad y particularidad de los distintos pueblos que integran España, como la imponen un Derecho y un hecho histórico que, lejos de significar una disgregación de la nación, constituyen la mejor soldadura entre los elementos que la integran.

6. El Estado español garantizará la plenitud de los derechos al ciudadano en la vida civil y social, la libertad de conciencia, y asegurará el libre ejercicio de las creencias y prácticas religiosas.

7. El Estado garantizará la propiedad legal y legítimamente adquirida, dentro de los límites que impongan el supremo interés nacional y la protección de los elementos productores. Sin merma de la iniciativa individual, impedirá la acumulación de riqueza que pueda conducir a la explotación del ciudadano y sojuzgue a la colectividad, desvirtuando la acción centralizadora del Estado en la vida económica y social. A este fin cuidará del desarrollo de la pequeña propiedad y garantizará el patrimonio familiar, y se estimularán todas las medidas que le lleven a un mejoramiento económico, moral y racial, de las clases productoras. La propiedad y los intereses legítimos de los extranjeros que no hayan ayudado la rebelión serán respetados y se examinarán, con miras a la indemnización que corresponda los perjuicios involuntariamente causados en el curso de la guerra. Para el estudio de estos daños, el Gobierno de la República creó ya la Comisión de Reclamaciones Extranjeras.

8. Profunda reforma agraria que liquide la vieja aristocrática propiedad semifeudal, que al carecer del sentido humano, nacional y económico, ha sido siempre el mayor obstáculo para el desarrollo de las grandes posibilidades del país. Asiento de la nueva España sobre una amplia y sólida democracia campesina, dueña de la tierra que trabaja.

9. El Estado garantizará los derechos del trabajador a través de una legislación social avanzada, de acuerdo con las necesidades específicas de la vida y de la economía españolas.

10. Será preocupación primordial y básica del Estado el mejoramiento cultural, físico y moral de la raza.

11. El Ejército español, al servicio de la nación misma, estará libre de toda hegemonía, dependencia o partido, y el pueblo ha de ver en él el instrumento seguro para la defensa de sus libertades y de su independencia.

12. El Estado español se reafirma en la doctrina constitucional de renuncia a la guerra como instrumento de política nacional. España, fiel a los pactos y tratados, apoyará la política simbolizada en la Sociedad de Naciones, que ha de presidir siempre sus normas. Ratifica y mantiene los derechos propios del Estado español y reclama como potencia mediterránea un puesto en el concierto de las naciones, dispuesta siempre a colaborar en el afianzamiento de la seguridad colectiva y de la defensa general del país. Para contribuir de una manera eficaz a esta política, España desarrollará e intensificará todas sus posibilidades de defensa.

13. Amplia amnistía para todos los españoles que quieran cooperar a la intensa labor de reconstrucción y engrandecimiento de España. Después de una lucha cruenta como la que ensangrienta nuestra tierra, en la que han resurgido las viejas virtudes del heroísmo y de identidad de raza, cometerá un delito de alta traición a los destinos de nuestra Patria aquel que no reprima y ahogue toda idea de venganza y represalia en aras de una acción común de sacrificios y trabajo que en el porvenir de España estamos obligados a realizar todos sus hijos.

"Fines de guerra de la Republica Española". Subsecretaría Propaganda. Barcelona, Abril 1938.

Con toda la claridad posible,

José DIAZ

Carta a la Redacción de "Mundo Obrero", por José Díaz.
Queridos camaradas :

En el numero del 23 de marzo de "Mundo Obrero" aparece un artículo sobre el cual es necesario llamar vivamente vuestra atención y la de todo el partido. Empieza el artículo diciendo que "todo lo que pueda desorientar a las masas debe ser aclarado con el mayor cuidado". La justeza de esta afirmación nadie puede ponerla en duda, y por ésto precisamente creo que es necesario os dirija esta carta, ya que a continuación se encuentra en vuestro artículo la afirmación siguiente :

... No se puede, como hace un periódico, decir que la única solución para nuestra guerra es que España no sea fascista ni comunista porque Francia lo quiere así."

No conozco el periódico contra el cual esta dirigida vuestra polémica. Es posible que ese periódico esté escrito por gentes que no quieran a nuestro partido, ni comprenden bien los problemas de nuestra guerra. Pero la afirmación de que "la única solución para nuestra guerra es que España no sea fascista ni comunista", es plenamente correcta y corresponde exactamente a la posición de nuestro Partido.

Es necesario de repetirlo una vez más, para que sobre ello no quede la menor duda. El pueblo de España combate, en esta guerra, "por su independencia nacional y por la defensa de la República Democrática". Combate para echar del suelo de nuestra Patria a los bárbaros invasores alemanes e italianos; combate porque no quiere que España sea transformada en una colonia del fascismo, combate para que España no sea fascista. Combate por la libertad en defensa de régimen democrático y republicano, que es el régimen legal de nuestro país y que permite los progresos sociales más amplios.

El Partido Comunista, que es junto con el Socialista, el Partido de la clase obrera de España, no tiene ni puede tener intereses y objetivos diferentes de los del pueblo entero. Nuestro Partido no ha pensado nunca que la solución de esta guerra pueda ser la instauración de un régimen comunista. Si las masas obreras, los campesinos y la pequeña burguesía urbana nos siguen y nos quieren, es porque saben que nosotros somos los defensores más firmes de la independencia nacional, de la libertad y de la Constitución republicana. Esta defensa es la base, es el contenido mismo de toda nuestra política de unidad y de Frente popular. Y sería muy grave, sería inadmisibles, que en las filas de nuestro Partido pudiera producirse no digo una vacilación, sino una simple falta de claridad sobre esta cuestión, precisamente en el momento actual, en que es necesario el máximo de unidad del pueblo para hacer frente a los ataques furibundos de los invasores extranjeros. En nuestro país existen hoy condiciones objetivas que hacen imprescindible en el interés de todo el pueblo, la existencia y el fortalecimiento de un régimen democrático; no existen condiciones que permitan pensar en la instauración de un régimen comunista. Plantear la cuestión de la instauración de régimen comunista significaría dividir al pueblo, porque un régimen comunista no podría ser aceptado por todos los españoles, ni mucho menos, y nuestro Partido nunca hará nada que pueda dividir al pueblo, sino que lucha con todas sus fuerzas, desde el principio de la guerra, para unirlo, para unir a todos los españoles en el combate por la libertad y la independencia nacional. Quiero decir más. Quiero decir que en el momento actual, cuando la tarea es movilizar hasta el último hombre en una resistencia suprema a la ofensiva del invasor, resistencia que es la condición para nuestras contraofensivas y la victoria final, en este momento, si se pudiera pensar en una modificación de la táctica de nuestro Partido, esto debería ser, no con medidas que puedan restringir la base de la unidad del pueblo, sino con medidas que puedan hacerla más amplia. Esta unidad debe comprender importantes capas de la población, que en la zona fasciosa están bajo el yugo y quizá bajo la influencia de la propaganda fascista, debe comprender a todos los españoles que no quieren ser esclavos de una bárbara dictadura extranjera.

Este es el primer punto que era necesario esclarecer, porque de la manera como planteamos esta cuestión todas las Organizaciones del Partido deben sacar las consecuencias en lo que se refiere a su política de unidad, a las relaciones con los republicanos, socialistas y demás fuerzas populares antifascistas.

Pero hay, además, en vuestro artículo un punto que es preciso poner en claro, y es el que se refiere a las relaciones de los países democráticos de Europa y de América con el pueblo español y con nuestra lucha. Vosotros afirmáis que "el pueblo español vencerá con la oposición del capitalismo". Se puede interpretar esta afirmación como una declaración de fe en la energía inagotable de nuestro pueblo; pero políticamente tam-

poco corresponde ni a la situación ni a la política de nuestro Partido y de la Internacional Comunista. En mi informe al Pleno de noviembre de nuestro Comité Central, afirmábamos :

"Hay un terreno sobre el cual todos los Estados democráticos pueden unirse y actuar juntos. Es el terreno de la defensa de su propia existencia contra el agresor de todos : el fascismo; el terreno de la defensa contra la guerra nos amenaza a todos."

Cuando hablabamos aqui de "todos los Estados democráticos", no pensábamos solamente en la Unión Soviética, donde existe una democracia socialista, sino que pensábamos también en Francia, Inglaterra, Checoslovaquia, en los Estados Unidos, etcétera, que son países democráticos, pero capitalistas. Nosotros queremos que estos Estados nos ayuden, pensamos que defienden su propio interés al ayudarnos, nos esforzamos en hacérselo comprender y solicitamos su ayuda. La posición que adoptais en vuestro artículo es muy diferente y no es justa. El error consiste en olvidar el carácter internacional de nuestra lucha, que es una lucha contra el fascismo, es decir, contra la parte mas reaccionaria del capitalismo, contra los provocadores de una nueva terrible guerra mundial, contra los enemigos de la paz, contra los enemigos de la libertad de los pueblos. Sabemos muy bien que los agresores fascistas encuentran en cada país grupos de burguesía que los apoyan, como hacen los conservadores ingleses y los derechistas en Francia; pero la agresión del fascismo se desarrolla de tal manera que el interés nacional mismo, en un país como Francia, por ejemplo, debe convencer a todos los hombres que quieren la libertad y la independencia de su país de la necesidad de oponerse a esta agresión, y no existe hoy otra manera más eficaz de oponerse a ella que la de ayudar concretamente al pueblo de España. Cada francés honrado puede y debe comprender hoy que en España se lucha también por la independencia de Francia, y que quizá se decide la suerte de Francia en los campos de Aragón.

La manera en que vosotros planteais el problema nos llevaria inevitablemente, una vez más, a restringir el frente de nuestra lucha en el momento en que es preciso ampliarlo. La tarea de organizar la ayuda internacional a España en este instante trágico de su historia, incumbe principalmente a la clase obrera internacional y a sus Organizaciones, pero las medidas que se puedan tomar para convencer de la necesidad de esta ayuda a otras fuerzas, no obreras, sino de la pequeña burguesía y de la burguesía democrática y liberal, no pueden tener mas que nuestra aprobación.

¿ Por qué se le ha ocurrido a "Mundo Obrero" adoptar una posición falsa sobre dos cuestiones de tanta importancia ? Esto puede ser la consecuencia de una interpretación equivocada de la justa posición adoptada por nuestro Partido en las últimas semanas, movilizandolo a todas sus fuerzas para denunciar y cortar de raíz todo intento de capitulación o compromiso, y para exigir una política de guerra enérgica, correspondiente a la gravedad de la situación. Esta lucha debe continuar y continua-

rá. Pero esta posición de nuestro Partido no significa ni puede significar de ninguna manera un cambio de nuestra actitud en lo que se refiere a la apreciación de la situación internacional y a nuestra política de unidad. Al contrario. Todo lo que nosotros pedimos es en interés del pueblo y de la guerra. Por esto pueden y deben estar de acuerdo con nosotros todos los antifascistas, y más, todos los españoles que quieren que esta guerra se termine con la victoria de nuestra Patria y la derrota de los invasores fascistas. La tarea del Partido consiste, basándose en esta posición, en estrechar los lazos de unidad entre todos los sectores antifascistas. Hoy, más que nunca, nada contra la unidad, todo para lograr la unidad del pueblo, la más amplia que sea posible.

Por eso hay que evitar, queridos amigos de la Redacción de "Mundo Obrero", plantear de manera falsa o confusa problemas que para nosotros deberían estar claros desde hace mucho tiempo." — 29 marzo 1938.

Díaz, José : "Con toda la claridad posible". Carta a la Redacción de "Mundo Obrero", por... S.Ġ. de Publicaciones, E. C. Barcelona.

La situación política y las tareas del proletariado, (1)

Andrés NIN.

I — Los acontecimientos que se han desarrollado en España después del Congreso de constitución del POUM, celebrado en Barcelona el 29 de septiembre de 1935, han confirmado que la posición fundamental de nuestro Partido, al afirmar que la lucha no estaba planteada entre la democracia burguesa y el fascismo, sino entre el fascismo y el socialismo, y al calificar de democrática-socialista nuestra revolución, era completamente justa.

La experiencia de 1931-1935 había demostrado sobradamente la impotencia de la burguesía para resolver los problemas fundamentales de la revolución democrática-burguesa y la necesidad de que la clase obrera se pusiera decididamente al frente del movimiento de emancipación para realizar la revolución democrática e iniciar la revolución socialista. La persistencia de las ilusiones democráticas y de la alianza orgánica con los partidos republicanos, había de conducir fatalmente al reforzamiento de las posiciones reaccionarias y, en un próximo porvenir, al triunfo del fascismo como única salida de un régimen capitalista incapaz de resolver sus contradicciones internas dentro del marco de las instituciones democrático-burguesas.

(1) Este documento es el proyecto de "Tesis política", redactado por Andrés Nin, para someterlo a discusión del Congreso Nacional del POUM, que debía celebrarse el 19 junio de 1937, y que no pudo reunirse a causa de la represión emprendida contra dicho Partido. Nos ha sido facilitado por el camarada Juan Andrade que prepara para en breve la publicación de los principales trabajos políticos de Andrés Nin.

La lección de Asturias, donde el proletariado, al tomar decididamente la dirección del movimiento en octubre de 1934, asestó un golpe mortal a la reacción, y la de Cataluña, donde en los mismos días se evidenció una vez más la incapacidad y la inconsciencia de los partidos pequeño-burgueses, no fué decididamente aprovechada, como resultado de la ausencia de un gran partido revolucionario. Los partidos socialista y comunista, en vez de aprovechar la lección de octubre impulsando la Alianza Obrera, que tan espléndidos resultados había dado en Asturias, y canalizando los esfuerzos en el sentido de asegurar la hegemonía de la clase obrera, infeudaron nuevamente el proletariado, a través del Frente Popular, a los partidos republicanos burgueses, fracasados estrepitosamente en octubre y desaparecidos virtualmente de la escena política.

El período que precedió inmediatamente a las elecciones del 16 de febrero se caracteriza por la galvanización de los partidos republicanos, por obra y gracia de socialistas y comunistas oficiales, y por un cierto renacer de las ilusiones democráticas entre las masas, las cuales, sin embargo, parecen moverse mas bien por el vehemente deseo de obtener la amistad de los presos y condenados de octubre, que por confianza en los partidos republicanos. Este deseo era tan unánime y el movimiento tan avasallador, que nuestro partido no tuvo mas remedio que sumarse al mismo, pero conservando íntegramente su personalidad e independencia, y ejerciendo una crítica dura y despiadada de la política republicana. Esta táctica, que nos salvó del aislamiento, nos permite acercarnos a grandes masas, hasta entonces inasequibles para nosotros, entre las cuales difundimos nuestros principios.

La gestión de los republicanos de izquierda en el poder, después del 16 de febrero, fue la confirmación absoluta de nuestras previsiones. Desde el primer momento, se estableció un divorcio profundo entre el gobierno y el poderoso impulso de las masas, que obligaba a aquél a dictar el decreto de amnistía e iniciaba un vasto y profundo movimiento de huelgas. Desde abajo se reclamaba una actuación rápida y enérgica, una política de realizaciones revolucionarias y de medidas rigurosas contra la reacción, cada día más insolente. Desde arriba, se efectuaba una política de pasividad, de contemplaciones funestas; una política cuyo lema parecía ser el no variar nada, no asustar a nadie ni lesionar los intereses de las clases explotadoras. El resultado de esta política fue el levantamiento militar-fascista del 19 de julio de 1936. El estampido de los cañones y el crepitar de las ametralladoras en aquella madrugada de Julio, despertó de su sueño a los trabajadores que mantenían aún ilusiones democráticas. La victoria electoral del 16 de febrero no había zanjado el problema planteado en nuestro país. La reacción fascista recurría a argumentos mas contundentes que la papeleta electoral. Valiéndose de la situación privilegiada que el propio gobierno de la República le había concedido al mantenerla en los puestos estratégicos más importantes, la inmensa mayoría de la oficialidad del ejército, al servicio de las clases reaccionarias, desencadenaba la guerra civil.

III — El levantamiento militar-fascista provoca una formidable reacción en la clase trabajadora, que se lanza resueltamente al combate y, a pesar de la pasividad, en unos casos, y de la traición, en otros, de los partidos republicanos, cuyos representantes oficiales se niegan a entregar las armas a los trabajadores, aplasta la insurrección en los centros industriales más importantes del país.

Esta intervención resuelta de los trabajadores tiene consecuencias políticas inmensas. Los órganos del poder burgués quedan, en realidad, deshechos. Se crean comités revolucionarios por doquier. El ejército permanente se derrumba, y es reemplazado por las milicias. Los obreros toman posesión de las fábricas. Los campesinos se apoderan de las tierras. Conventos e iglesias son destruidos por el fuego purificador de la revolución. En pocas horas, o a lo sumo en pocos días, los obreros y campesinos resuelven, por la acción directa revolucionaria, los problemas que la burguesía republicana no ha podido resolver en cinco años — es decir, los problemas de la revolución democrática — e inician la revolución socialista por medio de la expropiación de la burguesía.

Durante un cierto período, los órganos del poder burgués no son más que una sombra. El poder real lo ejercen los comités revolucionarios, que forman una tupida red en todas las regiones no ocupadas por los facciosos.

Sin embargo, en este primer período el impulso revolucionario es mucho más vigoroso en Cataluña que en España. Cataluña va, indudablemente, a la cabeza de la revolución, porque gracias a la influencia del POUM, de la CNT y de la FAI, que no se incorporan al Frente Popular, el oportunismo democrático-republicano ha penetrado menos en la masa trabajadora.

La insurrección fascista, pues, destinada principalmente a ahogar el movimiento obrero revolucionario, lo acelera vertiginosamente, dando a la lucha de clases una violencia inaudita, y planteando claramente el problema del poder : o fascismo o socialismo. Lo que se proponía ser una contrarrevolución preventiva se convierte en revolución proletaria, con todas las características distintivas de la misma : relajamiento del mecanismo estatal burgués, descomposición del ejército, de las fuerzas del Estado y de las instituciones judiciales, armamento de la clase trabajadora, que ataca y vulnera el derecho de propiedad privada, intervención directa de los campesinos, que expropián a los terratenientes, y finalmente la convicción, por parte de las clases explotadoras, de que su dominio ha terminado.

En las primeras semanas que siguen al 19 de julio, el convencimiento de que el pasado no puede volver, de que la República democrática está superada, es general. Y el impulso de la revolución es tan poderoso que los propios partidos de la pequeña-burguesía proclaman la caducidad del régimen capitalista

y la necesidad de emprender la transformación socialista de la sociedad española.

La única salida inmediata de la situación era coordinar el empuje de las masas e instituir un poder vigoroso, basado en los organismos salidos de las entrañas de la revolución, como expresión directa de la voluntad de los que desempeñaban un papel predominante en la lucha contra el fascismo. Ese poder vigoroso no podía ser otro que un Gobierno Obrero y Campesino. Esta posición, sostenida por el POUM, desde el momento en que el carácter de la lucha apareció con claridad, tropezó con la oposición de todos los partidos del Frente Popular, y en primer lugar del Partido Comunista, y con la indecisión de la CNT, cuya ideología anarquista le impedía darse cuenta de la importancia fundamental y decisiva del problema del poder.

Entre tanto, con ayuda de una campaña tenaz y sistemática, iban abriéndose paso dos concepciones de consecuencias funestas para el desarrollo victorioso de la lucha de la clase obrera. La primera de estas concepciones se expresaba en los términos: "Primero ganar la guerra, después se hará la revolución". De acuerdo con la segunda, consecuencia directa de la primera, en la guerra actual los obreros y campesinos luchan por el mantenimiento de la República Democrática Parlamentaria, y por tanto no se puede hablar de revolución proletaria. Más tarde, esta concepción tuvo una derivación insospechada: la de que la dramática contienda que ensangrienta y arruina al país, es "una guerra por la independencia nacional y la defensa de la patria".

Nuestro partido adopta desde el primer momento una actitud de oposición decidida frente a estas concepciones contrarrevolucionarias.

III. - La fórmula "Primero ganar la guerra, después se hará la revolución", es fundamentalmente falsa. En la contienda que se desarrolla actualmente en España, guerra y revolución son no sólo dos términos inseparables, sino sinónimos. La guerra civil, estado más o menos prolongado de conflicto directo entre dos o más clases de la sociedad, es una de las manifestaciones, la más aguda, de la lucha entre el proletariado, por una parte, y, por otra, la gran burguesía y los terratenientes, que atemorizados por el avance revolucionario del proletariado, intentan instituir un régimen de dictadura sangrienta que consolide sus privilegios de clase. La lucha en los frentes de batalla no es más que una prolongación de la lucha en la retaguardia. La guerra es una forma de la política. Es la política la que guía la guerra en todos los casos. Los ejércitos defienden siempre los intereses de una clase determinada. Se trata de saber si los obreros y campesinos de los frentes se baten por el orden burgués o por una sociedad socialista. Guerra y revolución son tan inseparables en el momento actual en España como lo eran en Francia en el siglo XVIII y en Rusia

en 1917-1920. ¿Cómo podemos separar la guerra de la revolución, cuando la guerra no es mas que la culminación violenta del proceso revolucionario que se está desarrollando en nuestro país desde el año 1930 acá ?

En realidad, la formula : "Primero ganar la guerra..." encubre el propósito efectivo de frustrar la revolución. Las revoluciones hay que hacerlas cuando existen circunstancias favorables para ello, y estas circunstancias la historia nos la ofrece excepcionalmente. Si no se aprovechan los momentos de máxima tensión revolucionaria, el enemigo de clase reconquistando posiciones y acaba por estrangular la revolución. La historia del siglo XIX y la más reciente de la posguerra (Alemania, Austria, Italia, China, etc.), nos ofrece abundantes ejemplos en este sentido. Aplazar la revolución para después de ganada la guerra, equivale a dejar las manos libres a la burguesía para que, aprovechándose del descenso de la tensión revolucionaria, vaya restableciendo su mecanismo de opresión a fin de preparar, sistemática y progresivamente, la restauración del régimen capitalista. La guerra — ya lo hemos dicho — es una forma de la política. El régimen político sirve siempre a una clase determinada, de la cual es la expresión y el instrumento. Mientras dure la guerra hay que hacer una política : ¿al servicio de quién ?, ¿de qué intereses de clase ? Toda la cuestión radica aquí. Y la garantía de una victoria rápida y segura en los frentes estriba en una política revolucionaria firme en la retaguardia, capaz de inspirar a los combatientes el brío y la confianza indispensables para la lucha; de impulsar la solidaridad revolucionaria del proletariado internacional, la única con que podemos contar, de crear una sólida industria de guerra de reconstituir, sobre bases socialistas, la economía desquiciada por la guerra civil; de forjar un ejército eficiente, al servicio de la causa proletaria, que es la de la humanidad civilizada. El instrumento de esta política revolucionaria no puede ser mas que un Gobierno Obrero y Campesino.

IV.- Como en Rusia en 1917 y en toda Europa después de la guerra imperialista, el obstáculo más considerable que se opone al avance victorioso de la revolución proletaria es el reformismo, agente de la burguesía en el movimiento obrero. Pero se da el caso paradójico de que, en nuestro país, el exponente mas característico del reformismo castrador sea precisamente el Partido Comunista de España y su filial el Partido Socialista Unificado de Cataluña, afiliados a una Internacional, la Internacional Comunista, surgida como consecuencia de la ruptura ideológica y orgánica con el reformismo. Prisionero de la burocracia soviética, que se ha vuelto de espaldas a la revolución proletaria internacional para cifrar todas sus esperanzas en los países "democráticos" y la Sociedad de Naciones, el comunismo oficial ha abandonado definitivamente la política revolucionaria de clase para orientarse hacia la alianza con los partidos burgueses democráticos (Frente Popular) y preparar psicológicamente a las masas para la próxima guerra mundial.

De aquí la consigna : "Lucha por la independencia nacional", que traducida al lenguaje de la política internacional significa : "sujeción de la España revolucionaria a los intereses del bloque imperialista franco-británico", del cual forma parte asimismo la URSS. Las consecuencias nefastas de esta política no han tardado en dejarse sentir : especulando con las dificultades de la guerra y las posibles complicaciones internacionales, el reformismo, apoyado eficazmente por los representantes de la burocracia stalinista, los cuales, a su vez, han especulado con la ayuda prestada por la URSS, ha logrado socavar sistemáticamente las conquistas revolucionarias, preparando el terreno a la contrarrevolución. Nuestra eliminación del Gobierno de la Generalidad, las tentativas de formación de un Ejército Popular "democrático", "neutral", la supresión de las milicias de retaguardia y la reconstitución del Orden Público a base del restablecimiento del antiguo mecanismo, la censura periodística, son las etapas mas importantes de este proceso contrarrevolucionario, que continuará inflexiblemente hasta el total aplastamiento del movimiento revolucionario, si la clase trabajadora española no se decide a reaccionar rápida y vigorosamente, reconquistando las posiciones logradas en las jornadas de julio e impulsando la revolución socialista hacia adelante.

En la situación presente, inequívocamente revolucionaria, la consigna "lucha por la República Democrática Parlamentaria" no puede servir mas que los intereses de la contrarrevolucion burguesa. Hoy más que nunca "la palabra *democracia* no es mas que una tapadera con la que se quiere impedir al pueblo revolucionario que se levante y acometa, libre, intrépidamente y por su cuenta, la edificación de la sociedad nueva" (Lenin). Como nos ha enseñado el marxismo revolucionario, la República Democrática no es mas que una forma enmascarada de la dictadura burguesa. En el período de apogeo del capitalismo, cuando este representaba un factor progresivo, la burguesía podía permitirse el lujo de conceder una serie de libertades "democráticas" — considerablemente limitada, condicionada, por el hecho de su dominación económica y política — a la clase trabajadora. Hoy, en la época del imperialismo, "última etapa del capitalismo", la burguesía, para superar sus contradicciones internas, se ve precisada a recurrir a la instauración de regímenes de dictadura brutal (fascismo), que destruyen incluso las mezquinas libertades democráticas. En estas circunstancias, el mundo se halla ante un dilema fatal : o socialismo o fascismo. Los regímenes "democráticos" han de ser forzosamente fugaces, inconsistentes, con la agravante de que al adormecer y desarmar a los trabajadores con sus ilusiones, preparan eficazmente el terreno para la reacción fascista.

Para justificar su monstruosa traición al marxismo revolucionario, los stalinistas arguyen que la República Democrática que preconizan será una Republica Democratica distinta de las demás, una República "Popular", de la que habrá desaparecido la base material del fascismo. Es decir que dejan escandalosa-

mente de lado la teoría marxista del Estado como instrumento de dominación de una clase, para caer en la utopía del Estado democrático "por encima de las clases", al servicio del pueblo, con objeto de mixtificar a las masas y preparar la consolidación pura y simple del régimen burgués. Una República de la cual haya desaparecido la base material del fascismo no puede ser más que una República Socialista, por cuanto la base material del fascismo es el capitalismo.

V.- El antifascismo en abstracto, hábilmente manejado por los reformistas - que preparan política y psicológicamente las condiciones favorables para una intervención en la próxima guerra imperialista mundial, presentada como una contienda entre los países fascistas y los países democráticos - es el antídoto de la revolución proletaria, la expresión de la política de "unidad nacional", a la cual el marxismo ha opuesto siempre la lucha de clases.

Si el dilema ante el cual la historia ha colocado al proletariado español es "fascismo o socialismo", el problema fundamental de la hora presente es el problema del poder. Todos los demás - el de la organización militar, el de la industria de guerra, el de los abastos, el de la reconstrucción económica del país, el de Seguridad Interior, etc. - están subordinados a ese problema fundamental, cuya solución depende de la clase en cuyas manos esté el poder.

¿Cuál es la solución de los distintos sectores del movimiento obrero ante este problema?

El Partido Comunista, el Partido Socialista Obrero y el Partido Socialista Unificado de Cataluña preconizan la política del Frente Popular, que presupone el ejercicio del poder por gobiernos "antifascistas", de coalición con la burguesía y con un programa democrático-burgués.

La CNT y la FAI, se declaran resueltamente partidarias de la revolución social y, por tanto, adversarios acérrimos de la restauración de la República Democrática; pero su tradición antiestatal y la propaganda sistemática a favor del comunismo libertario, realizada durante largos años, dificultan su evolución hacia la concepción del poder proletario.

Nuestra actitud frente a esos distintos sectores se halla determinada por el papel que desempeñan o pueden desempeñar en el curso del desarrollo de los acontecimientos actuales.

El Partido Comunista de España y el Partido Socialista Unificado de Cataluña, por su posición política presente, inspirada directamente por la Internacional Comunista, instrumento a su vez de la burocracia soviética, deben ser considerados como organizaciones ultraoportunistas y ultrarreformistas. Por su política de

colaboración de clase, por su renuncia total a los principios y a la táctica fundamentales del marxismo revolucionario, por su auxilio declarado y activo a los planes de estrangulación de la revolución española, tramados por el capitalismo nacional e internacional, el Partido Comunista y el PSUC desempeñan el papel de agentes de la burguesía en el movimiento obrero, más peligrosos para la revolución que la propia burguesía, por cuanto la etiqueta marxista con que se adornan facilita su penetración en las filas proletarias. Los intereses supremos de la revolución exigen una crítica constante e implacable de las posiciones políticas de dichos partidos, crítica que contribuirá eficazmente a acentuar la diferenciación en el seno de los mismos atrayendo a las posiciones revolucionarias a los elementos proletarios.

Los acontecimientos actuales han puesto de manifiesto la inconsistencia ideológica de la llamada "izquierda" del Partido Socialista Español, cuya fraseología revolucionaria había hecho nacer tantas esperanzas entre una buena parte de la vanguardia de la clase trabajadora. De las tendencias que existían en vísperas del 19 de julio no queda virtualmente nada. Entre las tendencias de "derecha", "izquierda" y "centro" no hay ninguna diferencia fundamental; todas ellas están por una denominación común, la política del Frente Popular, que las lleva a renunciar a las posiciones revolucionarias del proletariado para hacer el juego de la burguesía democrática. Pero en la base del partido se nota un profundo malestar, producido principalmente por las tentativas del stalinismo para absorber al partido — como lo ha conseguido ya con las Juventudes — y someterlo a la política de la burocracia de la Tercera Internacional. Muchos de los viejos militantes asisten con dolor y con un sentimiento de protesta a la obra de destrucción, sistemáticamente llevada a cabo, de la organización que con tanto esfuerzo levantarán, y la introducción de métodos que repugnan a su conciencia socialista y a las tradiciones del partido. Por otra parte, la política escandalosamente oportunista del Partido Comunista, caracterizada por una monstruosa deformación del marxismo, suscita viva y justificada inquietud entre los millones de trabajadores sinceramente revolucionarios que se han incorporado al PSOE, y que se dan cuenta, alarmados, de la labor de penetración que los stalinistas, valiéndose de todos los medios, realizan en sus filas.

La misión de nuestro partido debe consistir en ayudar a esos elementos a ver claro en la situación, tratando fraternalmente de guiarles por el buen camino, es decir, hacerles comprender la necesidad de una clara política de intransigencia proletaria servida por un fuerte partido revolucionario. Son deseables los acuerdos temporales con los elementos que, sin aceptar plenamente nuestras posiciones revolucionarias, están dispuestos a luchar contra la burocracia stalinista y sus métodos de corrupción.

La CNT y la FAI han coincidido con nosotros, desde el primer momento, en reconocer que la guerra y la revolución son

inseparables, han coincidido asimismo con nosotros en la apreciación de algunos de los problemas fundamentales que se han planteado, tales como el del Ejército, el del Orden Público, etc. Pero las vacilaciones de las organizaciones mencionadas con respecto a la cuestión del poder, así como su posición estrictamente "sindical", que tiende a eliminar los partidos, lo que no obsta para que, al amparo de esta posición se establezca, a través de la UGT, una colaboración efectiva con socialistas y comunistas oficiales, ha hecho que esa coincidencia no diera los resultados fructíferos apetecidos.

El anarcosindicalismo ha rectificado notablemente sus posiciones anteriores, pero el peso de la tradición le ha impedido llevar esa rectificación hasta sus últimas consecuencias. Así, ha renunciado a su apoliticismo inveterado, entrando a participar en el gobierno de la República y en el de Cataluña, es decir, en gobiernos de colaboración con los partidos republicanos burgueses, sin atreverse a adoptar una actitud afirmativa, más fácilmente comprensible para las masas trabajadoras encuadradas en la CNT, con respecto a la formación de un Gobierno Obrero y Campesino. Si la CNT y la FAI adoptaran esta actitud, el destino victorioso de nuestra revolución estaría garantizado. Sólo la conquista del poder permitiría la solución rápida y eficaz de todos los problemas que la revolución y la guerra han planteado.

Sin renunciar a una labor tenaz y paciente encaminada a llevar a las masas confederales a esta posición, impuesta imperiosamente por la situación actual, debemos orientar todo nuestro esfuerzo en el sentido de estrechar las relaciones de nuestro partido con las organizaciones de la CNT y la FAI, nuestros aliados naturales en las circunstancias presentes. Las coincidencias importantísimas que ya se han manifestado y la necesidad de defender la revolución en peligro, imponen una alianza efectiva, que no presupone, ni mucho menos, la renuncia a la crítica recíproca, ni a la defensa de las posiciones respectivas.

VI — El deber imperioso del momento, pues, es la conquista del poder por el proletariado, aliado con los campesinos, y la formación consiguiente de un Gobierno Obrero y Campesino, único capaz de organizar, de acuerdo con las necesidades de la población y de la guerra, la economía desquiciada, y de establecer un orden revolucionario en el país.

Este gobierno, para que tenga toda su eficacia revolucionaria, no puede ser designado desde arriba, como resultado de combinaciones más o menos diplomáticas, ni surgir de un Parlamento constituido según las normas democráticas burguesas.

Un Gobierno formado por delegados de organizaciones obreras nombrados por los Comités superiores de las mismas, representaría, indudablemente, un paso adelante con respecto a

la situación actual, pero no sería el gobierno que las circunstancias exigen. Elegido en estas condiciones, seguramente no iría mucho más allá de las posiciones del Frente Popular.

El Gobierno Obrero y Campesino ha de ser la expresión directa de la voluntad revolucionaria de las masas obreras y campesinas del país, y por tanto no puede surgir del Parlamento del 16 de febrero, completamente superado por los acontecimientos, ni del que pudiera resultar de unas elecciones efectuadas a base del sufragio universal. El Parlamento burgués ha de ser disuelto, y en su lugar debe convocarse un Congreso que sienta las bases económicas, sociales y políticas de la España libre de la dominación capitalista, que se esta forjando en los campos de batalla, y elija el Gobierno Obrero y Campesino. Esa Asamblea no puede ser de tipo democrático-burgués, es decir, no puede basarse en el derecho de representación para todas las clases, sino que ha de reflejar la nueva situación creada por la guerra civil y la revolución, concediendo todos los derechos a los que sostienen con las armas en la mano o con el trabajo creador. En una palabra, el Congreso debe estar formado por los delegados de los sindicatos obreros y campesinos, y de los combatientes.

Esos mismos órganos deben constituir la base de la transformación de todo el mecanismo del poder, empezando por los ayuntamientos, con las modificaciones de detalle que las circunstancias impongan.

La orientación que propugna el POUM puede resumirse en estas dos consignas fundamentales : a) conquista del poder por la clase obrera; b) instauración de un régimen socialista.

En la etapa actual de la revolución, la conquista del poder por el proletariado no presupone forzosamente la insurrección armada. Las posiciones que, a pesar del retroceso sufrido por la revolución, sigue manteniendo la clase trabajadora, el peso específico de la misma y de sus organizaciones, y sobre todo el hecho de que siga teniendo una gran parte de las armas en sus manos, permiten la conquista pacífica del poder. Basta para ello que el proletariado recobre la confianza en su fuerza y se decida a afirmar intransigentemente su voluntad imponiéndola. De él depende enteramente que se restablezca la correlación de fuerzas del 19 de julio y que sepa utilizarla en beneficio propio, o, lo que es lo mismo, de la revolución.

La conquista del poder por el proletariado significa la hegemonía absoluta de la clase trabajadora a fin de ahogar implacablemente toda tentativa contrarrevolucionaria y aplastar a la burguesía. Esta hegemonía de la *clase* no puede identificarse en ninguna caso con *la dictadura de un partido*, sino que presupone la más amplia democracia obrera, el derecho de crítica más absoluto para todos los sectores proletarios, la participación de todos en la obra común. Sólo las clases explo-

tadoras quedan privadas de todo derecho político. Cuando las clases hayan desaparecido completamente, los órganos de coacción resultarán supérfluos y desaparecerá el Estado.

Al conquistar el poder, la clase obrera no se limitará a utilizar el antiguo mecanismo del Estado — como lo ha hecho la burguesía democrática — sino que lo destruirá de raíz. Con ayuda de los Comités de obreros, campesinos y combatientes, transformará de abajo arriba todo el mecanismo gubernamental e instituirá un *Gobierno barato* y verdaderamente democrático. El *Gobierno barato* será posible por la destrucción del viejo y costoso sistema burocrático, la supresión de los sueldos elevados, estableciendo como norma que nadie pueda percibir un sueldo superior al de un obrero calificado, el control vigilante y activo de las masas trabajadoras. La verdadera democracia quedará garantizada por la participación efectiva de la inmensa mayoría del país en la administración de la cosa pública, la elegibilidad de todos los cargos y su revocación en cualquier momento. En fin, el Gobierno Obrero y Campesino será el gobierno de la victoria militar, pues sólo un gobierno de esa naturaleza es capaz de crear la moral indispensable para el triunfo, organizar una sólida industria de guerra, nacionalizar los Bancos, acabar con la especulación, concentrar y movilizar todos los recursos económicos del país para la guerra.

VII — Uno de los argumentos a que recurren con mayor frecuencia los reformistas para justificar su política colaboracionista y contrarrevolucionaria, es la necesidad de mantener el bloque con los partidos pequeñoburgueses, con el fin de asegurar el concurso de una masa importante de la población.

La pequeña burguesía constituye, en efecto, un factor de la mayor importancia en todos los países, y muy particularmente en los que, como el nuestro, se han incorporado con gran retraso al proceso capitalista. Pero por su carácter de clase intermedia, equidistante de la gran burguesía y del proletariado, por su dependencia económica, no puede desempeñar un papel independiente en la vida política. Vacilante e indecisa, se mueve siempre entre las dos clases fundamentales, haciendo, en definitiva, la política de la una o de la otra. Los partidos pequeñoburgueses mantienen vivo el equívoco de una política independiente — ni burguesa, ni proletaria — , pero, en realidad, son siempre un instrumento en manos del gran capital, y, por lo tanto, un instrumento contra los intereses de la pequeña burguesía, cuya representación ostentan. Su política conduce indefectiblemente a la consolidación de las posiciones económicas del gran capital, y por consiguiente a la asfixia efectiva de la pequeña burguesía. La alianza con los partidos pequeñoburgueses no representa la alianza con la pequeña burguesía, sino contra ella. La experiencia española, desde el 14 de abril acá

es muy elocuente a este respecto. La pequeña burguesía, y en primer lugar los campesinos, no ha visto satisfecha ninguna de sus reivindicaciones fundamentales. Todo lo conseguido lo debe a la acción independiente de la clase obrera.

La pequeña burguesía, potencialmente, no es revolucionaria ni reaccionaria. Quiere un orden, sea el que fuere, pero un orden. Y este orden no le puede establecer mas que el proletariado o la burguesía. Cuando la clase obrera actúa resueltamente, dando la sensación neta de su fuerza y de que sabe lo que quiere y adonde va, la pequeña burguesía queda neutralizada e incluso, en gran parte, sigue al proletariado, o para decirlo con más propiedad, es arrastrada por él. Pero si en el momento decisivo la clase obrera falla, la pequeña burguesía pierde la fe en ella, la vuelve la espalda y pone nuevamente los ojos en la gran burguesía. Si en aquel momento aparece un caudillo más o menos demagógico, no le será difícil aprovecharse del desencanto de las masas pequeñoburguesas, para convertirlas en la base social de un movimiento (fascismo), destinado a aplastar a la clase trabajadora e instaurar un régimen de dictadura sangrienta del gran capital.

La pequeña burguesía ha hecho la experiencia de la República Democrática. Repetirla, equivale a preparar nuevos fracasos, a crear las premisas necesarias de una incorporación de las masas pequeñoburguesas al campo reaccionario. Por el contrario, si la clase obrera aparece a los ojos de las masas populares del país como el verdadero guía de la revolución, como la única fuerza capaz de crear un régimen fuerte, un orden nuevo, la pequeña burguesía seguirá a aquella como la siguió después de las jornadas gloriosas de julio.

La política de atracción de la pequeña burguesía no consiste, pues, en contener el ritmo de la revolución, sino en acelerarlo. Cuando más audaz y decidido se muestra el proletariado, más seguro puede estar de la colaboración de la pequeña burguesía, o por lo menos de su neutralización.

VIII — La división de la clase obrera es, indudablemente, uno de los factores que se oponen más poderosamente a que se cree entre las masas pequeñoburguesas la sensación de fuerza invencible del proletariado. La unidad sindical — cuya ausencia, por otra parte, repercute desfavorablemente en la obra de organización socialista de la producción — constituiría un gran paso adelante en este sentido. Pero la burocracia reformista la sabotea sistemáticamente, por cuanto presiente que el movimiento sindical unificado le escaparía de las manos para pasar a las de los elementos revolucionarios. Impulsarla e imponerla constituye el deber ineludible de la clase trabajadora.

En el terreno político, deben surgir los órganos de unidad adecuados a las circunstancias. A fines de 1933 aparecieron las Alianzas Obreras, destinadas a desempeñar en nuestro país el mismo papel que desempeñaran los soviets en la revolución rusa. Dichas Alianzas demostraron su magnífica eficacia revolucionaria durante la insurrección asturiana de octubre de 1934. Formada por todos los partidos y organizaciones obreras sin excepción, la Alianza Obrera de Asturias demostró palmariamente al mundo los prodigios de heroísmo y de iniciativa de de que es capaz el proletariado unido. Pero la política del Frente Popular frustró aquellos espléndidos inicios, y nuevamente la clase trabajadora marchó a la zaga de los partidos republicanos. Si las Alianzas Obreras no hubiesen sido liquidadas por los paladines de la colaboración de clases, los acontecimientos habrían tomado un giro completamente distintos del que tomaron, y la hegemonía del proletariado habríase afirmado indiscutiblemente.

Resucitarlas hoy sería un error, por cuanto corresponden a una etapa ya superada. Los congresos de delegados de los sindicatos obreros y campesinos, y de los combatientes, son sustancialmente lo mismo que eran las Alianzas Obreras en la etapa anterior. En ellos debe basarse el gobierno de la clase trabajadora, de ellos deben surgir los órganos del poder; ellos deben encarnar la unidad de acción de los trabajadores por encima de las diferencias que les separan en el terreno de la organización sindical y política. En ellos se basará la futura Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas.

Ni la unidad sindical, ni las asambleas de delegados obreros, campesinos y combatientes, excluyen la posibilidad de la formación de alianzas entre los sectores de la clase obrera que coincidan con la concepción del momento y la actitud de la clase trabajadora. Al contrario, estas alianzas están claramente dictadas por la situación.

En el caso concreto de nuestra revolución, se impone la constitución de un Frente Obrero Revolucionario, formado por la CNT, la FAI y el POUM, organizaciones que coinciden en el reconocimiento de la necesidad de cerrar el paso al reformismo, evitar el retorno a la situación anterior al 19 de julio y de impulsar la revolución proletaria, llevándola hasta sus últimas consecuencias. Un programa de realizaciones claras y concretas — hoy perfectamente posible — debería ser la base del Frente Obrero Revolucionario, cuya formación determinaría, indiscutiblemente, un cambio fundamental en la correlación de fuerzas e imprimiría un poderoso empuje a la revolución.

IX. - Uno de los argumentos predilectos empleados por los reformistas contra la revolución proletaria es el de que sería fatalmente ahogada por los países capitalistas.

La clase trabajadora cometería un profundo error si no constata con la probabilidad de una intervención armada contra la

revolución española. Pero si el proletariado no pudiera lanzarse a la lucha revolucionaria decisiva mas que en el caso de estar seguro de que dicha intervención no iba a producirse, tendría que renunciar de antemano a toda esperanza de emancipación. Porque es evidente que el capitalismo internacional no podrá asistir pasivamente, por espíritu de conservación, a la victoria del proletariado en ningún país del mundo.

El peligro de la intervención existe, y si el factor decisivo fuera la superioridad técnico-militar, la derrota del proletariado podría considerarse como descontada. Pero hay un factor real infinitamente mas eficaz : la fuerza expansiva de la revolución. Triunfante en España, tendría una repercusión inmediata en los demas países, y muy particularmente en Italia y Alemania, a cuyos regímenes fascistas asestaría un golpe mortal.

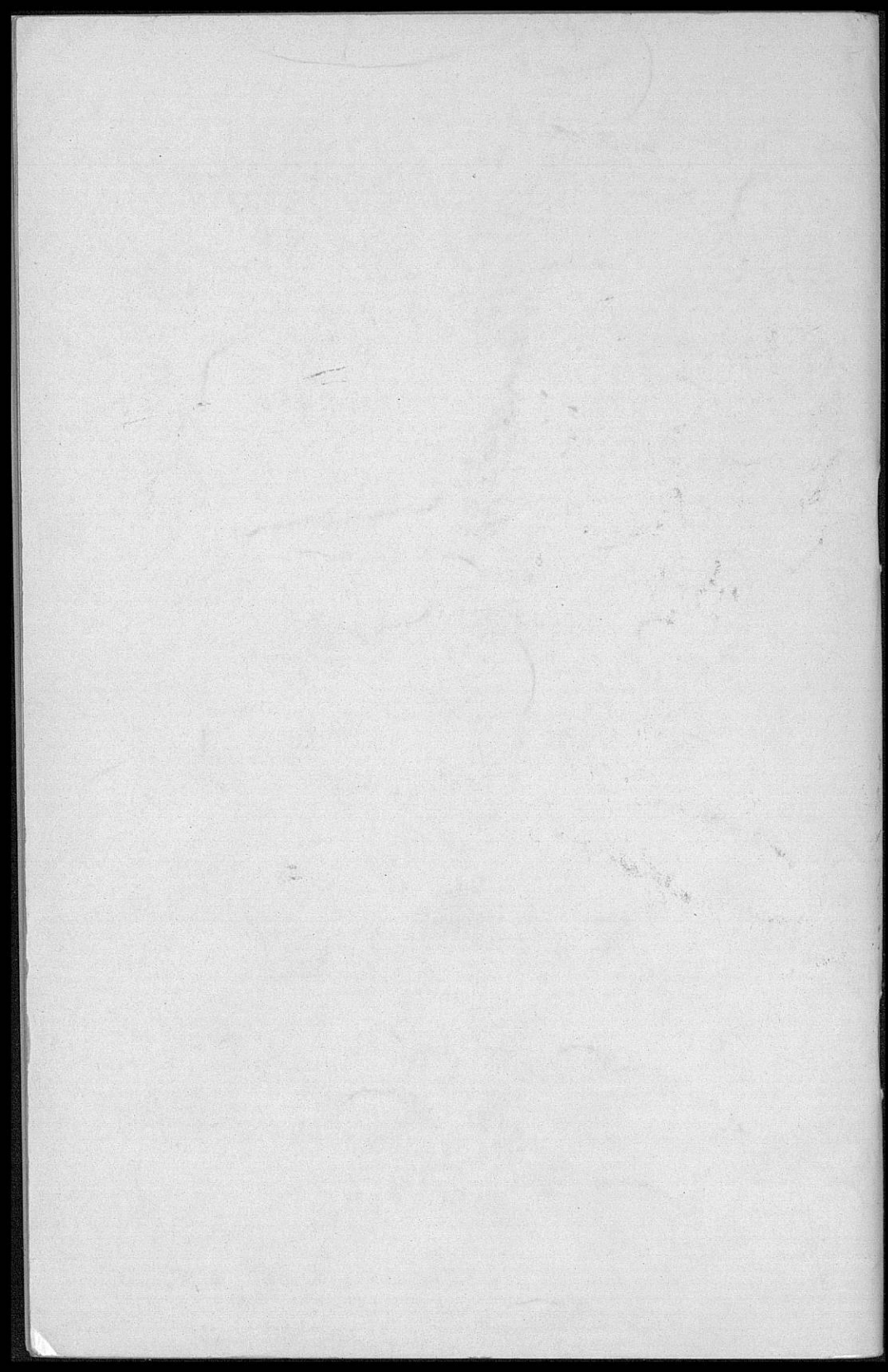
La revolución rusa fué la causa inmediata del hundimiento de los imperios centrales, hizo tambalearse el régimen capitalista en toda Europa, y provocó un movimiento tan intenso de solidaridad proletaria internacional, que contribuyó poderosamente al fracaso de la intervención. Las consecuencias de la revolución española pueden ser no menos trascendentales. La victoria de la clase obrera de nuestro país modificaría inmediatamente, en favor del proletariado, la correlación de fuerzas en el mundo entero, dando un impulso decisivo a la revolución proletaria internacional. (1)



(1) En nuestro proximo n° publicaremos documentos de la CNT, UGT. y Partido Socialista.

" LES PRESSES DU MARAIS "
5, rue Aubriot — Paris IV°

Dépôt légal : 1er trimestre 1967



Jun 67

Una farsa sin porvenir -
¿Qué son esos partidos
llamados comunistas? - El
Sindicato que necesitamos -
Una carta sobre la cuestión
sindical - ¿Qué ocurre en
China? - Lucha de clases
en Yugoslavia - Elecciones
en Francia - Grecia: el fin
de un Frente Popular - De
la miseria en el medio
estudiante



88

acción comunista

Revista marxista independiente

8° P 5423

SUMARIO :

	pág.
Editorial :	
UNA FARSA SIN PORVENIR	3
¿ QUÉ SON ESOS PARTIDOS LLAMADOS COMUNISTAS por <i>Lorenzo Torres</i>	9
EL SINDICATO QUE NECESITAMOS	20
UNA CARTA SOBRE LA CUESTION SINDICAL por <i>J. C.</i>	26
¿ QUÉ OCURRE EN CHINA ? por <i>Federico Ramos</i>	28
LUCHA DE CLASES EN YUGOSLAVIA por <i>XYZ</i>	32
ELECCIONES EN FRANCIA	47
GRECIA : EL FIN DE UN FRENTE POPULAR por <i>Fernando Ibeas</i>	50
DE LA MISERIA EN MEDIO ESTUDIANTE	52
NOTA	54



Editor responsable :

Fernand Lardinois - 13, rue du Géron, Liège - Belgique

Precio de la suscripción :

6 números : 150 F. belgas - 15 F. Francese - 50 pesetas

Precio del ejemplar :

30 F. Belgas - 3 F. Franceses - 10 pesetas - 3 marcos

Para ENVIOS Y CORRESPONDENCIA :

ANDRÉ SOCHON

39, rue de Varsovie - BOBIGNY (93) FRANCE

« El comunismo, para nosotros, no es un ESTADO que hay que crear, ni un IDEAL hacia el cual la realidad debe orientarse. Llamamos comunismo al movimiento REAL que destruye el orden establecido. Las condiciones de ese movimiento son el resultado de los factores que existen en el presente... [El] proletariado no puede existir sino EN EL PLANO DE LA HISTORIA MUNDIAL, así como el comunismo, es decir, la acción comunista, no puede existir sino en tanto que realidad histórica planetaria. »

K. MARX, « La Ideología Alemana ».



Una farsa sin porvenir

Un año electoral

Una tras de otra se han celebrado en los últimos meses de 1966 tres « consultas electorales ». Elecciones sindicales, municipales y sobre todo el vergonzoso referéndum, son tres acontecimientos que pertenecen en realidad a especies muy distintas y que han de examinarse separadamente.

Elecciones sindicales

Las elecciones sindicales despertaron cierto interés pues por vez primera los hombres del régimen y determinados grupos de la oposición obrera se iban a batir, aunque en un terreno preparado por aquellos y lleno de emboscadas. Las « comisiones obreras » hicieron acto de presencia en bastantes puntos de España, especialmente donde una acción reivindicativa anterior les había permitido adquirir cierto prestigio entre los trabajadores y descreditado a los hombres de la C.N.S. que difícilmente pueden ocultar cuando llega la hora de la verdad, su carácter de auxiliares de los patronos. Por vez primera se pudo hablar de libertad de elección, y aunque los sindicalistas oficiales no dejaron de utilizar sus armas de siempre, trataron también de presentarse, con gran lujo de demagogia, amalgamados con residuos izquierdistas (siguiendo la maniobra que iniciaron sus jefes con algunos cenetistas) u otros grupúsculos confusos.

Los resultados no fueron muy prometedores para la C.N.S. Donde se planteó la batalla con las « comisiones », la victoria de los hombres presentados por éstas se impuso. Pero, haciendo de la necesidad virtud, esto ha sido presentado por el aparato de Solís y Cia. como prueba indiscutible de la « madurez » y « representatividad » de sus sindicatos. Naturalmente, como las « comisiones » no disponen de un aparato nacional y su desarrollo viene determinado por el nivel de la conciencia obrera local, el número de representantes sindicales elegidos en toda la nación manejables por la burocracia fascista, puede permitirles utilizar como coartada a los miembros a las C.O. si se limitan a luchar en el terreno legal que les imponen sus adversarios. Tanto más que en cuanto se abandona el nivel de los enlaces y jurados de empresa, la representatividad disminuye de modo acelerado y desaparece por completo al llegar a la « línea de mando ».

El argumento de la perfección de los sindicatos C.N.S. no es fácil que engañe a ningún trabajador español que tendrá sobradas ocasiones de confrontar las palabras de aquellos con su experiencia. Tampoco parece tener mucho éxito con las centrales

sindicales internacionales, incluso de un reformismo avanzado, como la C.I.S.C. o la C.I.O.S.L. de cuya incomprensión se ha lamentado en varias ocasiones Emilio Romero. Pero sí creían que serviría para tapan la boca a los que, dentro del sistema tratan de desplazar la burocracia falangista. En realidad han sido los periódicos de lo que podemos llamar la burguesía clásica, los que utilizando la libertad que la Ley de prensa les concede (sólo a ellos) han atacado más duramente, tanto lo que los sindicatos son en la actualidad, como la Ley sindical con la que piensan atrincherarse en sus privilegios por tiempo indefinido.

Las manifestaciones del 27 de enero en Madrid y la reacción de solidaridad ante las detenciones, son actos específicos contra la Ley sindical y la serie de « conflictos laborales » que se producen en toda la península **al margen y en contra** de la C.N.S. demuestran mejor que nada su carácter de sindicato policíaco, y por lo tanto su inadecuación en un sistema económico neo-capitalista, que es lo que preocupa a « Madrid » y al Opus Dei.

Sin pena ni gloria

Según los principios de la « democracia orgánica », uno de los pilares de la representación nacional son los municipios. Ejemplo : los alcaldes o son nombrados directamente por el ministro de Gobernación o indirectamente a través del gobernador civil de la provincia. El papel de los concejales no puede ser más brillante : hace poco el alcalde de La Coruña ha destituido a ocho que se atrevieron a criticarle. Todo esto explica muy bien por qué ni candidatos ni electores se pegaron para ir a las urnas en la elección del tercio de cabezas de familia, única elección de primer grado.

En Barcelona el número de abstenciones llegó al 85 % y en la mayoría de las capitales de provincia rebasó el 50 %. Ni siquiera ciertos grupos « apolíticos » con pretensiones de modernización y racionalización de la gestión local, representantes de una pequeña burguesía que se siente excluida y que en las anteriores consultas aparecieron en muchas ciudades, tuvieron empeño en presentarse. En varias ocasiones, los gobernadores civiles — fabricantes de ayuntamientos — buscaron no sólo los candidatos **que tenían que salir**, sino hasta una oposición que hiciera de cabeza de turco.

En Madrid se presentó la sempiterna candidatura monárquica, encabezada esta vez por Satrústegui, que hizo toda clase de declaraciones de « apoliticismo », sin ganar otra cosa que los insultos de « Pueblo ». Como es tradicional, ninguno de los miembros de esta candidatura salió elegido. Los ayuntamientos siguen siendo dominio reservado de la Falange y sus aliados directos.

La Ley Orgánica

Tras de un laborioso parto salió la « Ley Orgánica », elaborada en el semisecreto de las camarillas, tan raquítica e imprevisible como la Ley de Sucesión, su hermana mayor. La brigada de aclamaciones mejor pagada del mundo la recibió con el

inmenso entusiasmo que era de esperar, sobre todo cuando oyó a la voz de su amo decir que nada iba a cambiar. ¡ Por fin ! « ¡ La constitución se ha cerrado ! » decía al día siguiente Emilio Romero.

Aunque en el nebuloso período de preparación se elaboraron varios proyectos, es posible distinguir las dos tendencias principales en que se alinean las camarillas, clanes o individuos que se disputan la herencia del franquismo : una tendencia « modernista », que dentro del gobierno, se encuentra representada por los ministros económicos y Castiella, es decir, aquellos que están más ligados a la burguesía europea e internacional, deseosos de poder presentar una cara « democrática » que suprima ciertos roces e incompreensiones, y otra tendencia « conservadora » e inmovilista que es la expresión de la inercia del sistema, del peso muerto de la burocracia fascista y reaccionaria incrustada en toda la administración, de una buena parte — sin duda la mayoría — del Ejército y de la Iglesia. En el mismo sentido presionan ciertos grupos económicos como latifundistas o sectores de la pequeña burguesía. Si la Ley Orgánica es fruto de un compromiso entre estos dos sectores arbitrado por Franco, en beneficio del segundo, al que él personalmente pertenece, lo es sólo en el sentido más superficial de la palabra. La tendencia más reaccionaria ha resultado favorecida de un modo muy claro y para que nadie se engañe ahí están las muestras de regocijo con que la recibieron, pero ni uno solo de los problemas que se planteaban antes ha sido resuelto por el texto legal y, como la realidad no espera y vuelve testarudamente aunque se le cierre la puerta, el compromiso no puede durar mucho y la lucha entre la Falange y el Opus Dei que se plantea hoy abiertamente a través de sus respectivos órganos de prensa, es una prueba. Los momentos « trascendentales » parecen quedar olvidados mientras se discute el futuro de los sindicatos o bullen las intrigas en torno al nombramiento de un primer ministro.

Otro día « trascendental »

Una vez proclamada la Ley Orgánica con la algazara cortesana que todo el mundo sabe, se pusieron en marcha los servicios de Fraga, sin parar en gastos, para que el pueblo participara como es debido en la fiesta. Pero baste decir que se superaron no sólo todos los presupuestos de operaciones similares, sino todos los límites del ridículo y de la desvergüenza. Se podría llenar un volumen sin más que reproducir todas las anécdotas grotescas que relataba la prensa recién « libre » para demostrar el « elevado grado de conciencia del pueblo español ». También se rebasaron los límites de la población con derecho a voto, quizás para compensar la amputación de un millón de trabajadores españoles que, según Fraga, se encontraban « influidos por una propaganda unilateral ».

Pero dejando de lado las cifras publicadas antes, en, y después del acontecimiento, que no significan nada, lo cierto es que el número de votantes y el porcentaje de votos afirmativos dejó asombrados a los mismos organizadores de la mascarada.

Habían puesto toda la carne en el asador porque las dos elecciones — sindicales y municipales — celebradas antes no habían dado resultados muy satisfactorios y temían sobre todo que hubiera una abstención importante. Por eso todos sus esfuerzos tendían a luchar contra ésta: anuncio a bombo y platillo de la obligación de votar y de la posibilidad de sancionar a los que no votaran, el truco de dar medio día libre, sólo abonable contra la presentación del certificado de voto. La jerarquía eclesiástica colaboró aconsejando que se votara.

Ni el carácter del referéndum, que excluía toda posibilidad de elección, ni la forma en que se desarrollaba la « campaña electoral » por parte del gobierno, dejaban fuera de duda que la única forma de votar contra Franco era no votar. La oposición entera recomendó la abstención y aunque en España no hubiera ningún medio legal de defender esta postura (como tampoco el « no »), tanto por la información procedente del extranjero — radios, periódicos, etc. — como por la actuación de los miembros de los distintos grupos de oposición, especialmente obrera y estudiante, pero también de algunos grupos católicos, que trataron de movilizar la opinión pública no puede decirse que esa posición fuera ignorada.

Hay que reconocer por tanto que las consignas de abstención no fueron seguidas por la masa de la población y que aunque el gobierno hubiera prescindido de ciertas groserías — de lo que probablemente es incapaz — habría conseguido una confortable mayoría. No se puede hablar tanto de falta de información como de **falta de confianza** en las perspectivas políticas, en las consignas de la oposición (Aquí resulta innecesario distinguir entre los distintos sectores de la oposición, pues en este caso su unidad fué un hecho, debido sencillamente a que no quedaba otra salida). Si algunas personas, que se habían abstenido en 1947, votaron en esta ocasión, es que entonces creían aún en la resurrección de la vieja República del 31, seguían teniendo una fe en sus antiguas organizaciones que hoy han perdido. Las nuevas generaciones, sin recuerdo de politización, nacidas bajo el mismo clima de propaganda obsesiva y embrutecedora que llenaba aquellos días el país, prefirieron « hacer como todo el mundo ». Sus minorías anticonformistas trataron de luchar contra aquel ambiente, mezcla de desinterés y de miedo, pero a pesar de sus esfuerzos la lucha era demasiado desigual.

El dilema de la burguesía española

Siendo la Ley Orgánica un triunfo de la derecha del régimen, los resultados del referéndum reforzaron su posición. Desde entonces se han sucedido una serie de muestras de intransigencia que confirman esta hipótesis: mano dura en la Universidad, despliegue de fuerza sin precedente y órdenes de proceder con dureza en las manifestaciones del 27 de enero, hasta la provocadora sentencia de un tribunal en el asunto de la famosa huelga de Basauri o la desnaturalización del proyecto de Castiella sobre la libertad religiosa, que poco tenía ya de liberal.

Pero, la burguesía española que ha crecido abrigada en el caparazón del franquismo necesita desprenderse de él. Su dilema es: aislamiento o liberalización.

Es fácil ridiculizar los gemidos de la oposición liberal y europeísta que ve su salvación en el Mercado Común Europeo, y utiliza como argumento supremo la necesidad de la democratización para conseguir entrar en él. Desde luego que presentado así el problema es falso, que los capitalistas extranjeros no sienten ningún escrúpulo de conciencia en apoyar a Franco, en implantar sus negocios en España, especialmente cuando, como ocurre ahora, los beneficios que obtienen son incomparablemente mayores que los que podrían sacar en sus propios países, pero lo cierto es que sienten desconfianza ante el futuro, con razón o sin ella y exigen garantías muy elevadas. Sus inversiones son, en realidad, uno más de los factores de desorganización en la confusa economía española.

Por esta razón, incluso gente tan alejada de las ideas democráticas bien vistas por la burguesía europea, como son los tecnócratas del Opus Deis ven en una « democratización » un recurso para la racionalización efectiva de la vida económica nacional. Su « democratización » supone la existencia de sindicatos reformistas que ataquen vigorosamente a la infantería de la pequeña empresa, facilitando la labor al gran capital. Supone la eliminación de un control burocrático que pesa sobre varios sectores de la vida económica española, como simple intento de participar en los beneficios, por parte de una capa parasitaria. Supone la creación de un clima político « normalizado », esto es homogéneo con el de los restantes países europeos.

En los primeros meses de 1965 publicó discretamente Gil Robles una carta programa donde analizaba las « salidas » de la situación. Descartaba toda posibilidad de reformar el régimen desde dentro y por lo tanto no concebía otra actitud que la lucha **contra** el régimen.

Pero, naturalmente, sin que las masas populares intervinieran en esta lucha. Los procedimientos habían de ser « pacíficos » y « legales ». No es fácil que las diversas maniobras de apaciguamiento de tantos dirigentes de izquierdas de dentro y de fuera hayan hecho cambiar de opinión al Sr. Gil Robles. Los últimos acontecimientos confirman — y ésta que pudo ser hacer dos años, una opinión personal, es hoy compartida por la mayor parte de los políticos de la burguesía — que el régimen no conduce sino al estancamiento y al aislamiento, ¿pero qué procedimientos « indoloros » pueden encontrarse? El único recurso que les queda a los « modernistas » es la intervención del ejército en su favor. Y es fácil imaginar el tipo de « democracia » que semejantes « liberales » traerían.

Dejando aparte que la solución, si nos fijamos en el ejemplo de Argentina, que liquidó el peronismo de esa manera, no parece muy perfecta. El « despotismo ilustrado » con o sin « golpe », conduce sólo a revestir la misma corrupción, la misma desorganización con otros nombres.

La única solución democrática

La solución a los problemas de España no puede salir ni del Régimen ni de sus oposiciones heredadas. La importancia de un cambio será proporcional a la intervención de la clase obrera en su venida, pues la única fuerza política española cuyos intereses coinciden con la democracia más amplia es aquella que se organice en dicha clase. El camino por recorrer es sin duda muy largo y no repetiremos todas las debilidades que en la actualidad presenta el movimiento obrero español. Exagerando diríamos, que su única fuerza estriba en el carácter imprescindible de su acción para superar el marasmo traído por 30 años de dictadura y que reconocen hoy los mismos que la utilizaron en su provecho.

ACCION COMUNISTA se ve en la obligación de denunciar la última maniobra de división de la clase obrera española llevada a cabo con la creación de la Federación Sindical Democrática.

En este tinglado, creado para oponerse a la Comisiones obreras, se han manchado las manos toda una serie de « organizaciones obreras » movidas más por su sentimiento de anti-comunismo y servilismo de clase, que por una verdadera voluntad de resolver los problemas que la clase obrera española tiene planteados.

La U.G.T., la C.N.T. (interior parece), la F.S.T., la A.S.O., la U.S.O. ; apoyados por el P.S.O.E., el M.S.C. y los cristianos de diversas tendencias, respaldados por las organizaciones sindicales « democráticas » que últimamente han sido objeto de « revelaciones » de corrupción, por haber sido financiadas en gran parte por la C.I.A., intentan oponerse a la marcha de la Comisiones obreras que tan valientemente habían luchado últimamente.

La torpe actuación de los miembros del P.C.E. en el interior de las Comisiones, queriendo acaparar todos los puestos de responsabilidad, queriendo controlar las Comisiones y emplearlas para sus fines políticos, han dado pie a los « sindicalistas democráticos », para realizar la maniobra de división de la clase obrera española, con gran alegría de la burguesía.

Esperamos que en el interior de la Comisiones los militantes de base y todos los revolucionarios sepan tomar las medidas necesarias para que el mejor instrumento que la clase obrera española tiene para su lucha contra los burgueses no sea neutralizado, ni desde dentro ni desde fuera, o por grupos políticos o por el capitalismo disfrazado de « sindicalista democrático ».

¿Que son esos partidos llamados comunistas?

por Lorenzo Torres

« De la misma manera que hay que distinguir en la vida privada lo que un hombre piensa y dice de sí, de lo que es y hace realmente ; hay que saber distinguir aún más en las luchas históricas la fraseología y las pretensiones de los partidos, de su organización, de sus intereses reales ; lo que creen ser de lo que son. »

(El 18 Brumario de Luis Bonaparte)
CARLOS MARX

Ciertos lectores nos han reprochado el *tono* que tienen a veces nuestras críticas al P.C. Estas observaciones me hacen pensar, (1º) que nuestras críticas no han sido aún suficientemente argumentadas, suficientemente profundas y por lo tanto, suficientemente convincentes, y (2º) que existe una tremenda confusión en relación con el P.C., su política, sus estructuras y los intereses que en fin de cuentas representa. El problema es efectivamente el siguiente : o el P.C. pese a sus defectos, es un partido obrero que lucha — peor o mejor — por la emancipación de los trabajadores y la revolución socialista y, por lo tanto, debemos considerarnos como objetivamente aliados y, sin cesar de criticar lo que nos parezca criticable, no olvidarnos nunca que criticamos « compañeros de lucha » ; o el P.C. no representa los intereses de la clase obrera, *es un cuerpo extraño a la clase obrera* (aunque haya obreros en sus filas) y en tal caso no sólo no hemos criticado demasiado, sino que no hemos criticado bastante, ni siquiera hemos intentado analizar qué intereses representa en fin de cuentas el P.C. (los P.C.) si no representa los intereses obreros.

Iniciamos con las notas siguientes dicho análisis, intentando aportar precisiones a la discusión que sobre el tema general de la organización revolucionaria, venimos desarrollando en las páginas de A.C.

Para abordar la discusión, en lo que al P.C. se refiere, hay que empezar por dejar de lado los sentimentalismos, los reflejos condicionados pro y contra y todos los mesianismos. Empresa difícil y estoy seguro que se me echará en cara no tener en cuenta los miembros del P.C. asesinados por el franquismo, (como si no hubiera habido también militantes obreros asesinados por el P.C. — Andrés Nin, Trilla, Monzón, etc.). Intentaré, sin embargo, tratar el tema con la máxima objetividad.

ALGUNAS BREVES CONSIDERACIONES HISTÓRICAS

Como todo el mundo sabe, los partidos comunistas nacieron « al calor » de la Revolución Rusa de 1917. O sea como reacción a un acontecimiento en muchos casos « lejano », más que como una necesidad « nacional ». Esto no es una crítica, ya que para mí el carácter internacional de la lucha por el socialismo debe tenerse muy en cuenta. Sin embargo, este hecho planteó grandes problemas. Evidentemente otros factores desempeñaron también un papel : traición patrioter de los partidos de la II Internacional durante la guerra del 14/18, lucha en todo ese período del « leninismo » en contra del reformismo de Bernstein y Cia., etc... Pero me parece evidente que el impacto

de la Revolución Rusa fué la causa determinante de la formación de la III Internacional y de los partidos comunistas. Puede decirse que en muchos países de Europa y más tarde en otros, como China, fué efectivamente la extrema izquierda del movimiento obrero la que se agrupó para formar los P.C. Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht en Alemania, Gramsci, Togliatti, Bordiga, en Italia, Frossart, Souvarine, Cachin, etc., en Francia. La diferencia entre España y los países citados es que si bien en estos países los P.C. se forman tras una escisión de los Partidos socialistas (salvo excepciones como los sindicalistas revolucionarios franceses, como A. Rosmer), en España son tres grupos que uno procede de las Juventudes Socialistas, con Juan Andrade y Portela, otro de la minoría socialista con Perez Solís, García Quejido, etc. y otro de la C.N.T., con Andrés Nin y J. Maurin, quienes, tras un período en que hay 2 partidos comunistas, forman, bajo la presión de la III Internacional, el Partido Comunista de España. Decir que los partidos comunistas en aquel período representaban la extrema izquierda del movimiento obrero no quiere decir que representaran *toda* la extrema izquierda, ni siquiera que reflejaran perfectamente las aspiraciones revolucionarias de la clase obrera. Tenían, creo yo, la firme *voluntad* de reflejarla, de interpretarla. Lo cual no es lo mismo.

Durante ese período, que calificaremos de constitución de los partidos comunistas, pasan en Europa muchas cosas y cosas gravísimas. En una palabra, la extensión de la revolución socialista a Europa fracasa. Como es sabido y como ya hemos señalado en A.C. en otras ocasiones, los bolcheviques contaban, ante todo y sobre todo, con la extensión de la Revolución socialista a Europa para poder construir el socialismo. Lenin no pensó *jamás* que podía construirse el socialismo en un sólo país y menos aún en un país atrasado como era Rusia. De triunfar las revoluciones socialistas en Europa o en ciertos países de Europa, las cosas hubieran sido muy diferentes, claro está, pero los conatos revolucionarios (Alemania, Hungría, etc.) fueron, como es sabido, aplastados por la burguesía.

O sea que apenas formado el P.C. español (como otros) se encuentra con que el objeto esencial de su constitución — extensión de la revolución socialista — ha abortado y se le indica otro que parece ligado, pero que en realidad es su reverso; — defensa del joven Estado soviético. Ni que decir tiene, en los años 19/21, la solidaridad internacional para con la joven República de los Soviets, desempeñó un papel de freno a la intervención imperialista extranjera, pero en esa solidaridad participaron no sólo los grupos que formarían los P.C. sino también otras organizaciones que jamás aceptaron los 21 puntos para ingresar en la III Internacional (por ejemplo, los sindicatos ingleses y la C.N.T. española).

Como está implícitamente indicado en los últimos textos de Lenin, la no-extensión de la revolución a Europa, tuvo consecuencias tremendas para la U.R.S.S., Stalin y Cia, trataron de enmascarar sus consecuencias hablando del « reforzamiento continuo del Estado soviético » y de su « potencia económica y militar » como pruebas del éxito de la revolución, cuando en realidad dicho « reforzamiento » del Estado, etc. no reflejaba más que la muerte de la revolución socialista en la U.R.S.S. En efecto, para mí y dicho sea de paso (pero habrá que volver sobre el tema), los rasgos verdaderamente socialistas que tenía la revolución del 17, no podían desarrollarse y triunfar al no extenderse la revolución a los países capitalistas industrializados de Europa. Queriendo ceñirnos al examen del partido comunista español no entramos aquí en el análisis detallado del papel del partido bolchevique. Diremos sencillamente que si bien desempeñó en los primeros años después de la

conquista del poder a la vez un papel de motor y de freno⁽¹⁾, su papel de freno burocrático fue ampliándose y profundizándose hasta convertirse, con el estalinismo, sus cuadros dirigentes en la espina dorsal de la « nueva clase »⁽²⁾.

Con el fracaso de las revoluciones en Europa entramos en un período de crisis internas de la III Internacional y de discusiones tan apasionadas como apasionantes, que sacudieron no sólo al partido bolchevique, sino a los demás partidos de la Internacional. ¿Qué hacer? ¿Socialismo en un solo país? ¿Extensión de la revolución? pero ¿cómo? ¿La Revolución en Asia —concretamente China— puede aportar la necesaria ayuda a la U.R.S.S.? tales fueron algunas de las interrogaciones que se plantearon los comunistas en aquella época, sin hablar de los graves problemas sobre el desarrollo económico que se debatían en la U.R.S.S. La actividad a menudo burocrática y los métodos de « orden y mando » de la III Internacional crearon asimismo nuevos problemas a los partidos « nacionales ». La crisis se « resolvió » con el triunfo de Stalin y el aplastamiento primero, el asesinato después, de sus contrincantes. En España, el P.C. se escinde, rompiendo con el incipiente estalinismo buena parte de sus fundadores, Andrés Nin, Juan Andrade, J. Maurin, Portela, etc., quienes más adelante formarán, junto con otros grupos, el P.O.U.M.

Desde esa época hasta el XX Congreso del P.C.U.S., el partido comunista español, como la mayoría de los demás partidos comunistas del mundo, vive en perpetua dualidad. Esta dualidad puede exponerse a grandes rasgos (como todo lo escrito hasta aquí), de la manera siguiente: (1º) por una parte, en tanto que miembros de la III Internacional (aunque disuelta ésta las cosas siguieron iguales), seguían incondicionalmente todos los vaivenes impuestos por su Comité Ejecutivo, o sea en fin de cuentas por Stalin, como todo el mundo sabe y los propios soviéticos lo reconocen hoy. Eran, pues, en España los representantes de los intereses del Estado soviético, cuyo Estado a su vez era y es el instrumento de una clase: la burocracia⁽³⁾. (2º) Los burócratas del P.C. español a la vez que defendían incondicionalmente la política del Estado soviético, de la burocracia soviética, siguiendo sus consignas comenzaron por los años 35/36 un viraje, que bajo la bandera de la ruptura con el « sectarismo de izquierda » del período anterior, trataban de conseguir un partido de masas con objetivos « nacionales y democráticos », poniendo cada vez más en el parlamentarismo el eje fundamental de toda su actividad. Entre la defensa incondicional de la política del Estado soviético y la ambición de integrarse en la vida política nacional como partidos de la izquierda parlamentaria, los P.C. se encontraron en graves contradicciones, que en el *pasado*, se resolvieron siempre a favor de la primera faceta, la defensa incondicional de la política del Estado soviético. Pero, por parte del Estado soviético, dicha línea impuesta a los partidos « satélites » era perfectamente coherente con sus intereses. El Estado soviético, *no siendo un Estado socialista*, no tenía el menor interés en que se desarrollaran revoluciones proletarias por el mundo, que podrían convertirse en un « modelo » para los propios obreros soviéticos y que además — por lo menos parece que eso temían los dirigentes soviéticos — hubieran podido constituir pretextos de una intervención extranjera contra su país. En cambio, los grandes partidos de masas que obedecían a todas las órdenes de Moscú, constituían para Stalin y Cia. una eficaz red de protección y maniobra, en defensa de sus intereses de Estado, de sus intereses de gran potencia, aún sometida por aquel entonces — aunque menos — a un cerco hostil.

Los primeros éxitos del viraje a « la derecha » los obtienen el Partido Comunista Español y el francés, con la política de Frente Popular, política dirigida a unir a todas las fuerzas democráticas contra el fascismo triunfante en Italia, Alemania y ciertos países de Europa Central (o mejor dicho los regímenes dictatoriales de Rumanía, Hungría, etc., simpatizaban con el fascismo). Es a mi modo de ver muy significativo que los momentos de auge de la importancia numérica de los P.C. se sitúen en los momentos en que una política « nacional democrática » desarrollada por los partidos comunistas coincide — o parece coincidir — con la política exterior de la U.R.S.S. Si hiciéramos un gráfico, la línea de la popularidad, del volumen de actividad y del número de militantes de los P.C. subiría en los momentos de Frente Popular (en que la U.R.S.S. se declaraba radicalmente antifascista) y viceversa, se para y desciende con el Pacto nazi-soviético, vuelve a subir en ciertos casos vertiginosamente, durante la guerra mundial, momento de la « sagrada alianza » contra el nazi-fascismo, vuelve a descender con la guerra fría y así sucesivamente. ¿ Por qué ? Sencillamente porque en esos momentos, la dualidad, la contradicción de los P.C. se enmascara, parece atenuarse. Se puede ser « patriota », « demócrata » y miembros del P.C. ya que la U.R.S.S. lucha por la democracia y por la « patria Soviética ». En realidad las cosas son más complejas y un tal « gráfico » no señala más que una tendencia. No se entra y se sale en un partido-iglesia-ejército, como el P.C., sin pensarlo, no se pierde la fe a la primera desilusión o crisis de conciencia. El peso de la inercia, de la costumbre y de la tradición, existen en todos los partidos y no sólo en el P.C.

En España, inútil señalarlo, el exilio y la clandestinidad a las que está sometido el P.C. desde 1939, presentan rasgos peculiares, que no contradicen, sin embargo, lo arriba expuesto. En efecto, el P.C. español, minoritario y con influencia limitadísima en la clase obrera antes del 36, crece considerablemente durante la guerra civil, sobre la base de una política de orden, de eficacia militar, de defensa de la democracia burguesa, mientras que la U.R.S.S. ayuda (habría mucho que decir sobre dicha ayuda, pero no es el tema de este artículo) a la República española. Como el contenido concreto de la política del P.C. español forma parte del próximo apartado, vamos a terminar estas breves notas sobre la evolución histórica de los P.C. con las nuevas tendencias aparecidas tras el XX Congreso del P.C.U.S.

Dicho Congreso constituye el principio del fin del monolitismo comunista y de la incondicionalidad de todos los partidos del mundo hacia Moscú. No era exactamente lo que querían los dirigentes soviéticos — Jruschof, el primero — al denunciar los crímenes de Stalin. Los motivos de la « liberalización » eran sobre todo — aunque no únicamente — internos y pretendían lograr por una parte una adhesión popular, disminuyendo considerablemente el terror policiaco del período anterior y aumentando un poco el nivel de vida y por otra — y principalmente — ampliando la base social del régimen dando a ciertas capas ligadas al poder (la tecnocracia, por ejemplo) mayor iniciativa y privilegios. Estas reformas constituían una necesidad para el desarrollo de la U.R.S.S. Pero el « aprendiz de brujo » Jruschof con su famoso « informe secreto » contribuyó a acelerar la crisis, que se basaba en contradicciones reales y profundas, por una parte entre la U.R.S.S. y los demás países del mal llamado campo socialista⁽⁴⁾ y por otra entre Moscú y una serie de partidos comunistas del mundo. No vamos a hablar aquí de la crisis ni de su punto álgido : el conflicto ruso-chino, en donde por mucha buena voluntad que se ponga, no aparece por ninguna parte el menor rasgo socialista, internacionalista, apareciendo en cambio con gran evidencia, tras la máscara de la

fidelidad al marxismo-leninismo, evidentes contradicciones *irreconciliables* entre Estados, entre « grandes potencias », y concretamente la necesidad del Estado chino de romper con Moscú para poder desarrollar una política independiente en el terreno nacional, como en el internacional. Vamos a hablar de la repercusión de la crisis del estalinismo en la dualidad antes señalada en el seno de los partidos comunistas de Europa. Digo de Europa, porque en los de Asia y América Latina se añaden otros problemas peculiares que no vamos a tratar aquí.

Tras el período de desconcierto que siguió la « bomba » del XX Congreso, la tendencia más evidente, a mi modo de ver, que se manifiesta en los partidos comunistas europeos es la de solucionar su dualidad contradictoria a favor de sus intereses « nacionales » y no ya, o por lo menos ya no de manera sistemática, a favor de los intereses de Estado de la U.R.S.S. Togliatti, en mi opinión, fue un precursor en este sentido con su teoría del « policentrismo ». Pero si en su « testamento », por ejemplo, seguía teniendo una estrategia internacional (muy discutible, desde luego), en un Amendola, esta estrategia desaparece y se presenta de manera clara y evidente, pese a los tapujos de la tradición y del conservadurismo, la reivindicación central : la participación del nuevo partido « obrero » — logrado tras una fusión de comunistas y socialistas — en el Gobierno burgués, siguiendo el glorioso camino del partido laborista, excelente servidor de los intereses del capitalismo inglés, como todo el mundo sabe y mejor que nadie los propios capitalistas ingleses. Este « aggiornamento » de los P.C. es lento y con muchos zig-zags (como el de la Iglesia, por cierto), debido al propio carácter y estructuras de los partidos comunistas, máquinas torpes y burocráticas y a la mentalidad de numerosos militantes y « cuadros » tan apegados a un pasado *que no ha existido, un pasado idealizado, soñado*, en el que eran — o mejor dicho se creían — la « vanguardia de la clase obrera ». Aunque lenta, la evolución es, sin embargo, real. En Suecia, en Inglaterra, en Austria, los síntomas son evidentes. En Francia, el acuerdo electoral y sus posibles prolongaciones entre el P.C. y la Federación de la Izquierda Democrática y Socialista, no se hubiera realizado si los socialistas no se hubieran percatado de esta evolución antes incluso que muchos comunistas (y si la U.R.S.S. no fuese cada día mejor « aceptada » por amplios sectores burgueses). Así se explica, por ejemplo, que casi todos los P.C. europeos hayan protestado contra el infame proceso de Siniavski y Daniel. Solo los bobos de Coria son capaces de pensar ante estas protestas que los P.C. se democratizan — cuando al mismo tiempo se producen oleadas de expulsiones de militantes no incondicionales. Ocurre sencillamente que en su línea cada vez más claramente « nacional-electoral », un tal proceso les molesta, lo denuncian y tan tranquilos. Pero al hacerlo ponen de manifiesto los cambios ocurridos en el sentido que hemos señalado. Hace diez años o incluso menos, no hubieran podido hacer ese regalo a sus « aliados de izquierda ».

En el terreno de la teoría, la integración de los P.C. a la vida política burguesa, se refleja en el abandono de ciertos dogmas del estalinismo (partido único, realismo socialista, etc.), a la vez que en la censura y expulsión de toda crítica marxista de izquierda o toda crítica de tipo pro-chino (separo adrede las dos posturas) ; se refleja en fin en la recuperación del humanismo burgués y como por casualidad, en sus aspectos más engañosos.

Sería un error considerar que Rusia se alarma sobremedida ante esta independencia muy relativa de los P.C. En realidad, ya no necesita de un movimiento comunista fuerte y absolutamente dócil, como lo necesitaba antes de la última guerra mundial. Y esto no sólo porque está rodeada de países

« amigos » del mal llamado « campo socialista » — que por cierto también tienen sus pinitos de independencia, véase Rumanía —, sino sobre todo, porque es la segunda potencia militar del mundo y cuenta más para su defensa y su prestigio sobre sus bombas atómicas, sus cohetes, y sus « sputniks », que con Carrillo y demás dirigentes comunistas del mundo. Además, la coexistencia pacífica tiene desde el XX Congreso un contenido *en parte* nuevo, que se basa en la posibilidad de acuerdos con los Estados capitalistas⁽⁵⁾. A su vez, los países capitalistas se han dado por fin cuenta de que la U.R.S.S. no representa para ellos una grave amenaza y pueden, por lo tanto, entenderse con este país. Lo que no excluye, evidentemente, contradicciones de intereses y posibles conflictos. Pero ¿no los hay entre países capitalistas? Moscú tolera, pues, la relativa indisciplina de numerosos partidos comunistas, no sin exigir, las buenas costumbres no se pierden fácilmente, que le apoyen en su conflicto con Pekín y en su política de « paz » internacional. El contenido que dan los soviéticos y la mayoría de los P.C. a la coexistencia pacífica siendo perfectamente admitido por amplios sectores de la burguesía internacional, el « seguidismo » en este caso y en estos momentos no plantea graves contradicciones a los P.C. en su política « nacional-democrática ». Podría, por lo tanto, decirse que los P.C. están en un periodo de ascenso *electoral* si la situación internacional no se agrava (con motivo de la Guerra del Viet-Nam, por ejemplo). Desgraciadamente, para ellos, sus repetidos vaivenes, la lentitud de su « aggiornamento », la horrenda mediocridad de sus análisis y programas y toda una serie de otros factores limitarán, creo yo, este ascenso. Pero que tengan o no el « viento en popa », lo importante es saber en *qué dirección van y qué intereses defienden*.

Sería perfectamente erróneo pensar, como los pro-chinos ú otros grupos « extremistas », que se trata de un viraje a la derecha, del abandono de los principios revolucionarios del marxismo-leninismo y demás retahilas. No se pueden traicionar principios que no se tienen. ¿Qué tenía, en efecto, de revolucionario la adhesión incondicional a los intereses de la burocracia soviética, del Estado soviético? Nada. ¿Qué papel revolucionario desempeñó el P.C. español durante nuestra guerra civil? Y de manera general ¿cuándo han desempeñado un papel revolucionario los P.C. de Europa desde el triunfo del estalinismo en la U.R.S.S.?⁽⁶⁾

Por ello los militantes que defraudados por la Meca-Moscú, se precipitan en los grupos pro-chinos, con el religioso afán de encontrar la nueva Meca-Pekín, sin detenerse a analizar el por qué y el cómo de los fenómenos negativos en la U.R.S.S. y demás países mal llamados socialistas — cuyas raíces también se encuentran en China —, no hacen sino repetir los errores que cometieron sus « padres » al someterse incondicionalmente a la burocracia soviética.

No se trata pues de un viraje a la derecha — ni claro, a la izquierda — se trata de una *adaptación*, de una *integración* de los P.C. al sistema político burgués. Antes ya tenían esta ambición, pero chocaban con el obstáculo de ser considerados « agentes de una potencia extranjera » por sus conciudadanos, lo cual les daba un aspecto discrepante, aparte, diferente de los demás partidos. Como hemos visto, si hoy se independizan de la U.R.S.S., los dirigentes soviéticos no sufren graves perjuicios ante esta relativa independencia, debido a su potencia militar y a sus acuerdos comerciales, diplomáticos y hasta políticos, con cada día mayor número de países capitalistas.

Pienso que con lo antes expuesto resulta claro que, para mi, hace muchos años que los P.C. *no representan los intereses revolucionarios del proletariado*. Si han sido los representantes de la burocracia soviética (que explotaba y

explota a los proletarios soviético) cada día aparece más claramente su aspecto « nacional-democrático », mediante el cual pretenden representar de manera más consecuente no los intereses del proletariado, sino intereses « populares », hablando propiamente, *intereses pequeño-burgueses*. Pero intentemos precisar esta opinión en relación con el P.C. español.

CONTENIDO DE LA POLÍTICA DEL P.C. ESPAÑOL

El contenido de la política del P.C. español es clarísimo. A partir del viraje impuesto por la Internacional, que plasmaría en la política de Frente Popular, hasta nuestros días, dicho contenido es « democrático ». Desde la carta a la redacción de « Mundo Obrero » de José Díaz, en aquel entonces secretario general del P.C. (véase A.C. No. 7) hasta el libro del actual secretario general Santiago Carrillo « Después de Franco ¿ qué ? » (para tomar dos ejemplos de textos que nuestros lectores conocen) se insiste tajantemente en la línea *democrática pequeño burguesa*. Ya sé que, para justificar dicha línea, el P.C. parte del presupuesto de que se trata de una *etapa*, impuesta por el hecho de que la revolución democrático-burguesa aún no se ha realizado en España, impuesta asimismo por las necesidades de la lucha contra el fascismo nacional e internacional primero, contra la dictadura franquista después. Pero estos argumentos son falsos. En efecto, ¿ cuáles eran en 1936-39 los intereses del proletariado español ? ¿ Una guerra revolucionaria que de triunfar las fuerzas obreras hubiera significado el triunfo de una revolución socialista ? O, como dice José Díaz en su carta antes mencionada : « El pueblo de España combate... para echar del suelo de nuestra Patria a los bárbaros invasores alemanes e italianos... (...) Combate por la libertad en defensa del régimen democrático y republicano, que es el régimen legal de nuestro país y que permite los *progresos sociales más amplios* » (subrayado por mi L.T.). Para José Díaz, en esta carta, el régimen democrático y republicano, o sea la democracia burguesa, permite los « *progresos sociales más amplios* ». Pero si nos situamos desde el punto de vista de las intereses de la clase obrera, el régimen que permite los progresos sociales más amplios es la democracia obrera, el socialismo y no la democracia burguesa. Hay, pues, dos concepciones diferentes, contradictorias, la guerra en defensa de la democracia burguesa y la guerra revolucionaria por el triunfo de la Revolución socialista. Algunos pensarán, tal vez, que el P.C. adoptaba por *táctica*, una tal posición. Yo pienso que no, y no me baso en esta o aquella declaración, sino en el contenido concreto de la política desarrollada por el P.C. a lo largo de toda nuestra guerra civil. ¿ Cómo puede resumirse esta política ? (1º) Reconstitución de un Estado de tipo burgués. Como es sabido la sublevación militar franquista sacudió violentamente el Estado, el P.C. junto con la mayoría de los demás partidos del campo republicano, en vez de liquidar el Estado burgués y organizar toda la sociedad sobre bases nuevas, se esforzó con mucho ahinco en reconstruir el Estado, sobre bases *burguesas*. Ejército, Policía, Administración, etc. (2º) Defensa radical de la propiedad privada y lucha violenta contra todas las socializaciones y colectivizaciones llevadas a cabo por la C.N.T. y el P.O.U.M. (La reforma agraria tan cacareada, realizada mientras Vicente Uribe era Ministro de Agricultura, no salía del marco burgués y era retroceso o reconocía unos hechos en los que no había intervenido. (3º) Ligado con los puntos anteriores : defensa de la « democracia burguesa » en el terreno político e intento de liquidación (las dos cosas no son contradictorias más que en apariencia) de las organizaciones consideradas como extremistas. Por ejemplo, Mayo de 1937 en Barcelona y los procesos del

P.O.U.M. (4º) Al llevar a cabo una política de «orden» y de defensa de la propiedad y de la legalidad burguesas (aún más incoherente y negativa si se tiene en cuenta que la inmensa mayoría de la burguesía estaba al lado de Franco) el P.C. seguía ciegamente las órdenes de la burocracia soviética, a la que no interesaba el desarrollo de una revolución proletaria en España.

Hay que tener en cuenta que esta es la *base política* sobre la que el partido comunista crece considerablemente en número e influencia durante la guerra de 1936-39. Se me dirá que no tengo en cuenta, para explicar dicho crecimiento, la eficacia del P.C. en el frente y en la retaguardia. Incluso si admitimos dicha eficacia, el problema esencial sigue siendo el mismo: ¿eficacia en defensa de qué intereses? Los del proletariado en todo caso, no.

Después de unos 30 años de franquismo, durante los cuáles el desarrollo del capitalismo ha transformado profundamente las estructuras económico-sociales de nuestro país, que se ha *industrializado*, ¿cómo puede resumirse la política que representaría los intereses del proletariado y cuál es la política del P.C.?

Según Santiago Carrillo en su libro ya citado, la política «democrática» del P.C. se basa en un desarrollo económico ni monopolista, ni socialista. O bien esto no quiere decir nada, o quiere decir una vía de desarrollo premonopolista, una vuelta, si se quiere, al capitalismo del siglo XIX. ¿A quién puede interesar un desarrollo capitalista de este tipo? (Admitiendo que sea posible, hoy, en España.) Carrillo diría a las masas populares, al «pueblo». Dejando de lado la utilización engañosa de los vocablos «pueblo» y «popular», si una política económica ni socialista, ni monopolista, puede interesar a alguien, ese alguien no puede ser más que la burguesía no monopolista y la pequeña burguesía, arrinconadas y hasta aplastadas por el desarrollo monopolista, como por un posible desarrollo socialista. Al proletariado le interesa ir *más allá* que el monopolismo, que, como dijo Lenin, es la «antecámara del socialismo».

Ya sé que el problema es muy complejo y que trato aquí, de manera muy resumida, sólo de algunos rasgos, a mi modo de ver esenciales, de la política del P.C. Creo, sin embargo, que una tal constancia en la defensa de los intereses pequeñoburgueses, desde 1936 hasta nuestros días, no es por parte del P.C., ni una casualidad, ni una «táctica», sino algo mucho más profundo, que nos hace pensar que el P.C. ha abandonado desde hace muchos años la lucha por los intereses revolucionarios del proletariado y en mi opinión, *definitivamente*. Esto no quiere decir, ni que sean conscientes de ello innumerables militantes del P.C., ni que el P.C. no haya desarrollado a lo largo de todos estos años una lucha contra el franquismo. Pero incluso si hubiera desarrollado una lucha cien veces más consecuente y eficaz, no por ello hubiera automáticamente representado los intereses del proletariado, *incluso si la lucha contra el franquismo forma parte, en este periodo, de la lucha del proletariado por su liberación, por el socialismo*. Todo depende, en efecto, del contenido, dinámica y perspectivas de esta lucha. Yo creo sinceramente, que el objetivo del P.C. es luchar por una «democracia» de tipo burgués, más o menos «renovada» (mas o menos política social, como dice Carrillo), en donde puedan tener representación parlamentaria y si es posible hasta gubernamental dejando el «socialismo» — o lo que ellos entienden por socialismo — para un futuro incierto... un poco como los partidos socialdemócratas. Mientras que el objetivo, hoy solamente potencial o sea sin expresión organizada y apenas teórica, del proletariado es insertar la lucha contra la dictadura franquista en un proceso revolucionario de alternativa

socialista al capitalismo monopolista y no la defensa del capitalismo pre-monopolista.

*
**

Hay, sin embargo, un problema — entre otros muchos — que apenas hemos abordado aún en *Acción Comunista*, que desería señalar brevemente; porque me parece fundamental. Numerosos son, en efecto, los que piensan que todo lo que es — o se dice — anticapitalista es automáticamente socialista. Que entre capitalismo y socialismo, no hay posibilidad de regímenes ú organizaciones híbridas, con rasgos capitalistas y rasgos que no lo son. Se confunde gravemente la extensión de los poderes del Estado con el socialismo.

A mi me parece, sin embargo, que la experiencia del desarrollo de la U.R.S.S. y demás países mal llamados socialistas, pone en evidencia la existencia de regímenes que sin ser propiamente capitalistas (aunque solo fuera porque no existe la propiedad privada capitalista) tampoco son socialistas. No es posible, a mi modo de ver, analizar en pocas líneas la naturaleza exacta de dichos regímenes, que llamaremos burocráticos, pretendo solamente recalcar su influencia en los Partidos llamados comunistas.

Al pretender ser los representantes en España de la burocracia soviética, los dirigentes del P.C. español — por ejemplo — no se limitaban a obedecer ciegamente las órdenes de Stalin — y de sus sucesores —. pretendían asimismo ser los representantes de un « nuevo orden » estatal-burocrático, que llamaban socialista, pero que en realidad no tiene nada que ver con el socialismo. La lucha por ese « modelo social » ha impregnado profundamente todos los P.C. del mundo. El contenido reaccionario, dogmático, centralista anti-democrático, de ese « nuevo orden » se encuentra asimismo en todos los P.C., así como la calcomanía de sus excesos : culto a la personalidad del jefe de turno, procesos, etc. Los rasgos esenciales de ese sistema social, no son evidentemente, la extinción del Estado, la propiedad *social* de los medios de producción, la democracia obrera, sino el continuo reforzamiento del Estado, el monopolio político-económico de la clase dirigente, que llamaremos la burocracia, propietaria colectiva de los medios de producción, etc.

« El Estado es el producto y la manifestación de ese hecho, que las contradicciones entre las clases son *irreconciliables*. El Estado surge en el lugar, en el momento, y en la medida en que las contradicciones entre las clases *no pueden* conciliarse. Y a la inversa : la existencia del Estado demuestra que las contradicciones entre las clases son *irreconciliables*. » (Lenin. El Estado y la Revolución. pág. 8. Ediciones en Lenguas Extranjera Moscú. Ed. francesa.) El *reforzamiento continuo del Estado* en la U.R.S.S. y demás países llamados socialistas demuestra la existencia de clases *irreconciliables*. ¿ Cuáles son estas clases y al servicio de cuál de ellas está el Estado y el Partido (en la cumbre Estado y partido se confunden) de dichos países ? ¿ O es que Lenin, que en este caso no hace sino repetir lo expuesto por Marx y Engels, se equivoca rotundamente ? Sería interesante que respondieran a estas preguntas los que opinan que son socialistas los países del llamado « campo socialista »⁽⁷⁾.

Este « modelo social » estatal-burocrático, del que los P.C. querían ser y hasta cierto punto son, los representantes, no tenía, ni tiene, las menores posibilidades de éxito en los países capitalistas industriales. En efecto, el propio desarrollo del capitalismo, su capacidad de aumentar la producción, de paliar las crisis más agudas, de planificar hasta cierto punto, etc. y en los

que el Estado, precisamente, y una serie de capas sociales estrechamente vinculadas a él (tecnocracia, burocracia...) han desempeñado un papel regulador, « modernizador », han superado, o si se prefiere, inutilizado el modelo burocrático, que de manera confusa y contradictoria (no olvidemos su aspecto conservador pequeño-burgués) representaban los P.C. Aunque los partidos « obreros » y en este caso no sólo el P.C., sino también la socialdemocracia, hayan desempeñado directa o indirectamente un papel en la modernización de la sociedad capitalista y en la extensión del papel económico del Estado. Veamos, por ejemplo, la importancia de las nacionalizaciones en Francia, decididas en el momento de la Liberación, por el Parlamento y el Gobierno, de mayoría comunista y socialista, en la modernización de la economía y del Estado francés.

El socialismo, en cambio, no solo no ha sido « superado » sino que constituye la única alternativa real al neo-capitalismo.

Este « modelo social burocrático », ha triunfado en países semi o subdesarrollados, como Rusia y China, logrando en un proceso de acumulación primitiva, de industrialización, sacarles — o reducir — su atraso⁽⁶⁾.

* *

Asistimos actualmente, en los partidos comunistas de los países capitalistas industriales, incluyendo España, paralelamente a un intento de integración en el sistema político burgués, en el sentido antes señalado, al crecimiento de una tendencia que, abandonando el proyecto *teórico* de una revolución que instaure el « modelo social burocrático » de tipo « soviético », empieza a reivindicar la conquista de puestos de mando, en su propio Estado nacional, no con el proyecto de liquidar dicho Estado sino de racionalizarlo, de aumentar su potencia económico-política mediante nacionalizaciones por ejemplo, de modernizarlo. Esta tendencia se ve frenada en el propio seno de los partidos por el peso del pasado estalinista, o mejor dicho por su reflejo adulterado en la mente de muchos « cuadros » medios y dirigentes, y sobre todo por el carácter « popular », pequeño-burgués, que tienen los P.C. de defensa de los intereses de las capas medias, lesionadas por el desarrollo del capitalismo monopolista, que chocan muchas veces, con la tendencia « modernista », tecnocrática de ciertos elementos del P.C. que tienden a racionalizar la economía pasando por encima de dichos intereses pequeño-burgueses. Mientras la burguesía sea capaz de promover su propia tecnocracia, sus propias organizaciones que impulsan la modernización — como el Opus Dei, en España, si se quiere —, esta tendencia « tecnocrática » en el seno de los P.C. permanecerá como el mero proyecto confuso y contradictorio de convertirse en una especie de « administración » de recambio. No es imposible, que en caso de crisis, la « apertura a la izquierda » se extienda en ciertos países hasta los P.C., que desempeñarían en tal caso el papel que en Inglaterra, Alemania, Países Escandinavos, etc., ha desempeñado y desempeña la socialdemocracia.

Me parece asimismo importante tener en cuenta, para comprender la permanencia y desarrollo de los P.C. en diferentes países del mundo, que la llamada « revolución industrial » y sus consecuencias más evidentes, reforzamiento del papel del Estado, aumento considerable del sector terciario, revolución tecnológica, planificación económica, etc., tienen rasgos comunes en los países industriales del Este y en los del Oeste. Estos rasgos comunes dan a su vez, rasgos comunes a dichos partidos, de manera confusa y contradictoria, aunque solo sea porque en los países llamados socialistas, los P.C. constituyen la espina dorsal de la clase dirigente, mientras que en Occidente, están en la

oposición y lo permanecerán mientras el desarrollo del capitalismo, no necesite de la « apertura a la izquierda » de la que hablamos antes. Evidentemente, en los países « socialistas » el papel dirigente, organizador, burocrático de los P.C. resulta evidente, mientras que en Occidente, no es en el seno de los P.C. más que una tendencia que coexiste con otras, pequeño-burguesas y « populares ». Señalemos de paso, que en el propio sector terciario, se manifiestan a la vez las corrientes conservadoras pequeño burguesas y las corrientes « tecnocráticas », « modernistas », ambas representadas no siempre de manera tajante y clara, en los P.C. En este sentido el libro de Carrillo « Después de Franco ¿ qué ? », pretende ser de manera confusa, un intento de conciliación de todos estos intereses contradictorios — y de algunos más — con su programa de « democracia político social ».

Como vemos los intereses revolucionarios del proletariado no están representados en los P.C., ni por cierto en ningún otro partido, en el momento actual. Si el P.C. español participa en la lucha por las reivindicaciones económicas y democráticas actuales, lo hace únicamente con el objeto de forzar su legalidad, primero, su representación parlamentaria y si es posible gubernamental, después. El P.C. no sirve los intereses revolucionarios de la clase obrera, pero se sirve de las luchas obreras, en beneficio de sus propios intereses de grupo, de casta política.

PROXIMOS ARTICULOS : « Estructura y moral de los P.C. ».
— Los Partidos en el poder.

NOTAS :

- (1) Ver en relación con este problema el artículo de Rakovski « Los peligros profesionales del poder », publicado en el No 2 de A.C.
- (2) Empleo el término « nueva clase » en el sentido de la « Carta abierta al Partido Obrero Unificado Polaco » de Kuron y Modzelewski y no en el de Djilas, mucho más superficial. Esta « carta abierta » constituye un importantísimo documento que A.C. piensa editar en breve plazo.
- (3) Considero el término de **burocracia**, algo confuso, porque no refleja a mi modo de ver, más que una de las características de la « nueva clase ».
- (4) No se pueden olvidar, hablando de este periodo, las Revoluciones anti-burocráticas de Polonia y Hungría.
- (5) En parte porque Stalin también firmó acuerdos con países capitalistas. No pienso solamente en Yalta sino también en el Pacto nazi-soviético.
- (6) El papel de los Partidos que han conquistado el poder, en Rusia, China, Yugo-eslavia, etc., será tema de otro artículo y por lo tanto no lo trato aquí más que muy de pasada.
- (7) Del mismo libro « El Estado y la Revolución » reproduzco las siguientes citas : « El proletariado se apodera del poder de Estado y transforma los medios de producción en un primer momento en propiedad del Estado. Pero haciendo esto, se suprime a él mismo en tanto que proletariado, suprime todas las diferencias y oposiciones entre las clases e igualmente al **Estado en tanto que Estado** » (F. Engels. « Anti-Duhring ». Citado por Lenin.)
« La sociedad, que reorganizara la producción sobre la base de una asociación libre e igualdad de productores, relegará toda la máquina del Estado allí donde será a partir de entonces, su verdadero lugar : en el museo de las antigüedades, al lado del torno de hilar y del a hacha de bronce. » (F. Engels. « Origen de la Familia, de la propiedad privada y del Estado ». Citado por Lenin.)
Y para que no haya dudas, Lenin precisa : « Esta extinción (del Estado, LT) (...) Engels la sitúa en el período que sigue a la « toma de posesión de los medios de producción por el Estado en nombre de toda la sociedad », o sea, en el período que **sigue** a la revolución socialista. »

El sindicato que necesitamos

Nuestros compañeros de Madrid nos han enviado el presente trabajo sobre el sindicato que, acompañado de una exposición de la política « sindical » del régimen, ha circulado clandestinamente en España.

No se trata simplemente de ser conscientes de la necesidad de un sindicato libre, democrático, etc.; se trata más bien de saber qué clase de sindicato libre, democrático, etc., necesitamos.

1. - Un sindicato que afirme la autonomía de la clase trabajadora frente al capital y el Estado a su servicio.

Esta exigencia adquiere relevancia especial en el marco del capitalismo monopolista de Estado: este tipo de capitalismo está obligado, a causa de sus « planes de desarrollo » y de su « programación racional a largo plazo », a ganarse la buena voluntad de la clase obrera, a limarle su potencial reivindicativo mediante la POLITICA DE RENTAS.

En primer lugar se condicionan los aumentos de salarios al aumento de la productividad media nacional. Este es el modelo utilizado como guía de la política de rentas en las directivas del plan de Desarrollo. Los aumentos de productividad media nacional operan como márgenes de seguridad del desarrollo capitalista que no deben en ningún caso ser sobrepasados por el nivel de los salarios. Para conseguirlo, el Estado necesita imponer una evolución uniforme y centralizada de los salarios, y la única manera de imponerla es obteniendo la colaboración de los sindicatos — allí donde existen — comprometiéndolos en las decisiones ejecutivas de los organismos del Plan. Cuando — como ocurre en España — el sindicalismo ha sido secuestrado y sustituido por el corporativismo fascista, la anulación de la función reivindicativa, la subordinación de las necesidades a los intereses capitalistas, están conseguidas de antemano.

Pero además el desarrollo capitalista se halla jalonado de crisis periódicas. En el caso de España, cuando la industrialización intenta superar un marco rígido definido por la persistencia de estructuras agrarias semifeudales con la consecuente baja productividad del campo, el constante aumento de los precios, particularmente de los artículos de primera necesidad, pone en peligro el « equilibrio » y la « armonía » de la expansión. Y la muestra del alto grado de utilización del Estado por el capital monopolista es la creciente intervención de aquel para asegurar la estabilidad del desarrollo y disminuir el riesgo de las crisis mediante la política anticíclica. Sus expedientes más clásicos — contención del gasto público, restricción del crédito y congelación de los salarios — han puesto fin en 1959 y en 1966 a los dos impulsos de desarrollo bajo la paz franquista, el iniciado en 1951 y el que arranca en 1961. Como condición indispensable para digerir sus crisis, el capitalismo debe bloquear en un momento dado el nivel de los salarios, fijando autoritariamente límites que no pueden ser rebasados (en la actualidad el 8 % anual, por acuerdo del Consejo de Ministros de 11 de febrero de 1966). En este caso hasta el sistema de los convenios colectivos es puesto en tela de juicio cuando no condenado a la inoperancia total.

Esta subordinación de las necesidades humanas concretas — de alimentación, vivienda, vestido, educación, etc. — a los intereses abstractos del sistema es lo que las clases dominantes españolas defenderán con uñas y dientes frente al movimiento popular español. Es lo que las clases capitalistas de los países avanzados intentan implantar o han implantado ya.

El sindicalismo no puede perder la conciencia de sí mismo, de LO QUE ES aun en la más nimia de sus manifestaciones reivindicativas : la expresión de necesidades vivas humanas frente a los intereses petrificados del capital y del Estado a su servicio. Sea cual sea la ideología que informe al sindicalismo, tenga o no conciencia de ello, este es quien registra la lucha de clases en toda su pureza y se presenta como refutación práctica de los llamamientos demagógicos a la « armonía entre capital y trabajo ». Si, por tanto, el sindicalismo se constituye como denuncia del sistema en el que los hombres son tratados como mercancías, una doble exigencia debe animar los esfuerzos de los elementos más sensibles y combativos del proletariado.

A) El rechazo absoluto de toda ilusión acerca del carácter « neutral » del Estado. Su creciente intervención en la vida social podría hacer creer que desempeña la función imparcial de « representante del bien común » como le adjudica cierta fraseología. Por el contrario, en el sistema del capitalismo monopolista de Estado, el poder, cualquiera que sea su forma — fascista, monárquica o republicana — es más que nunca el instrumento ejecutivo de los grandes intereses aunque en determinados momentos, como hace el tutor con el pródigo o el despilfarrador, pueda ocasionarle molestias en su propio beneficio. Y no solamente ésto. El Estado, se ha dicho, « ya no es sólo el instrumento político de la clase dominante, sino su más poderoso instrumento económico ; y lo es, no sólo en cuanto órgano de dirección, sino como gigantesca empresa económica que abarca desde la esfera de la producción... hasta la de las finanzas, pasando por el comercio exterior, la investigación científica, etc. ». Este Estado no puede imponer sino expresar los imperativos antidemocráticos de todo monopolio ; tenderá en cualquier caso a convertir el instrumento de la autonomía del proletariado en una corporación de derecho público.

De aquí la necesidad de impugnar con firmeza toda clase de arbitraje, toda tentativa de resucitar los comités paritarios, todos los supuestos controles « neutralizados » con que el capitalismo — en nombre del « bien común » o de los « intereses de la nación » — intenta entorpecer la marcha del pueblo hacia la conquista de su autonomía o intenta suprimirla una vez conquistada.

B) Pero los peligros que amenazan tales conquistas no provienen de una perversidad especial de nuestros grandes banqueros y tecnócratas. La domesticación del sindicalismo es un hecho consumado en Norteamérica — país en donde el proletariado se halla mejor organizado sindicalmente —, en Alemania e Inglaterra. Y en estos dos últimos países han sido precisamente los partidos socialdemócratas, de tipo laborista, en su papel de administradores del capitalismo, los vehículos de la integración. Es estos momentos es el propio partido laborista inglés en el poder, el que impone a las Trade Unions una férrea política de rentas « para salvar la nación ».

Por otra parte, el desplazamiento de este tipo de partidos hacia sus modernas posiciones de ala izquierda del sistema, el reclutamiento de sus bases entre las capas terciarias y pequeño-burguesas (hecho evidente incluso en nuestro país) deja un hueco que viene a llenar la izquierda comunista tendente hoy a constituirse en partido de masas heredero de las perspectivas de la socialdemocracia clásica. Su aislamiento y su vinculación a la línea de coexistencia pacífica soviética les impone a los partidos comunistas la elaboración de estrategias de « amplios frentes democráticos » abocados a planteamientos parlamentarios (hecho también evidente en nuestro país). Experiencias históricas como la del Frente Popular Francés, la gestión del P.C.F. frente a los movimientos sindicales de 1946, la subordinación en la actualidad de toda acción sindical a las reglas de la cocina parlamentaria, demuestran que no puede establecerse una distinción clara entre los partidos comunistas — en lo que se refiere a autonomía sindical — y el comportamiento típico de la socialdemocracia tal como lo encarnó en nuestro país el P.S.O.E.-U.G.T. antes de la guerra.

Por todo ello, el proyecto sindicalista español debe afirmar desde sus principios su AUTONOMIA CON RESPECTO A TODOS LOS PARTIDOS, CONFESIONES O SECTAS. Y ELLO NO SIGNIFICA DESENTERRAR EL APOLITICISMO. Por el contrario será más necesaria aún que antes una relación constante y una proyección conjunta del sindicalismo y de los partidos políticos en base a puntos concretos, delimitados con precisión. Ello no obsta al mantenimiento de su independencia respectiva.

En realidad, la autonomía reivindicativa del sindicato, al expresar sin trabas de ningún género las necesidades insatisfechas que susciten una toma de conciencia radical, sería el medio más eficaz de impulsión de una POLITICA AUTENTICAMENTE SOCIALISTA QUE PUSIESE DIARIAMENTE EN PERSPECTIVA LA AUTOGESTION POR LOS TRABAJADORES DE LOS MEDIOS DE PRODUCCION Y CAMBIO. El haber considerado el sindicato como simple «correa de transmisión» de una política guiada por la obsesión del escaño (que por el mecanismo de inevitables compromisos debía restringir o anular, sobre todo en coyuntura de crisis económica, la autonomía sindical), ha contribuido extraordinariamente a esterilizar a la izquierda europea.

2. - Un sindicato unitario.

No es «prematureo» plantear desde ahora mismo la necesidad apremiante de organización de la clase obrera en un sindicato unitario, y, por tanto, de la lucha contra la C.N.S. con vistas a la construcción de ese sindicato. Y ello por dos razones:

a) Hoy, la UNIDAD ACTIVA de la clase trabajadora es condición indispensable de la conquista de una REAL autonomía sindical contra todos los intentos de absorción.

En efecto, no vemos como podrán ser combatidos con éxito tales intentos si no se promueve el nacimiento de ORGANOS UNITARIOS DE CLASE en todos los centros de trabajo, si no se fomenta su EXTENSION Y ENLACE a todos los niveles (de ramo, local, provincial, etc.). Solo la elevación del nivel actual de comisiones obreras a la función de AUTENTICOS COMITES UNITARIOS DE LUCHA SINDICAL, con programas reivindicativos específicos para cada caso y un PROGRAMA COMUN de conquistas de derechos y garantías políticas, es capaz de suscitar el apoyo de todos los trabajadores y de educar su conciencia. Sólo esta forma unitaria de organización, animada por los trabajadores más conscientes, puede asegurar desde la clandestinidad el apoyo y dirección que precisan los representantes sindicales para no ser absorbidos en el combinado vertical, para explotar en beneficio de TODA la clase obrera las posibilidades que la C.N.S. se ve obligada a conceder, para llenar, en tanto que elementos fieles a la clase obrera, los huecos que deja la descomposición de la C.N.S.: huecos que de otro modo serán ocupados por los oportunistas. Sólo unas comisiones que integren a TODOS los miembros más combativos de la clase obrera y que sean, por tanto, capaces de hacer efectiva su autoridad sobre ella, podrán planear la utilización de todas las armas — desde la vía legal a la manifestación, pasando por el tortugismo y la huelga en todas sus formas —, combinando la acción legal con la ilegal, proporcionando al movimiento de masas una amplitud tal que pronto sea innecesaria aquella distinción ante la impotencia de unas fuerzas represivas desbordadas por el volumen de la iniciativa popular.

b) Mañana, el sindicato obrero unitario va a ser el único poder democratizador capaz de quebrantar las inevitables tendencias dictatoriales del capital monopolista cualquiera que sea su forma política de dominación. La configuración del sindicalismo condicionará decisivamente las posibilidades de la democracia en España durante toda una etapa.

En la medida que la plena autonomía reivindicativa, el sindicalismo libre, no es

posible sin un esfuerzo unitario de largo aliento para la CONQUISTA de los derechos de asociación, reunión, expresión, huelga, así como de garantías contra la represión y la arbitrariedad. Y en la medida en que no podrá MANTENER Y ELEVAR SU PODER sin la movilización permanente de toda la clase obrera frente a las maniobras tendentes a negar y desfigurar aquellos derechos y garantías; la unidad sindical se revela como el contrapeso democrático real que ninguna facción de la burguesía puede ni le interesa asegurar.

En 1931 era posible todavía que las facciones progresistas de la pequeña y media burguesía — iluminadas por un narcisismo voluntarista que no tardarían en lamentar — disputasen porciones del poder político a la oligarquía. Hoy, la concentración monopolista y su contrapartida, la creciente proletarización, incapacitan a estas clases para la elaboración de un proyecto político REALMENTE independiente con respecto al capital monopolista (aunque en Cataluña sin duda adoptarán posiciones más libres). En consecuencia, la lucha por la democracia es la lucha por transformar la unidad material — unidad en la explotación — de los trabajadores, hoy encuadrada y pasiva, en unidad libre y activa para la supresión de la explotación. Y es el sindicato la única organización de la clase obrera que puede materializar ese proyecto unificador si se acierta en estos momentos a preparar las condiciones de su despliegue. Por todo ello, es posible saber HOY MISMO quiénes están a favor de la democracia y quiénes están contra ella a pesar de sus encendidas protestas de « progresismo ».

3. - Un sindicato democrático que realice el autogobierno de la clase obrera y POSIBILITE LA PARTICIPACION en todas las funciones de responsabilidad de cuantos trabajadores puedan servirla mejor. Es asimismo exigencia democrática del sindicalismo español su ESTRUCTURA CONFEDERAL — como federación de federaciones — que evite el peligro mortal de una excesiva centralización y al mismo tiempo exprese las diversas particularidades nacionales, prefigurando el único federalismo que hoy puede defenderse honestamente: un federalismo de contenido proletario.

4. - Un sindicato revolucionario, que aborde la satisfacción de NECESIDADES TOTALES de la clase obrera, asumiendo el proyecto propugnado por el Congreso Obrero de 1870: « Conquista de los medios de producción de los trabajadores para liberarse de la tiranía salarial ».

El sindicalismo revolucionario no es sino el desarrollo hasta el límite de las posibilidades que encierra aún el sindicato más integrado en el sistema, aún el sindicato más reaccionario, o, lo que es igual, el sindicato de « participación ». Este tipo de sindicatos, absortos en las reivindicaciones salariales, no son sino la expresión insuficiente y parcial de lo que el sindicalismo revolucionario expresa en toda su amplitud.

El sindicalismo revolucionario no solo es consciente de que el capitalismo pone en marcha inevitablemente el mecanismo de contradicciones que han de provocar su extinción y engendra — en la clase de los asalariados — a la única clase que puede superarla si aprovecha aquellas contradicciones. Es además el sindicalismo, consciente de que el propio capitalismo crea las formas superiores de relación social que PUEDEN sustituirlo en el mismo momento en que promueve el surgimiento — espontáneo o semiespontáneo — de los sindicatos obreros.

Será NECESARIO entonces que estos sindicatos tengan bien clara la TEORIA de lo que son, que superen a toda costa el origen « espontaneísta » que los condena a ser una mera pieza del sistema, que lleguen a ser auténticos instrumentos de liberación de la única clase cuyas necesidades no pueden satisfacerse totalmente dentro del marco capitalista, oponiéndole un nuevo MODELO SOCIAL del que el sindicato es elemento fundamental en tanto que organización de la « producción

como producto de hombres libremente asociados y que ejercen un control consciente y metódico sobre ella». El sindicato habrá también de JERARQUIZAR UNA SERIE DE OBJETIVOS INTERMEDIOS, de modo que el objetivo final se refleje en la diaria tarea reivindicativa y, a la inversa, «se haga asomar en el horizonte de ésta el objetivo lejano como su sentido ya presente».

Si la contradicción fundamental que define al capitalismo es el hecho de una producción cada vez más social y que, sin embargo, se apropia privadamente, el sindicalismo es la manifestación más neta de esta contradicción en la medida que enfrenta permanentemente las necesidades sociales insatisfechas al beneficio privado. Por esta razón «es en él donde toman cuerpo... las reivindicaciones revolucionarias en su verdad y en su sentido (si no lo son en su contenido inmediato): la reivindicación de someter la producción a las necesidades, la manera de producir a las exigencias humanas de aquellos que producen, el capital a la sociedad. Es en él solamente donde puede forjarse desde ahora el hombre socialista: el «trabajador asociado» a los otros trabajadores para reglamentar la producción y los cambios, el productor dominando el proceso de producción en vez de estarle sometido, el hombre de la praxis creadora. El socialismo será muy poca cosa — y quizás ni será — si no es en primer lugar estos hombres, si no es un nuevo orden de prioridades, un nuevo modelo de consumo, de cultura, de colaboración social»⁽¹⁾.

El VALOR PROPIO del sindicalismo, la razón profunda que fundamenta su independencia con respecto a los partidos — lo cual no excluye la colaboración con ellos — es su posibilidad de proponerse como PROGRAMA POLITICO AUTONOMO el llegar a ser lo que ya es: la prefiguración de una nueva sociedad con base en la apropiación colectiva en los medios de producción y distribución y en su control «desde abajo» en manos de los productores intermedios.

Todo esto está dicho desde hace tiempo en nuestro país. Es preciso, sin embargo, ajustarlo a la realidad concreta, dotarlo de los medios de su realización. De aquí la necesidad de no confiar en las reivindicaciones — ni siquiera en la etapa actual — para la maduración de la conciencia popular que el sindicalismo debe suscitar a través de la constante pedagogía de la acción.

En 1934, en el marco del atraso y la escasez del país agudizados por la gran crisis internacional, era posible convertir una demanda reivindicativa en una epopeya revolucionaria inmediatamente abocada a la insurrección. Hoy aun siendo absolutamente necesaria una enérgica presión sobre los salarios y la jornada de trabajo, solamente la movilización de la clase obrera hacia los derechos y libertades de organización y expresión que precisa para la CREACION GRADUAL O BRUSCA DE PODERES AUTONOMOS dentro del sistema — pero que de algún modo prefiguren su superación; es decir, la autogestión — conseguirá evitar que el proyecto sindicalista revolucionario no se reduzca a mero verbalismo.

ORIENTACIONES

A) Las luchas que en un futuro inmediato van a desarrollarse hacen totalmente precisa la minuciosa elaboración de PROGRAMAS DE COMISION OBRERA, en los que se recojan los problemas específicos de cada centro — y, a un nivel superior, de cada ramo o localidad — junto con las reivindicaciones generales que proporcionan la unidad de la clase obrera en su lucha por la conquista de libertades sindicales. La preparación y la discusión de tales programas, con la participación del mayor

(1) Introducción al libro de Andre Gorz, «Stratégie ouvrière et néo-capitalisme», Editions du Seuil, Paris 1964; traducido a la lengua catalana por la revista Política Nova, febrero de 1966.

número posible de trabajadores, constituye una exigencia de la función educativa que deben desarrollar las comisiones obreras. Como objetivos generales pueden señalarse: REVISION DEL SALARIO mínimo (a 300 pesetas para jornada normal de trabajo); AUTENTICA IGUALDAD SALARIAL ENTRE EL HOMBRE Y LA MUJER y respeto de los derechos laborales de la juventud; ESCALA MOVIL DE SALARIOS (es imposible generalizar pero en todo caso debe exigirse su actualización basada en la REVISION ANUAL del aumento del nivel de vida para evitar acumulaciones prolongadas en manos del capital; eliminación de los CONTRATOS LLAMADOS EVENTUALES y freno a la modalidad de despido justificada en sospechoso EXPEDIENTE DE CRISIS; garantía de empleo a los trabajadores mayores de 35 años y a los titulares de familia numerosa; SINDICATO LIBRE Y DEMOCRATICO; DERECHO DE HUELGA; plenas garantías de LIBERTAD, INDEPENDENCIA Y SEGURIDAD PARA LOS REPRESENTANTES SINDICALES; CONTROL DE MUTUALIDADES, MONTEPIOS Y UNIVERSIDADES LABORALES etc.

B) Es asimismo importante incluir en los citados programas reivindicaciones que expresen las necesidades totales de los trabajadores, que impliquen un quebranto del poder omnímodo de las empresas y, en consecuencia, una ampliación del PODER OBRERO y de su capacidad de gestión. Acciones que incidan en las condiciones de higiene y seguridad del trabajo, demandas de gestión de comedores y economatos, etc., todas ellas con el doble fin de hacer ver a los trabajadores la necesidad de un sindicato que sirve para algo más que para la simple negociación de convenios y hacer ver, además, a la empresa que tiene enfrente, no tanto una plataforma más o menos clandestina con la que sin embargo puede negociar tranquilamente, como una voluntad organizada de autonomía.

La proposición de estas reivindicaciones no debe plantearse como consecuencia de un hecho — ejemplo, un accidente de trabajo — que entrañe posibilidades conflictivas, sino que tales hechos deben presentarse como demostración palpable y culminación de toda una campaña de revelaciones y denuncias. Por otra parte tales acciones deben caracterizarse por su movilidad constante hacia niveles más elevados, de lo contrario el capital procederá a absorberlas.

C) Un auténtica campaña electoral exige que se pongan a disposición de los candidatos cuantos medios de difusión existan. En las elecciones de enlaces y vocales jurados deben utilizarse los locales del sindicato y de las empresas. Debe afirmarse, igualmente, el derecho de control de los trabajadores de todas las fases del proceso electoral.

Tanto con vistas a las elecciones como a las acciones posteriores son indispensables la libertad de reunión en los locales del sindicato de cualquier grupo de trabajadores que lo solicite, y la cesión de los locales por parte de las empresas para que puedan celebrarse asambleas de trabajadores.

D) Como necesaria contrapartida del apoyo y dirección de las comisiones ha de fijarse una LINEA DE ACTUACION DE LOS FUTUROS REPRESENTANTES SINDICALES que puede sintetizarse en tres puntos de rigurosa observancia:

1. Deber de REPRESENTAR AUTENTICAMENTE cuantas iniciativas y sugerencias eleven los trabajadores.
2. Deber de CESAR EN EL CARGO cuando lo exija la mayoría de los trabajadores por razón de representación.
3. Deber de INFORMAR a los trabajadores de cuantos asuntos se están gestionando.

La cuestión sindical

Hace algún tiempo que toda la oposición se ha dado cuenta de que uno de los terrenos en que el enfrentamiento con el franquismo es más rentable es aquel en que los intereses de los obreros chocan inevitablemente con la estructura totalitaria. La principal justificación del franquismo desde el punto de vista capitalista, estriba en proporcionar a la burguesía española o extranjera, una mano de obra bien domada por sus diversos mecanismos represivos, de los que quizás los menos importantes sean los que se ven más. Menos, por ejemplo, la guardia civil, que esas escuelas técnicas o « universidades laborales » controladas por el clero. (...)

Es extraño que tantos partidos que se proclaman obreros hayan descubierto su vocación sindicalista con tanto retraso, pero la explicación está en el concepto que tienen del sindicato como « correa de transmisión » o instrumento del partido. Para ellos, lo primero, es construir el partido, y luego, a partir de algunos activistas obreros crear una organización más o menos fantasmal que repercute en el medio obrero las consignas de los dirigentes. Por eso la principal cualidad de ese sindicato es la docilidad y la subordinación a la política general del partido.

En contra del « sindicato » fascista, simple aparato de dominio de un capitalismo raquítico sobre la clase obrera, e ignorando los intentos de encuadramiento con « fines trascendentes » de los partidos « obreros », el proletariado español se vió obligado, para defenderse como clase, a inventar el verdadero sindicalismo. Naturalmente, esto hizo que este sindicalismo empezara muy por debajo de lo que un país de las características socioeconómicas de España permitiría realizar bajo un régimen liberal. Las Comisiones Obreras — pues naturalmente, a ellas nos referimos — carecen incluso actualmente, no sólo de una verdadera organización nacional, sino que la visión de los problemas no llega en ocasiones más allá del los muros de la fábrica (...)

Los partidos a los que me refiero no se puede decir que hayan sacado ninguna lección de esta creación autónoma de la clase obrera española, sencillamente, han visto en las Comisiones el « maná » que — inquebrantablemente convencidos de la posesión de la verdad — esperaban merecer de sus peculiares providencias. Desdénando los montajes fantasmales por un momento, ordenaron a sus militantes la incorporación en las comisiones, o la creación de aquellas en los lugares donde no existiesen : oficiales sin soldados, habían encontrado por fin sus tropas. Las C.O. se presentaban además como excelente « caldo de cultivo » donde poder desarrollar los gérmenes de sus organizaciones esqueléticas. Con su concepto de la actividad sindical, en vez de procurar comprender e integrar las reivindicaciones obreras en su actividad política, en vez de « escuchar a la base » se han dedicado a manipularla, a veces en beneficio exclusivo del aparato de propaganda exterior.

El P.C.E., con cuadros obreros, una red de amplitud nacional y buenos voceros en el exterior, no ha tardado en cantar sus propias glorias a través de las C.O. El aislamiento de las Comisiones locales ha hecho que los contactos entre distintas ciudades hayan tenido que pasar, a veces, a través de la red del P.C.E. Los militantes del P.C.E. eficazmente apoyados por su aparato propagandístico han sido convertidos en los « líderes » indiscutibles del movimiento. Lo que no quiere decir que estos hombres sean meros fantoches, ni carezcan de valor, sino que, favorecidos por la propaganda del partido, tienden a hacer perder de vista un movimiento del que eran parte integrante y valiosa, mientras otros militantes de sus mismas cualidades pero más independientes quedan en la sombra.

Así se ha iniciado una especie de « degeneración » de las C.O., donde las

decisiones se toman cada vez con más frecuencia por unos pocos, a través de « votaciones de confianza » sin sorpresas posibles, y al mismo tiempo la propaganda del régimen encuentra cómodo el presentar a las C.O. como « correas de transmisión » de los designios tenebrosos de capitales exóticas.

La reacción que esta situación ha producido en algunos militantes revolucionarios ha sido la de inspirarse en esta « brillante » actuación del P.C.E. para crear un « verdadero sindicato revolucionario ». Es decir lo mismo, pero más « a la izquierda ». Es un error fatal que, afortunadamente, creo que ha sido comprendido. Sería recaer en la triste tradición de la falta de autonomía sindical, en la subordinación a grupos políticos más o menos acertados en el planteamiento de los problemas, en la fabricación de otra « correa de transmisión ».

Por el contrario, toda una constelación de grupos, subgrupos y escisiones diversas, han visto en la fabricación de un chisme llamado Federación Sindical Democrática, una manifestación brillante de « unidad ». Todos los productos de desintegración del P.S.O.E., galvanizados o no, ciertos grupos procedentes de las organizaciones obreras católicas, la tristemente célebre A.S.O., que muere, se la entierra y resucita varias veces por trimestre, dejando en cada una de estas metamorfosis algunas plumas que se convierten a su vez en organizaciones, cuya única señal de vida es un manifiesto ; en fin, toda esa fauna que bulle en torno a las agencias de prensa extranjeras y a las organizaciones sindicales internacionales de Occidente, en busca de rey, se han puesto de acuerdo en crear unas comisiones obreras buenas, democráticas « de veras », es decir... sin el P.C.E.

La idea no es muy original y los « gobiernos » de la República la experimentaron demasiadas veces (...)

Todo esto podía dar motivo a una farsa picaresca, si no se tratara de algo muy serio. Las C.O. son una creación auténtica del proletariado español en su oposición a la dictadura, con un futuro que puede ser brillante ante sí. Pero exigen ser superadas para constituir un sindicato democrático de todos los trabajadores españoles. Un sindicato que abarque a toda la clase obrera de la nación sin ninguna exclusión por razones políticas, ideológicas o religiosas. Sin otra exclusión que la de aquellos que han colaborado y colaboran con los enemigos de la clase obrera. Un sindicato independiente de los partidos políticos, porque su función es diferente de la de un partido político.

Para llegar ahí, hace falta que las C.O. se doten de una estructura más amplia, lo que implica no sólo superar la parcelación de las reivindicaciones, sino señalar objetivos comunes a toda la clase obrera española, de los que el primordial es la libertad de elección de toda clase de representantes en un sindicato exclusivamente obrero y totalmente ajeno, no sólo al Estado fascistoide actual, sino a un futuro democrático burgués.

Al mismo tiempo, es deber de todo militante obrero preservar fanáticamente la autenticidad de la representación y su responsabilidad efectiva en todo momento. La desaparición total de los « votos de confianza ». El elevar el nivel de las reivindicaciones por encima del « ganar unos duros más » (...)

Madrid, 10 de abril de 1967.

J. C.

Nota : La gran extensión de esta interesante carta nos ha obligado a reducirla mucho. Rogamos a nuestros lectores y a nuestro amable corresponsal que nos disculpen por ello.

¿Que ocurre en China?

por Federico Ramos

Los acontecimientos que han tenido lugar en China durante el mes de Enero han llenado de perplejidad a un buen número de personas, marxistas o no. En efecto, las noticias que llegaban de Pekín, Changai y otras ciudades chinas parecían indicar que se estaban produciendo desórdenes graves, hasta el punto que algunos creyeron poder afirmar que la China se encontraba al borde de la guerra civil.

Conviene analizar las fuentes y el origen de estas informaciones. En su mayoría proceden de carteles colocados en las calles de Pekín y que son traducidos sobre todo por los corresponsales de prensa japoneses. En la ausencia de una información oficial sobre los acontecimientos, la única información que llegaba a Europa Occidental procedía pues de un reducido número de periodistas que a su vez no eran testigos de los acontecimientos, sino que recogían su información de periódicos murales escritos por los guardias rojos, quienes a juzgar por su edad y estado de ánimo no constituyen precisamente una garantía de objetividad. Por otra parte, el objetivo de estos periódicos murales es precisamente movilizar las masas y por consiguiente es natural que su tono sea exaltado. Tal vez consiguieran agitar las masas chinas. En todo caso agitaron los especialistas occidentales.

Parece sin embargo indudable que la Revolución Cultural encuentra obstáculos serios. Indices seguros de ello — aparte de los periódicos murales más o menos exaltados — son las manifestaciones que han tenido lugar en algunas ciudades de China, los incidentes entre guardias rojos y obreros, las escasas declaraciones oficiales, entre las cuales merece la pena destacar la declaración moderadora de Chu-En-Lai en el sentido de « cubrir » a algunos — no a todos — los miembros de su gobierno, que habían sido objeto de críticas y la comunicación del Comité Central del Partido felicitando a los obreros y masas de Changai por haber asestado un « golpe decisivo » a la oposición « burguesa y derechista ».

Entre las múltiples hipótesis emitidas para explicar estos sucesos, citaremos las dos que nos parecen más plausibles.

(1) Se trata en realidad de una lucha por el poder entre dos grupos, uno dirigido por Mao-Tse-Tung (Presidente del Partido) y Lin-Piao (Jefe supremo de las fuerzas armadas) y el otro dirigido por Liu-Sao-Chi (Presidente de la República) y Teng-Siao-Ping (Secretario General del Partido).

Esta lucha por el poder empezó, al parecer, en 1958, durante el Pleno del C.C. del Partido Comunista Chino. En dicha reunión, Mao-Tsé-Tung se encontró en minoría, por lo cual se vió más o menos forzado a retirarse, conservando como único cargo el de Presidente del Partido, título de carácter más bien honorífico. El poder real pasó a manos de Teng-Siao-Ping y Liu-Sao-Chi. Desde entonces Mao-Tse-Tung vivió relativamente retirado de la política, en Yenan o en Changai, lo cual explicaría sus escasas apariciones en público.

A partir de esta hipótesis pueden explicarse las grandes discusiones que tuvieron lugar sobre el carácter del ejército, es decir sobre la alternativa ejército moderno profesional o ejército popular, sobre el desarrollo económico



(prioridad a la industria o a la agricultura, incentivos materiales o incentivos ideológicos a la producción), sobre las Comunas Populares (generalización o no), sobre la política exterior (fracaso de Indonesia), etc...

Las acusaciones publicadas contra la « oposición » revisten un carácter sumamente vago. Se les acusa de querer restaurar el capitalismo en China, se les tacha de derechistas y agentes disfrazados que han conseguido infiltrarse en el Partido etc... acusaciones que revisten un cierto carácter « clásico ». Más precisas son las que se han hecho contra los intelectuales. En un editorial publicado el 18 de Abril de 1966 en el Periódico del Ejército de Liberación se ataca, entre otros, a los partidarios de una « literatura auténtica », pues estos escritores se proponían « pintar con oscuros colores nuestra espléndida sociedad socialista » ; a los partidarios del « amplio camino hacia el socialismo », los cuales « deseaban que los escritores abandonaran la orientación obrero-campesino-soldado y exploraran nuevos campos que proporcionarían un horizonte ilimitado a su creatividad » ; a los partidarios de los « caracteres intermedios », cuyo principal representante era Sao-Chuan-Lin, el cual « calumnió a la gran mayoría de nuestros campesinos pobres y medios afirmando que se encontraban en una « situación intermedia », vacilando entre el socialismo y el capitalismo ». Este último reproche reviste especial interés si se enfoca desde el punto de vista de la primera tesis, es decir la tesis que afirma que el proceso que se desarrolla actualmente en China es un proceso de lucha por el poder. En todo caso podría indicar un cierto apoyo popular para las tesis que se oponían al « Gran Salto Adelante » y a los incentivos ideológicos.

Siguiendo con esta primera hipótesis, los recientes acontecimientos pueden suponer una agudización de la lucha por el poder cuyo resultado final es muy indeciso. En esta batalla, Mao, partiendo de una posición minoritaria, habría lanzado el movimiento de los guardias rojos, primero entre los jóvenes (y al margen de las organizaciones oficiales de juventud) porque era éste el terreno que se le presentaba como más favorable. El próximo paso trataría de crear un movimiento análogo al de los guardias rojos entre la clase obrera, pero es justamente al intentar extender el movimiento a la clase obrera cuando se han producido los primeros choques violentos. La batalla indecisa por el momento puede ser decidida por la intervención del ejército. En tal caso, si se considera representativa la actitud de Lin-Piao, Mao tendría la partida ganada.

Esta hipótesis puede efectivamente explicar buen número de sucesos, pero no permite ir más allá de una explicación superficial debido a la falta de información con respecto a un punto esencial : sobre qué base se producen las divergencias. En principio todos se declaran antirrevisionistas, antirreaccionarios, partidarios de la « línea de masas » (« Del pueblo y para el pueblo ») etc... Es decir, que de existir divergencias sobre puntos fundamentales éstas se manifiestan actualmente en sutilezas teológicas de lenguaje cuya clave aún no poseemos.

Todo ello transcurre en un clima de veneración violenta de Mao-Tse-Tung. En el mes de Julio de 1966, Pekín anunciaba al mundo la gran noticia : el Presidente Mao había atravesado a nado el río Yangtsé, desafiando el viento y las olas. « Transportada de alegría, por la población (de Wuhan), hombres y mujeres, viejos y jóvenes, corrió de boca en boca la siguiente exclamación : ' ¡ Así pues, nuestro repetado y amado líder, el Presidente Mao, goza de muy buena salud. Ello constituye la máxima alegría para todo el pueblo chino y para los pueblos revolucionarios del mundo entero ! ' »

Tales declaraciones no parece que contribuyan demasiado a construir una sociedad parecida a la que Marx predijo hace un siglo. Pero esto constituye un problema aparte. En cualquier caso, el tono de la prensa oficial no con-

tribuye mucho a esclarecer sobre qué base se producen las divergencias entre los dirigentes chinos.

(2) La segunda explicación de los acontecimientos del mes de Enero de 1967 sería la siguiente : ante la amenaza — real o imaginaria — de una vuelta al capitalismo cuya primera etapa sería la instalación en China del revisionismo, Mao lanzó la Revolución Cultural en la Primavera de 1966. Este movimiento se dirigió primero a los jóvenes, lo cual explica su éxito inicial, así como el carácter fanático y entusiasta de su primera fase. Durante la fase « Revolución Cultural de la juventud » se producen algunos choques, en general secundarios. Sin embargo, es precisamente en el momento en que el movimiento de los guardias rojos se intenta extender a los obreros cuando empiezan a producirse afrontamientos más serios. La oposición a los guardias rojos vendría pues de una parte de la clase obrera, de los restos de burguesía, de los cuadros del Partido más o menos burocratizados que temerían perder sus puestos.

Así pues, Mao no habría perdido en ningún momento el control del poder. En la Primavera de 1966, ante el peligro de una burocratización del P.C.Ch. se decide a lanzar un amplio movimiento antiburocrático, evidentemente desde fuera del Partido. Esto explica la creación de los guardias rojos, su relativo control o encuadramiento por el ejército y las dificultades que siguieron. La justificación teórica de este movimiento, tal y como lo presentan los documentos chinos, es la siguiente : en el período de construcción del socialismo subsiste la lucha de clases. Los representantes de la burguesía pueden lanzar en cualquier momento una ofensiva cuyo objetivo inicial sería la instauración del revisionismo « a lo Jruschef » para pasar posteriormente al capitalismo. Estos representantes de la burguesía están en todas partes, incluso en el Partido. Es por consiguiente importante desenmascararlos y neutralizarlos.

« En la actualidad nuestro objetivo es luchar contra aquellas personas que aun siendo autoridades han cogido el camino del capitalismo, y aplastarlas ; criticar y repudiar las « autoridades » académicas burguesas y reaccionarias así como la ideología de la burguesía y demás clases explotadoras ; transformar la educación, la literatura, el arte y todos los componentes de la super-estructura que no corresponden a la base económica socialista, de tal forma que se facilite la consolidación y el desarrollo del sistema socialista » (Decisión del C.C. del P.C.Ch. concerniente a la Gran Revolución proletaria y Cultural, adoptada el 8 de Agosto de 1966).

Orientada en esta perspectiva, parece natural que la Revolución Cultural encuentre dificultades. Los dirigentes chinos, conscientes de esta posibilidad, declaraban, entre otras cosas, en el comunicado final de la 11 Sesión Plenaria del Octavo C.C. del P.C.Ch. (L2-VIII-66) que « no había que temer al desorden ». Ello significa que eran consecuentes con sus propias hipótesis, puesto que si los elementos burgueses son lo suficientemente fuertes como para tener que lanzar contra ellos una gigantesca campaña de masas, es natural que dichos elementos opongan resistencia creando desórdenes y agitación.

Parece sin embargo que la importancia de los elementos « burgueses y reaccionarios » ha sido aumentada sistemáticamente. A primera vista parece difícil creer que en China, tras 18 años de revolución, la burguesía esté en condiciones de lanzar una ofensiva generalizada para tomar el poder. En todo caso, si su poder era tal y como lo describe la propaganda, ¿ por qué no propuso una plataforma política global en la que se dieran a conocer sus tesis ? Si la burguesía reaccionaria no ha sido capaz de publicar (al menos que se sepa) un manifiesto, una octavilla, parece dudoso que sea capaz de

reconquistar el poder en un país de 700 millones de habitantes. Y si el ataque contra la burguesía no es más que un pretexto, entonces, ¿contra quién va dirigido realmente el ataque ?.

Los datos de que disponemos no permiten optar claramente por una u otra tesis. Parece que por un lado se desarrolla una lucha por el poder entre partidarios de una vía « clásica » hacia el socialismo y partidarios de una vía « china » que en muchos aspectos se separa cada vez más de las vías seguidas por los países del Este. Por otro lado, nos encontramos ante una Revolución Cultural de la que tan sólo conocemos su carácter a la vez dogmático y antiburocrático, pero de la que se nos escapan otros aspectos tal vez más importantes.

La Revolución Cultural es al mismo tiempo « clásica » por su denuncia de los intelectuales que se niegan a describir los héroes « positivos » de la Revolución, por la exageración del peligro de una vuelta al capitalismo, por el culto de Mao : y al mismo tiempo se aparta de este carácter « clásico » y estalinista, por sus métodos (ante todo persuadir, si bien se han cometido excesos) y por su llamamiento a las masas. Esta paradoja, al mismo tiempo que realza su interés, dificulta su comprensión, haciendo difícil una valoración de los elementos dominantes.

Lucha de clases en Yugoslavia

La evolución política y social de Yugoslavia es un tema sobre el que nuestros lectores nos han pedido información en varias ocasiones. La sociedad yugoslava presenta, además de su originalidad, un interés particular por su « transparencia » ; en pocos países del Este de Europa es posible recoger la información con la misma facilidad que en Yugoslavia.

El Comité de Redacción de A.C. ha considerado oportuno publicar este artículo como análisis que le parece conciso y pertinente en su conjunto. Conviene recordar no obstante que *de modo general son responsables de las opiniones expresadas en un artículo el autor o grupo que las enuncian* y que un artículo es seleccionado por el comité de redacción si su contenido parece interesante, sin que haya necesariamente identificación de la mayoría del C. de R. con las ideas expuestas en el mismo. Por ello una cierta diversidad de puntos de vista sobre diferentes cuestiones podrá ser observada aún dentro de un mismo número (hay, por ejemplo, diferencias de matiz importantes sobre ciertas cuestiones entre las ideas expuestas en este artículo y las opiniones más tajantes presentadas por Lorenzo Torres en este mismo número).

El artículo que reproducimos procede de la revista « *IV Internacional* », revista teórica e informativa de la organización trotskista del mismo nombre. Sea cuales sean las discrepancias — de distinta índole e importancia — que puedan existir entre miembros de A.C. y dicha organización, esto, para nosotros que repudiamos tajantemente el estalinismo, no es obstáculo, en modo alguno, para considerar a esta organización como una organización obrera revolucionaria cuyos esfuerzos de información y elaboración merecen ser seguidos. El artículo en cuestión aparece firmado por XYZ por ser probablemente obra colectiva.



Desde hace algunos años, todas las contradicciones contenidas en el sistema político yugoslavo avanzan hacia su maduración. La reforma económica de 1965 y la lucha de fracciones en el seno del grupo dirigente de la Liga de los Comunistas en 1966, han contribuido al estallido de estas contradicciones. Las fuerzas sociales y políticas del país se alinean progresivamente preparándose a un enfrentamiento decisivo.

En el extranjero, se considera este enfrentamiento a menudo, como no refiriéndose sino a la cuestión de la sucesión de Tito. Es verdad que, a pesar de sus numerosos defectos y de la cobertura que presta a la burocracia, Tito encarna más que nunca la única fuerza que trata de impedir el estallido de esas contradicciones. Verdad es también que el episodio Rancovic ha revelado brutalmente al país que su sucesión está ya abierta. Sin embargo sería contrario al método marxista limitar el problema a una cuestión de personas, de grupos más o menos fraccionales, o incluso de ideologías diferentes. Lo que está en juego es un *enfrentamiento de fuerzas sociales*, las cuales, por lo demás, son tan conscientes de sus intereses particulares que buscan instintivamente prolongaciones y aliados fuera de las fronteras de Yugoslavia.

La contradicción principal

La contradicción principal que aqueja a Yugoslavia desde hace muchos años es la existente entre el sistema económico fundado en su base sobre el principio de la autogestión obrera, y el sistema de gobierno político del país fundado sobre el monopolio del poder entre las manos de un grupo sumamente restringido de dirigentes de la L.C.Y.⁽¹⁾. No se trata de una contradicción entre la infraestructura aparentemente democrática y la superestructura que debería adaptarse a aquélla más tarde o más temprano. El monopolio del poder político en las manos del grupo dirigente de la L.C.Y. no se detiene ante la economía. Antes bien, se ejerce en él de modo tan completo como en todos los otros terrenos de la vida social.

Se habla fácilmente del « desarrollo continuo de la autogestión ». Todo el mundo saca a colación la autogestión. Los teóricos del grupo dirigente proclaman, no sin razón, que si los productores no tienen poder sobre la producción y no controlan el excedente social producido, la burocratización del régimen y la creación de un « socialismo de Estado » (que algunos entre ellos identifican con el « capitalismo de Estado ») se hacen inevitables.

Todo esto parece muy aceptable desde un punto de vista teórico. Pero ¿ qué imagen nos ofrece la realidad yugoslava? Esta nos muestra que los productores, es decir los trabajadores, se encuentran en la incapacidad total de « controlar el excedente social producido » *en la misma empresa*. Los teóricos del grupo dirigente ponen en evidencia con orgullo las estadísticas que demuestran que una fracción en aumento continuo de la renta global de la empresa quedan entre las manos de ésta. Pero se equivocan gravemente cuando concluyen que estas cifras prueban el creciente control de los productores sobre los productos del trabajo.

En realidad, la manipulación por las instancias centrales de los servicios de planificación es remplazada cada vez más por una manipulación por medio de las « leyes económicas objetivas ». La presión política es remplazada por la presión económica. Pero al productor poco le importa que su empresa sea obligada a invertir por decisión del plan o por la presión de la concurrencia. Sigue siendo el « primo ». Cuando un consejo obrero es « libre » de repartir la renta, pero los créditos le son cortados por la banca y está en la imposibilidad de pagar los salarios si no invierte una fracción determinada de los ingresos de la empresa, esta libertad es en gran parte ficticia.

La vida económica tiene unas dimensiones que dependen en gran parte de la técnica. En la época actual, querer contenerla o determinarla esencialmente en los de cada empresa erigida en unidad autónoma es jugar con las palabras y escapar a las realidades. Al nivel de la empresa serán tomadas las decisiones de importancia secundaria, que modifican poco el estatuto del obrero, sus ingresos y su relación con el trabajo. Las decisiones fundamentales son tomadas al nivel de la vida económica en su conjunto. Y en la medida en que estas decisiones escapan ampliamente a toda intervención del proletariado, a toda posibilidad para los trabajadores de influir en ellas eficazmente cuando no de modificarlas, *la autogestión obrera limitada al nivel de las empresas se convierte en algo sumamente ficticio*.

El camino para convertirla en algo real no pasa esencialmente por un aumento continuo de la fracción de la renta global de las empresas dejada en sus manos. Pasa por la transferencia del poder de decisión económico a los

(1) Liga de los Comunistas Yugoslavos.

representantes directos elegidos libremente de la masa de los trabajadores reunidos en congreso, revocables en todo momento, y controlados socialmente por ellos. *Los productores no pueden tomar en sus manos efectivamente el derecho de disponer realmente de los medios de producción sino como colectividad, como clase en su conjunto.* Creer ejercer este derecho al nivel de las empresas, fraccionando la clase en grupos de empresas no sólo separados unos de otros, sino además opuestos a menudo entre sí, como consecuencia de la concurrencia, es una ilusión que corresponde a menudo a intereses claros de grupos sociales diferentes del proletariado.

La idea de que, al nivel de la empresa, el obrero puede controlar más fácilmente lo que se pasa al nivel de la economía en su conjunto, parece evidente al sentido común y tiene así algo de atractivo. Pero no es verdad sino entre límites muy estrechos. Lo que el obrero puede controlar al nivel de la empresa es la organización del trabajo, el cálculo de los precios de coste, la elección de los modelos que se han de producir (¡ y no siempre !), la existencia de stocks, el grado de utilización de la maquinaria, el reparto de los beneficios. Lo que escapa a su control es la formación de los precios de venta, los deseos reales de los consumidores y la diferenciación social de su masa, la marcha del progreso técnico a escala nacional e internacional, las consecuencias de la misma en el porvenir de la empresa, etc. En la medida en que estos datos son presentados al obrero como datos fijos sobre los que no tiene influencia — datos aportados por las instancias centrales de planificación, revelados por el mercado, o por la combinación de ambas fuerzas — no hay posibilidad para él de ejercer verdaderamente una decisión económica. La gran mayoría de las decisiones económicas que puede tomar al nivel de la empresa están determinadas automáticamente por estos datos (en la medida en que no quiere hundir su empresa). Las verdaderas opciones económicas no se ejercen al nivel de la empresa sino al nivel de la economía en su conjunto. El carácter ficticio de la autogestión obrera en Yugoslavia resulta de que la decisión sobre esas opciones han sido hasta ahora el monopolio del grupo muy restringido dominante de la L.C.Y.

Las consecuencias de las decisiones de la reforma económica de 1965 y los resultados que han producido son una clara ilustración de lo que precede. El grupo dirigente ha presentado las cosas como si se tratase de elegir entre ciertos sacrificios impuestos a los trabajadores y otros sacrificios aún mayores consecuencia de la no aplicación de esas reformas. Es el mismo lenguaje que el empleado por Wilson en el reciente congreso de las trade-unions británicas : o bien aceptáis 500.000 parados en lo inmediato, o bien tendréis dos millones el año próximo. En la empresa el obrero no tiene medios para discutir una alternativa tan poco regocijante. Le queda el sentimiento de sufrir una injusticia, y no está en el error ni en Yugoslavia ni en Gran Bretaña, sean cuales sean las diferencias reales entre la Gran Bretaña capitalista y la Yugoslavia socialista. Sólo al nivel del poder central hubiese podido discutir la clase obrera si las tesis defendidas por el grupo dirigente de la L.C.Y. estaban justificadas.

Durante años, el crecimiento económico se ha visto estimulado por la autonomía de las empresas y ha superado ampliamente la media de los otros Estados obreros. Pero desde hace algún tiempo, la situación se ha invertido. El tanto de crecimiento ha bajado y el nuevo Plan se limita a reconocer este fenómeno desarrollado previamente. La causa de este descenso no reside en un exceso de inversiones (de hecho, el tanto de inversión de los años 1957-63 era apenas suficiente para garantizar el pleno empleo, cosa que el nuevo Plan es explícitamente incapaz de conservar), sino en el exceso de autonomía

de las empresas, lo que no tiene nada que ver con la autonomía obrera.

La prensa yugoslava ha reproducido ampliamente las críticas amargas que los economistas soviéticos han formulado durante los años 1963-66 en lo que respecta a los excesos de centralización en la gestión de la economía de la U.R.S.S. Una de las manifestaciones más chocantes de estos excesos fué la aparición de una capacidad productiva excedentaria, inutilizada, en todos los niveles de la vida industrial. Pero el mismo fenómeno de subempleo de recursos existe en Yugoslavia, y resulta precisamente del exceso de descentralización.

Citemos un ejemplo entre cien otros. Las fábricas de Rade Koncar de Zagreb, una de las más modernas del país, cuyas realizaciones en el extranjero son el orgullo de Yugoslavia, no llegan a trabajar desde hace años más que a 60-65 % de su capacidad, por falta de aprovisionamiento regular en materias primas, cobre principalmente. Ahora bien Yugoslavia es una gran productora y exportadora de cobre ; Sólo que las minas de cobre prefieren exportar sus productos antes que proveer a una empresa clave de la economía nacional ! Se puede difícilmente acusar al « sistema de planificación administrativa » de ser responsable de los despilfarros que implica tal exceso de descentralización.

Otro ejemplo. Desde hace años vienen creándose empresas industriales de todas clases en diferentes lugares del país que no tenían cuenta de la capacidad de producción global de su misma rama industrial sino sólo de las necesidades locales. Resulta en consecuencia evidentemente un exceso de capacidad de producción que ha producido efectos verdaderamente grotescos : ciertas empresas yugoslavas exportan por debajo del precio de costo (para justificar su existencia por « los éxitos logrados en la exportación ») ; fenómenos de « concentración socialista » se han producido (las pequeñas empresas son absorbidas por las más grandes) etc. Una vez más estos fenómenos no reflejan evidentemente un exceso de centralización sino de descentralización ; se ha considerado incluso la posibilidad de abolir dentro de meses el monopolio del comercio exterior.

Se ha discutido infinitamente, en Yugoslavia, de las diferentes combinaciones posibles y deseables entre la economía del mercado y la planificación. Los teóricos del grupo dirigente han querido encerrar el debate en el dilema : toda limitación de la economía del mercado reforzaría automáticamente la planificación administrativa, y en consecuencia la burocratización. Este dilema no es correcto ni aún desde un punto de vista técnico : hay una centralización *democrática* que no se identifica con la centralización *burocrática* o administrativa.

El error fundamental es el de situar el problema en el terreno técnico cuando en realidad se trata de una elección entre las fuerzas sociales en las que el poder se apoya. En la ausencia de un poder ejercido directamente por la clase obrera a nivel federal y en presencia de un monopolio del poder entre las manos de un grupo restringido, la combinación de este monopolio con una descentralización cada vez más acentuada fragmenta cada vez más el poder de los trabajadores, provoca cada vez más conflictos de grupos y de categorías en su seno, y debilita en definitiva al proletariado frente a la burocracia.

El ascenso de la burocracia privilegiada

Los teóricos del grupo dirigente de la L.C.Y. insisten constantemente sobre la idea de que la burocracia se identificaría poco más o menos con la

administración central y de que desmantelando la planificación administrativa se llegaría a desmantelar a la burocracia. Pero la realidad demuestra a los trabajadores que esto, es una leyenda. De hecho la burocracia debe ser definida como el conjunto de los elementos socialmente privilegiados (que reciben ingresos ampliamente superiores a los de los obreros calificados) en todos los niveles de la vida social, haciendo abstracción de aquellos que poseen sus propios medios de producción e intercambio (pequeños campesinos, artesanos y comerciantes privados). Se puede evidentemente subdividir esta burocracia: burocracia administrativa (funcionarios del Estado, de las repúblicas y de los municipios), política (funcionarios de la L.C.Y. y de sus organizaciones satélites), económica (administradores de empresas) y técnicos (ingenieros, médicos, etc.). Se puede decir como mucho que la transformación de un sistema de planificación administrativa en un sistema de autonomía de empresas debilita algo el peso y el poder del ala administrativa de la burocracia, en beneficio del ala económica y técnica. En cuanto a la burocracia política, ésta ha atravesado todo el periodo 1950-65 sin perder un solo pedazo de su poder y de sus privilegios efectivos.

Existe un primer criterio para zanjar la cuestión de saber si la cuestión de la autogestión obrera vaciada en gran parte de su contenido, tal y como se practica en Yugoslavia, ha reforzado o debilitado en definitiva a la burocracia. Un criterio crudo, grosero y poco delicado, ya lo sabemos, pero que es un exponente fiel. Se trata del criterio de los ingresos y de su disparidad. En 1951 los salarios de los empleados y del personal de dirección de las empresas eran en promedio superiores de 10 % al salario medio de todos los obreros (Privreda F.N.R.J., Ekonomiski Institut F.N.R.J., 1954, pp. 349-51); en 1957 superaban a éste en 35 % (Information Bulletin about Yugoslavia, 1958, No. 18, p. 6). En el mismo año, los sueldos más elevados de los burócratas eran 5 a 6 veces superiores al salario medio de los obreros no calificados (éste es estimado a 9.000 dinares por mes por la fuente que acabamos de citar). Los sueldos más altos superaban generalmente los 50.000 dinares. (Ver Statisticki Godisnjak F.N.R.J. 1957, p. 352). En 1956-66, los sueldos de los directores e ingenieros-jefe de las principales empresas llegaban fácilmente a 350.000 dinares al mes, mientras que los obreros no calificados no recibían más que 35.000 dinares. El abanico de las remuneraciones ha pasado de la proporción 1 a 5 a la proporción 1 a 10 en menos de 10 años.

Y no se hace referencia aquí sino a los sueldos *individuales*; la disparidad de los ingresos por *matrimonio* es mucho más elevada pues, en general, hay más de una persona por matrimonio con ingresos. Del mismo modo que las mujeres y los hijos de obreros en su mayor parte tienen ingresos modestos, las mujeres y los hijos de los burócratas tienen a menudo, a su vez, sueldos de burócratas. Los estudiantes han interrumpido una conferencia de Vida Tomsic, miembro del Comité Central de la L.C.Y. y del Secretariado del Comité Central de la L.C. de Eslovenia, para preguntarle si era exacto que los ingresos de su matrimonio se elevaban a 700.000 dinares por mes (20 veces el salario de un obrero no calificado, que poseía dos coches, que enviaba a su hija a Suiza para hacer sus estudios, y que poseía una cuenta bancaria en el extranjero. Ha tenido que reconocer que estas informaciones eran rigurosamente exactas. De hecho en la cumbre de la burocracia algunos matrimonios ganan hasta un millón de dinares al mes, o sea 30 veces el salario de un obrero sin calificación, casi 20 veces el salario medio de los obreros, comprendidos peones, obreros especializados y con calificación.

Esta disparidad de ingresos no refleja, sin embargo, completamente la amplitud de la desigualdad social que se ha desarrollado en Yugoslavia

durante los últimos años. Coches, villas y casas de reposo, « propiedad social », son accesibles, en buena parte, tan sólo a los miembros de la casta burocrática, proporcionándole un tren de vida igual o superior al de la burguesía media de los países imperialistas. Se dice que los miembros del grupo dirigente de la L.C.Y. poseen 70 villas de las que disponen exclusivamente ellos. Acaba de construirse una nueva en Zagreb, que ha costado una fortuna, rodeada de muros infranqueables, y que no sería desdeñada por los más altos personajes de los truts occidentales.

La apropiación privada del usufructo de la propiedad social por los burócratas ha dado lugar incluso a una verdadera legislación. Antaño los coches propiedad de las empresas no podían ser empleados sino durante el tiempo de servicio y sólo a condición de ser conducidos por un personal apropiado. De este exceso de funcionarismo y de control los burócratas tenían prisa en deshacerse. Se ha decidido, pues, que en el porvenir los burócratas conducirán solos los coches ; ¡ acabado el control administrativo ! Así han logrado el derecho de llevarlos a su casa y de emplearlos cuando mejor les parece, incluso para hacer una excursión con la señora o partir de vacaciones. La diferencia con el coche privado se hace imperceptible ...sino es por que lo compra y lo paga la colectividad. Los obreros se encuentran tan indignados por esta « reforma democrática » y los nuevos abusos a que da lugar (importación masiva de coches de lujo occidentales) que dicen amargamente que la burguesía ha sido sustituida por la « Peugeot-sía » (por la marca de automóviles Peugeot).

En el seno de los consejos obreros, los burócratas usan y abusan sobre todo de su « competencia técnica » ; el paso a « la economía de mercado » aporta la multiplicación de los « procedimientos científicos » para predeterminar la respuesta a múltiples cuestiones. Se determina por medio de sabios procedimientos « las tendencias de la demanda » ; se transforma la cuestión de la organización del trabajo de ser un problema de relaciones sociales en una cuestión « zanjada por la ciencia ». Como por casualidad se inspiran para este fin de los sistemas patronales de « job evaluation » (estimación del empleo) de Occidente, atacados vigorosamente incluso por los sindicatos reformistas occidentales. Los obreros se sienten desarmados ante esta argumentación, pues no disponen de servicios de documentación e información centralizados, contradictorios y críticos frente a la ciencia de los « managers ». A pesar de todo ocurre de vez en cuando que se indignan ante una proposición particularmente escandalosa, la rechazan, y hasta llegan a despedir a un director demasiado desdeñoso hacia los intereses de los trabajadores.

Pero cuando se pasa del nivel de la empresa a un nivel superior, el poder de los burócratas deja de estar un tanto limitado por el funcionamiento — aunque sea decrepito — de la autogestión obrera. Se hace entonces absoluto. En la Cámara de los Productores de la Asamblea federal apenas si hay algunos obreros manuales que siguen aún en el trabajo. La inmensa mayoría de los representantes « elegidos » son burocratas o miembros del sector técnico.

La burocracia técnica tiene el mayor interés en multiplicar el recurso a la economía de mercado. Esta reconversión de la economía le proporciona no sólo ingresos más elevados, un acceso más fácil a la propiedad de autos, pisos, villas, e incluso cuentas en el extranjero ; le proporciona también a fin de cuentas una mayor estabilidad para su poder y sus privilegios, pues el sistema en cuestión en mucho más flexible que el sistema de planificación administrativa y permite giros demagógicos para canalizar el descontento de los trabajadores.

En comparación con otros Estados obreros, incluidos aquellos que tienen

un nivel de industrialización mucho mayor, como Polonia y Checoslovaquia, Yugoslavia parece producir en abundancia bienes de consumo duraderos. Nada de largas listas de espera para obtener un televisor, una máquina de lavar o incluso un auto. Hay existencias de los mismos aún en las más pequeñas ciudades. Pero cuando se examina la proporción entre los precios de estas mercancías y los salarios de los diferentes grupos de la población, se observa inmediatamente que están por completo fuera del alcance de la masa obrera. Con un salario de 50.000 dinares (antiguos) un obrero no puede comprar un televisor que cuesta 200.000 o una moto de ocasión que cuesta 300.000. La producción de los bienes de consumo industriales está casi exclusivamente orientada a la satisfacción de las necesidades de la burocracia, de las capas privilegiadas de la población. Si bien es verdad que las ventas a plazos están más desarrolladas que en los otros Estados obreros, Yugoslavia es también uno de los raros países de Europa en donde se practica a gran escala la venta a crédito de trajes, única forma para los obreros de comprarse uno nuevo de vez en cuando.

El desarrollo de los privilegios de la burocracia se acompaña, desde hace algunos años, del desarrollo tumultuoso del turismo y de la emigración (que afecta esencialmente a los obreros calificados y a los técnicos). Después de la reforma de 1965 ha venido a añadirse a ésto, al menos en ciertas regiones del país, el enriquecimiento de ciertas capas de campesinos privados y la multiplicación de los empresarios privados en el sector de los servicios. La imbricación de todos estos privilegios y de todos estos intereses crea un clima particular de especulación y de afán de lucro que provoca resultados inquietantes. Dejemos a un lado el desarrollo de la prostitución, la extensión del juego, el atractivo que ejercen los « valores » occidentales en la juventud. En Eslovenia se ha llegado al extremo de no vender ciertos bienes de consumo duraderos sino contra divisas extranjeras.

El descontento de los trabajadores

Este desarrollo de los privilegios materiales y de la desigualdad social no puede sino engendrar un descontento acusado entre los trabajadores, a menudo acompañado de una gran tristeza. Se preguntan con amargura si se han sacrificado durante la guerra de Liberación y durante veinte años de construcción del socialismo para permitir el enriquecimiento y el disfrute de los « nuevos señores ».

Los principales puntos de ese descontento son hoy los siguientes :

1) El paro y la carestía provocados por la reforma económica de 1965. Según las estadísticas oficiales, el empleo total ha bajado de 3.675.000 en julio de 1946 a 3.404.000 en febrero de 1966, es decir una baja de 271.000 unidades. Estas cifras no permiten poner de manifiesto la amplitud del paro ; hay que añadir, por un lado, las nuevas demandas de empleo estimadas por Tito mismo, en un discurso reciente, en 150.000 por año y los efectos de la emigración interna que entre las dos fechas mencionadas supera sin duda las 200.000 unidades. Se puede estimar sin ninguna duda el número de parados en las ciudades en 300.000, cifra a la que hay que añadir un paro oculto importante en el campo.

Este paro tenderá a aumentar en un porvenir próximo, pues las empresas han evitado, en la medida de lo posible, despedir al personal inmediatamente después de la reforma ; han compensado un aumento muy importante de los precios de las materias primas y otros suministros por un aumento de los

precios de venta. Pero el poder tiende a cortarles tal salida en el porvenir, y parece resuelto incluso, a importar del extranjero productos baratos para provocar una cierta baja de precios en los productos industriales. Y ésta colocará a un buen número de empresas en la obligación de cerrar sus puertas o de despedir al personal en masa.

Oficialmente el coste de la vida ha pasado del índice 84 en enero de 1965 a 125 en junio de 1966, es decir, ha aumentado en un 50 % en 18 meses. El aumento ha sido sensible sobre todo en el año 1965 pues, desde principios del 66, los precios se han estabilizado progresivamente. Los salarios nominales no han aumentado en la misma proporción, con algunas raras excepciones. La consecuencia es una baja general de los salarios reales en 1965-66 ; en Eslovenia se ha estimado en 20 % por término medio. Tito ha reconocido, por lo demás, en el Pleno del Comité Central de marzo 1966 que son los salarios más bajos los que han conocido una pérdida de poder adquisitivo (Kommunist, 3 de Marzo de 1966). Desde el punto de vista del empleo como desde el punto de vista de los ingresos, son los trabajadores quienes han pagado los gastos de la reforma de 1965.

Que, gracias al aumento de las exportaciones, el déficit de la balanza de pagos se haya, al mismo tiempo, reducido fuertemente, deja al obrero relativamente indiferente, sobre todo cuando observa que lo que se importa de preferencia son productos para el confort de la burocracia. El que toda esta operación haya podido realizarse bajo el control y con la ayuda activa del Fondo Monetario Internacional, agencia del capital internacional, a fin de asegurar la convertibilidad del dinar — cuando de hecho la economía yugoslava no está en condiciones de competir con los países imperialistas industrializados —, todo esto no puede sino acentuar la inquietud del obrero en lo referente al porvenir del empleo. « Los obreros yugoslavos producirán cada vez más plus-valía en beneficio de los capitalistas alemanes que vendrán a gastarla en Yugoslavia en beneficio... de los empresarios extranjeros de la rama hotelera (alusión al proyecto de inversión de capitales extranjeros en la industria hotelera yugoslava) », nos ha dicho un viejo obrero comunista.

2) El aumento de las tarifas de los servicios públicos y de los alquileres. La aplicación del principio de rentabilidad y de autogestión financiera a las empresas de los servicios públicos ha dado los resultados más absurdos. Se han suprimido oficinas de correos en pequeñas ciudades, que existían desde la época del Reino de Serbia y de la monarquía austro-húngara, con el pretexto de que estas oficinas no eran rentables. La idea misma de servicio público ha sido sacrificada a esta noción cada vez más avasalladora de « economía de mercado ».

Los dos efectos más desastrosos de la difusión de esta concepción aparecen en el dominio sanitario y en el del alojamiento. Existen actualmente en Yugoslavia dos Uniones que fabrican y venden productos farmacéuticos, ¡ y una de ellas se ha puesto a vender en gran escala « tranquilizantes », que podrán obtenerse en adelante sin receta ! Su rentabilidad ha aumentado evidentemente, ¿ ocurre igual con la salud de la población ? En vano los médicos comunistas han protestado. Se les ha tratado de « partidarios del sistema de control administrativo », de « sostén de los burócratas », cuando no de delitos más graves.

La aplicación del principio de la rentabilidad a la construcción y conservación de los edificios de múltiples habitaciones ha determinado un aumento rápido de los alquileres. Estos representan ya hoy más del 10 % del salario del obrero especializado y casi el 10 % del salario del personal de la enseñanza y científico. Han de doblar el año que viene. Se habla de

doblarlos de nuevo dentro de dos años. El resultado es evidente : hay obreros que han tenido que dejar los pisos modernos, abandonándolos a los burocratas y a los miembros de las profesiones liberales. Y han tenido que conformarse con cuñitriles. La producción se orienta hacia la demanda; pero como en toda economía de mercado se trata de la demanda solvente y no de la demanda efectiva ; tal orientación no favorece a los obreros.

El descontento de los obreros es real y explosivo, tanto más explosivo cuanto que se encuentra mezclado a un grave sentimiento de decepción. En varias ocasiones los trabajadores han tenido la esperanza de ver los abusos burocráticos abolidos. La última ocasión fué al día siguiente del discurso pronunciado por Tito en Split, en 1962, cuando había atacado con vigor a los privilegios de los directores, sus automóviles, villas lujosas, etc. Este discurso fué seguido de diversas manifestaciones de crítica de izquierda, la más impresionante de las cuales fué sin duda la película « Frente a frente », consagrada al conflicto entre los obreros y los burocratas y desarrollada enteramente en una sala de reunión.

Pero a pesar de los ataques y las críticas públicas, nada ha cambiado en la práctica. Se podría, antes bien, afirmar, no sin razones, que los privilegios de la burocracia han aumentado considerablemente después del discurso de Split. Los obreros llegan así a considerar forzosamente como demagógico todo nuevo ataque público de un miembro del grupo dirigente de la L.C.Y. contra los abusos burocráticos. Y esta es también, grosso modo, su reacción después de la eliminación del grupo Rancovic de la dirección del partido. Y uno les comprende por lo demás, cuando observa que, apenas tres meses después del Comité Central de Brioni, donde los altos dirigentes fueron atacados violentamente, Tito denuncia con vigor, en el Comité Central de Octubre 1966, a los órganos de prensa que critican a los dirigentes más notables de la L.C.Y.

El descontento de los trabajadores se expresa no sólo con frases amargas y desilusionadas que hacen referencia a los dirigentes de la Liga y de los sindicatos, con innumerables bromas y chistes, con una abstención cada vez más pronunciada en la vida política, sino que se expresa también en los numerosos conflictos de trabajo en las empresas, incluyendo múltiples huelgas parciales que llegan a tener la amplitud de huelgas importantes, como las de los mineros en 1962. En los dieciocho meses que han pasado desde la reforma económica de 1965, la emigración, la búsqueda de un segundo empleo, la caza de turistas para alojar, han sido exutorios y salidas parciales que contenían el descontento. Pero éste amenaza con hacerse cada vez más explosivo si no se remedia de un modo rápido y radical la situación. Tito mismo ha reconocido en su discurso ante el Comité Central de Brioni que la L.C.Y. había perdido toda audiencia entre los trabajadores ; porque ante éstos aparece identificada con la casta de burócratas y aprovechados. Una reforma radical es necesaria si se quiere suprimir tal identificación.

Verdad es que, con algunas excepciones, la mayor parte de la clase obrera sigue adicta al sistema de la propiedad social de los medios de producción y al sistema de autogestión en las fábricas. Sabe que, a pesar de todos los defectos del régimen político monopolista, la Yugoslavia socialista ha realizado enormes progresos respecto a la Yugoslavia semifeudal de antes de la guerra. Sabe también que los trabajadores yugoslavos gozan en general de más libertad y de un nivel de vida más elevado que en la mayoría de los otros Estados Obreros. Pero un justificado orgullo nacional — los pueblos yugoslavos han sido los primeros en resistir con éxito a Hitler primero, a Stalin después — actúa cada vez más contra el poder actual, en la medida que

éste no logra ya proponer al pueblo una causa que encienda su entusiasmo y mantenga una convicción profunda.

La tensión entre las nacionalidades

Las relaciones entre las diversas nacionalidades que forman la Yugoslavia socialista son un buen termómetro de las corrientes contradictorias que animan a las masas populares. Cada vez que se atraviesa una fase de toma de conciencia revolucionaria, de progreso de la revolución socialista, la unidad y la fraternidad entre las diversas nacionalidades se encuentran reforzadas y consolidadas. Así fué en 1941, cuando la insurrección popular contra el ocupante fascista ; en 1945 cuando la opción socialista recibió el apoyo de la mayoría del pueblo ; en 1948 cuando se decidió oponerse al «dictat» del Kominform ; en 1950 al proclamarse la autogestión. Pero cada vez que la conciencia revolucionaria retrocede, como consecuencia de los errores cometidos por el grupo dirigente, como consecuencia de opciones y decisiones equivocadas, las fricciones entre las nacionalidades vuelven a resurgir. Así fué en 1946-47 ; y en 1951-53 ; y así es de nuevo actualmente.

La responsabilidad del grupo dirigente de la L.C.Y. en este renacimiento del nacionalismo es aplastante ; pues ha utilizado deliberadamente el nacionalismo para ampliar sus bases populares. Con la excepción de Tito — hay que reconocerle este mérito — todos los dirigentes de la L.C.Y. se presentan identificados con los intereses de una nacionalidad particular y han aparecido en los últimos años como los porta-voces de los intereses particulares de «su» nacionalidad.

Era evidentemente imposible reeducar sistemáticamente a las masas populares y sobre todo a la juventud en una oposición sistemática al nacionalismo, sin desarrollar simultáneamente la educación internacionalista proletaria. Desde 1951 tal educación tropieza cada vez más con el obstáculo de la política exterior yugoslava, con sus repetidas concesiones al imperialismo americano, justificadas por los créditos y dádivas considerables que el gobierno de los Estados Unidos ha concedido a Yugoslavia. En la cuestión de la guerra del Vietnam, la solidaridad con esta revolución magnífica, que tiene tantos rasgos comunes con la de los pueblos yugoslavos durante la segunda guerra mundial, se ha limitado a algunas modestas colectas de dinero. Por el contrario, a ciertas empresas yugoslavas no les da vergüenza proveer en material (por ejemplo, zapatos) al ejército americano, afín de aumentar su «rentabilidad». Los estudiantes eslovenos que han denunciado valientemente este hecho en su periódico, en mayo del año último, han sido severamente amonestados. En tales condiciones, el nacionalismo encuentra un terreno fértil para su expansión entre la juventud.

La causa material de las tensiones entre las nacionalidades que constituyen la Yugoslavia socialista reside evidentemente en el nivel de desarrollo económico y social sumamente desigual de las diferentes nacionalidades. Aparece así un doble problema : por un lado, las nacionalidades menos desarrolladas se sienten desfavorecidas respecto a las nacionalidades más avanzadas, Eslovenos y Croatas sobre todo ; por otro lado, las nacionalidades más evolucionadas se sienten explotadas, cuando la Federación retira una parte de su excedente de producción para invertirlo en otro lado.

Esta última reacción no tiene base científica. En el cuadro de un mercado unificado en el que los precios de los productos industriales son superiores a los del mercado mundial, el intercambio entre las regiones industrialmente

avanzadas, como Eslovenia y Crocia, y las repúblicas subdesarrolladas es un intercambio desigual y una transferencia de valor se opera en favor de las primeras a cargo de las segundas. Se puede decir que el fondo de desarrollo de las Repúblicas subdesarrolladas, financiado por las Repúblicas industrializadas, no devuelve a aquellas sino lo que aquellas habían obtenido previamente gracias al intercambio desigual.

A la larga, sin embargo, no hay más solución al problema de la desigualdad económica entre las Repúblicas sino la de una inversión más elevada en las Repúblicas relativamente atrasadas, alimentado por el fondo central. Así se hizo hasta 1957. Pero desde entonces ha dejado de ser así. La inversión por cabeza en Serbia y en Montenegro se ha desarrollado desde 1957 menos rápidamente que la media felderale. Si se descuentan en Macedonia las inversiones realizadas para la reconstrucción de Skoplje, se llega al mismo resultado. Partiendo de un nivel de industrialización más bajo, estas Repúblicas ven crecer su retraso al recibir menos inversiones que Eslovenia y Croacia.

Los portavoces del grupo dirigente responden que las inversiones en las Repúblicas atrasadas han resultado poco rentables y se han hecho a menudo sin sentido. Se habla así de « inversiones políticas ». Se cita el caso de la de Niksic, en Montenegro, para la que hubo que « importar » casi toda la mano de obra de otras Repúblicas. Se presentan las cosas como si la verdadera opción fuese entre inversiones, ante todo rentables e inversiones ante todo « políticas », que provocan despilfarros escandalosos.

Nosotros no creemos que se pueda aceptar este dilema. Si se asociase de modo válido a los trabajadores de estas Repúblicas, si se diese la molestia de interrogar a técnicos leales y desinteresados, habría medio de aumentar considerablemente la inversión en las Repúblicas atrasadas. El carácter « político » de las inversiones no proviene de que tengan lugar en regiones subdesarrolladas, sino del carácter monopolista del grupo dirigente cuyos miembros escapan al control de la sociedad y acaban por zanjar todas las cuestiones.

De todos modos el dilema real es diferente : o bien se desarrolla considerablemente el ritmo de desarrollo de las Repúblicas atrasadas, o bien las tensiones entre las nacionalidades llegarán también a un punto explosivo. Lo que ocurre hoy entre los mandos del ejército y de la diplomacia, lo que ha ocurrido en los del partido en el momento de la crisis Rancovic son a este propósito índices sumamente reveladores y signos extremadamente peligrosos. Consagrar tan sólo 2,5 % de la renta nacional al desarrollo de las regiones atrasadas es manifiestamente insuficiente. Los resultados no se han hecho esperar. Por ejemplo, en los últimos años el porcentaje de analfabetos de Bosnia-Herzegovina y de Macedonia ha aumentado de 6 a 12 %, a causa de la insuficiencia de créditos para escuelas y maestros.

Desde hace un año la actividad de los *ustachis* croatas (fascistas) y de los nacionalistas burgueses eslovenos ha tomado un nuevo impulso. Y se encuentra alimentada no sólo por la antigua emigración política sino también por la nueva emigración económica. Encuentra eco incluso en ciertos medios juveniles : el primero de Mayo de este año se han distribuido octavillas fascistas en la Universidad de Zagreb, ¡ por primera vez desde hace veinte años ! Esto refleja bien el fracaso político de la L.C.Y. La dirección de la L.C. croata y eslovena, que ha explotado vergonzosamente los sentimientos reaccionarios de una parte de la población contra las nacionalidades meridionales tiene en ésto una responsabilidad aplastante. Es indispensable remediar rápidamente esta situación si se quiere evitar una catástrofe.

Un programa de urgencia

El enfrentamiento que se aproxima entre obreros y capas privilegiadas se encuentra complicado por esta tensión entre las nacionalidades, por los lazos múltiples que una parte de la burocracia y de los técnicos ha tejido ya con los medios burgueses de Occidente y por la falta de convicciones comunistas de una buena parte de la juventud. Corre el peligro de presentarse además en un momento en que la correlación de fuerzas no son todavía favorables al socialismo; no olvidemos que el campesinado y los elementos privados de otros sectores siguen representando el 50 % de la población activa.

Por estas razones la Yugoslavia socialista corre el peligro de pasar por una crisis de excepcional gravedad en un momento determinado en el porvenir, por ejemplo cuando se plantee concretamente la sucesión de Tito. Todos los comunistas deben prepararse desde ahora mismo a esta crisis, reflexionando sobre las medidas de urgencia que deban proponer y hacer imponer por los trabajadores, afín de cortar el camino a la contrarrevolución y asegurar al país un nuevo progreso en el camino hacia el socialismo.

En la medida en que podamos atrevernos a dar una opinión, basada en informaciones necesariamente fragmentarias, consideramos que este programa de los comunistas yugoslavos debería contener los puntos siguientes, que corresponden a los problemas más graves planteados a la sociedad en general y a la clase obrera en particular:

a) Convocación inmediata, al nivel de las Repúblicas y de la Federación, de congresos, de consejos obreros que funcionarán permanentemente y poseerán en última instancia el derecho de decisión sobre todas las cuestiones de planificación económica y financiera, del presupuesto republicano y federal y de la legislación social. Se trata de una medida transitoria hasta obtener una revisión de la Constitución que ponga todo el poder político entre las manos de los representantes elegidos democráticamente por los trabajadores.

b) El congreso de los consejos obreros se compondría de los delegados directos de los consejos obreros. No pueden formar parte del mismo quienes ganen tres veces más que el salario medio de un obrero. Los delegados al congreso conservarán sus salarios y no recibirán indemnizaciones por su desplazamiento. Las deliberaciones serán públicas, deberán ser reproducidas por toda la prensa, y difundidas por la radio y la televisión, cada vez que el congreso exprese el deseo de que así se haga. Los delegados del Congreso serán revocables a petición de 40 % de sus electores.

c) La elección al congreso de los consejos obreros, como la elección a los Consejos obreros, se hará por voto secreto y con presentación de varias listas de candidatos. Cada grupo de trabajadores que haya reunido las firmas de, por lo menos, 5 % de los miembros de los colectivos (5 % de los miembros para la elección de delegados a los congresos de los consejos) tendrá derecho a presentar candidatos. Estos deberán hacer una declaración de principios y presentar las proposiciones del programa que los separa de las otras listas de candidatos. Serán apartados los candidatos considerados como fundamentalmente hostiles a la Constitución socialista y al principio de la propiedad social de los medios de producción. La supresión de candidatos no podrá hacerse sino por una comisión *ad hoc* del Congreso de los consejos obreros, después de discusión contradictoria ante ella, en presencia de los candidatos apartados y después de publicación de una moción justificada.

d) Hasta que el estatuto de las empresas haya sido fundamentalmente

reexaminado y establecido, el congreso de los consejos tendrá derecho a bloquear todas las decisiones de consejos obreros de empresa consideradas como causantes de graves prejuicios al desarrollo de la economía socialista o a las relaciones fraternales entre los pueblos de Yugoslavia. No podrá hacerlo sino después de una discusión contradictoria y pública, y sobre la base de una moción motivada.

e) Todo despido de personal obrero queda inmediatamente suspendido. La reducción de mano de obra en las empresas no podrá tener lugar sino después de discusión pública, sea al nivel de las Comunas (municipios), sea al nivel de las Repúblicas, y sólo después de ofrecer posibilidades equitativas de empleo a las posibles víctimas.

f) Las tarifas de todos los servicios públicos y todos los alquileres serán inmediatamente bloqueadas y todo nuevo aumento de los mismos prohibido, hasta que tenga lugar el examen del problema en su conjunto por el Congreso federal de los consejos obreros. Los medios económicos suplementarios requeridos por esta medida se encontrarán en la reducción de los gastos de lujo y de los sueldos más altos así como en una reorientación de las inversiones.

g) El monopolio del comercio exterior será restablecido inmediatamente. Un control de las importaciones establecido por una comisión « ad hoc » del congreso de los consejos obreros, con el fin de suprimir todas las importaciones de productos de lujo y de bienes no esenciales para el desarrollo de la economía nacional y para el nivel de vida de los trabajadores. La dependencia respecto a la ayuda económica capitalista será reducida progresivamente. Se llevarán a cabo acuerdos de colaboración bilateral y de desarrollo económico combinado sobre la base del mutuo interés con todos los Estados obreros que acepten el principio.

h) El Congreso de los consejos obreros encarga a las autoridades de la planificación así como, en ocasiones, a grupos de expertos economistas la elaboración de diversas variantes para el próximo plan que debe ser dirigido hacia objetivos prioritarios capaces de movilizar el entusiasmo creador de los trabajadores y de la juventud, y de consolidar las relaciones fraternales entre los pueblos de Yugoslavia. Entre otros objetivos podrían ser enumerados desde ahora: la supresión total del analfabetismo en el próximo quinquenio, el restablecimiento y la garantía del pleno empleo, la aceleración del desarrollo de las regiones y de las Repúblicas subdesarrolladas, la reducción general de la semana de trabajo a 40 horas. Los métodos de movilización de la juventud en la lucha contra el analfabetismo, practicados por la revolución cubana, serán empleados a gran escala.

i) En la cuestión de la política extranjera hay que partir de la constatación siguiente: el secretario de Estado Marko Nikozic, hablando en la televisión ha declarado el 23 de Junio último que su departamento no tiene el monopolio de la política exterior en Yugoslavia y que semejante monopolio no pertenece a nadie, pero ha añadido inmediatamente que la manera de seguir la prensa yugoslava los acontecimientos hace creer en la existencia de tal monopolio. Hay que restablecer, pues, inmediatamente el derecho de todas las organizaciones sociales, de todos los movimientos de juventud y de todo grupo de trabajadores, de expresarse libremente sobre este tema. Todo grupo que hubiese visto rechazados sus escritos en varias ocasiones en los órganos de prensa existentes debiera tener derecho de fundar su propio órgano, a condición que el programa sometido sea conforme a la constitución y esté fundado sobre la defensa de la propiedad social de los medios de producción. La prohibición de esos órganos o la negación a esos grupos del papel o de otras

facilidades no podrá ser decidida sino por una comisión especial del Congreso de los consejos obreros, después de discusión pública y contradictoria, sobre la base de una moción motivada.

j) Para la L.C.Y., restablecer un clima de confianza entre ella y las masas trabajadoras, reconquistar su estima es una cuestión de vida o muerte. Con este fin hay que introducir reformas radicales en el funcionamiento del partido. Hay que volver a la regla leninista del máximo : ningún miembro de la L.C.Y. que accede a un puesto de funcionario responsable, sea de la L.C.Y., sea de los sindicatos, sea de un organismo cualquiera del Estado, no deberá ganar más de dos veces el salario de un obrero especializado, y debe tenderse a reducir progresivamente estos sueldos al nivel de los de un obrero especializado.

Esta reforma sería más eficaz que todas las medidas tomadas en los diez años últimos para volver a dar una base de masas a la L.C.Y., base que ésta ha perdido según ha confesado Tito mismo. A esta reforma habría que añadir las siguientes : supresión de la comisión de cuadros del partido ; elección de todos los responsables a todos los niveles por voto secreto ; derecho para todos los miembros de la Liga de redactar y someter a los congresos y conferencias, a todos los niveles, plataformas diferentes de las de los organismos dirigentes ; derecho para los miembros minoritarios en los comités centrales y en todos los organismos dirigentes de someter sus opiniones minoritarias a los miembros por escrito y en discusiones contradictorias ante las asambleas en el período preparatorio a los congresos y conferencias ; obligación de los secretarios de la Liga de difundir estas plataformas y opiniones minoritarias, de individuos o de grupos, a todos los miembros de la Liga, y de organizar con este fin debates escritos y orales ; extensión progresiva de las mismas reglas de vuelta al centralismo democrático de la época de Lenin al funcionamiento de la Alianza Socialista de los Pueblos de Yugoslavia ; elección de los organismos dirigentes de la L.C.Y. y de la A.S.P.Y.⁽¹⁾ proporcionalmente a los votos recibidos por las diferentes plataformas en voto secreto.

El grupo dirigente de la L.C.Y., que se enorgullece de su propensión a las reformas radicales y democráticas, retrocederá temeroso ante este programa de reformas inmediatas, que son, sin embargo, tan radicales como democráticas. Tratará de combatirle asociándole mediante una doble amalgama, por una lado con la oposición de derechas pro-occidental, por otro con los elementos ultraburocráticos del tipo Rancovic.

La tentativa de crear una amalgama de los críticos y de la oposición de izquierda con los elementos revisionistas de derecha, adictos al « socialismo democrático » o al « socialismo cristiano » a la occidental, ha sido ya utilizada por primera vez contra la revista *Perspektive* de Liubliana suprimida a principios de 1965 como « un órgano del socialismo cristiano ». Se trata de una calumnia, pues los dirigentes de esta revista pretendían manifiestamente utilizarlo como un órgano emitiendo críticas de izquierda de la política oficial inspiradas en convicciones auténticamente comunistas y marxistas. Entre estos dirigentes se encontraba un comunista de vanguardia, comisario político de una división de partisanos durante la guerra de liberación, y dos hijos de viejos militantes comunistas, comunistas ellos mismos. La tentativa de asociar en una amalgama a quienes critican por la izquierda al grupo dirigente con

(1) Alianza Socialista de los Pueblos de Yugoslavia.

los elementos del grupo Rancovic resulta tanto más deshonesto y calumniador cuanto que los dirigentes de la L.C.Y. se han apoyado en los Rancovic grandes y pequeños, incluyendo su aparato policiaco, para combatir y hacer la vida imposible a los críticos de izquierda hasta la víspera de la reunión del Comité Central de julio de 1966. Presentar ahora las cosas como si las víctimas estuviesen « objetivamente » en connivencia con sus perseguidores resulta intolerable.

Por grande que sea la indignación del grupo dirigente de la L.C.Y. ante el programa que hemos esbozado aquí, en esta dirección deberán avanzar los verdaderos comunistas rápidamente, si quieren evitar ya que no el enfrentamiento de fuerzas sociales que parece inevitable, al menos un afrontamiento en condiciones tales que trajesen para la clase obrera y el socialismo una grave derrota. En esta dirección deberán orientarse para impulsar de nuevo la revolución socialista en el país, devolver a la juventud y a los trabajadores la fe en el ideal comunista, ver reaparecer a gran escala el espíritu de sacrificio y de solidaridad de clase que ha forjado tantos milagros en el pasado, y hacer de nuevo de la L.C.Y. la vanguardia respetada y admirada por la mayoría de las masas trabajadoras de Yugoslavia.

XYZ

Elecciones en Francia

Alarmados unos, que agitan el espectro del Frente Popular — verdadero « tigre de papel », sin embargo — y entusiasmados otros, todos los comentaristas coinciden en señalar el retroceso de la mayoría parlamentaria gubernamental, — y el triunfo de la izquierda en las recientes elecciones francesas. Ha sido, dicen, el triunfo de la unidad de la izquierda.

Veamos de que « unidad » y de qué « izquierda » se trata. La unidad, no ha sido un acuerdo sobre un programa definido común, sino una unidad táctica electoral. Los tres grupos de la izquierda francesa : La Federación de la Izquierda Democrática y Socialista, formada a su vez por el Partido Socialista (S.F.I.O.), el Radical y la Convención de las Instituciones Republicanas (conjunto de pequeñas agrupaciones generalmente de carácter local y personalidades aisladas, agrupadas tras de la figura de Mitterand), el Partido Socialista Unificado y el Partido Comunista, llegaron tras de una serie de entrevistas triangulares, a ponerse de acuerdo para apoyar conjuntamente a aquel de sus candidatos que tuviera mejores posibilidades de derrotar al presentado por el bloque gubernamental. No han dejado de producirse choques y deserciones, pero lo más significativo es que el acuerdo ha funcionado mucho mejor de lo que todo el mundo esperaba. No sólo los electores del P.C.F. han seguido la disciplina del voto, sino que radicales y socialistas han votado por el candidato comunista casi en pleno, cuando se ha presentado la ocasión, y que incluso una parte del electorado centrista, les ha acompañado en este intento de arrebatar la mayoría a los seguidores de De Gaulle.

Los tres grupos citados tienen características muy diferentes y la Federación, incluso, sería muy aventurado considerarla como una unidad. El P.C.F. es un partido de masas, con una base obrera con una disciplina centralista, capaz de polarizar electoralmente capas de disconformes con la política de la mayoría actual, muy variadas.

La S.F.I.O. o el Partido Radical, son agrupaciones de caciques electorales, con una base social en la clase media y unas tradiciones históricas que les sirven de aglutinante. Son vestigios de las fuerzas políticas que antaño llevaron el mismo nombre.

En la Convención de Instituciones Republicanas y en el P.S.U. se encuentran representantes de lo que se ha llamado « la nueva izquierda » junto con personalidades desgajadas de otras formaciones de la izquierda tradicional. Sin embargo, el P.S.U., donde coexisten aquellos sectores (que aquí suelen llamarse « socialistas modernos ») y militantes marxistas revolucionarios, tiene una implantación más sólida que le ha permitido mantener su independencia frente a la malevolencia de sus dos « hermanos mayores » y ser algo más que la hoja de parra de Mitterand, que es lo que, exagerando un poco, justifica la existencia de la C.I.R. Las últimas elecciones señalan, sin embargo, un cambio importante en la vida de este partido que se define oficialmente como marxista : su portaestandarte ha sido una de esas personalidades a que nos referíamos antes, Pierre Mendes France, procedente del partido radical, y que sería aventurado calificar incluso como « socialista moderno », como su ausencia del encuentro socialista de Grenoble lo indica — Todo parece indicar que, acompañado de una parte del actual P.S.U., P.M.F. será en un futuro próximo el cuarto hombre de la Federación, que agruparía de este modo a toda la izquierda no comunista y daría un paso más en la « simplificación » de la vida política francesa. (Uno de los obstáculos principales a esta operación puede ser la superioridad de P.M.F. sobre sus futuros colegas de la Federación.)

Pero volviendo a las últimas elecciones hemos visto que — y toda la prensa ha comentado este hecho — el P.C.F. es considerado cada vez más por el electorado de la izquierda no comunista como un partido « respetable », es decir, respetuoso hacia la democracia parlamentaria burguesa. Naturalmente, siendo la política un terreno donde impera el realismo más absoluto, esta opinión no está basada en las incansantes palinodias del P.C.F. o en sus lamentables campañas publicitarias con llaveros, cantantes « yé-yé » o novios que contemplan extasiados un punto situado a 45° sobre la línea del horizonte, sino en la convicción, que ha vencido una desconfianza de muchos años, de que el P.C.F. es por su estructura y por la línea política internacional en la que se sitúa, completamente incapaz de conducir un movimiento revolucionario en Francia. Mejor aún, que sirve de abceso de fijación de cualquier veleidad de este tipo y por su acción implacable contra todo grupo revolucionario en formación unida a su ascendiente en la clase obrera francesa, es, en realidad, uno de los mejores guardianes de la legalidad burguesa. Sin embargo, esto no es nuevo, y junio del 36 demostró el carácter del P.C.F. mantenido después fielmente a través de toda clase de peripecias. Quedaba el miedo al « golpe de Praga ». Pero si la derecha francesa, como está demostrando De Gaulle, ha dejado de creer en el « peligro rojo » y se permite desmontar alegremente la NATO la izquierda no comunista no puede ser menos. Lo demás es retórica electoral para cultivar los reflejos tenaces de algunos retrasados mentales.

Esto es lo que significa la « salida del gueto », el hecho de que el P.C.F. sea « un partido más », el máspreciado florón de la « oposición republicana ». La izquierda es hoy en Francia, una izquierda que no tiene nada de socialista, nada de revolucionaria, que no aspira más que a una administración, más eficaz, del orden burgués. Como se ha dicho en Grenoble, las formas de la vida parlamentaria en el Estado socialista « no serán, por naturaleza diferentes de lo que son en los Estados plutodemocráticos si no es que la amplitud de las tareas del Estado socialista implicará que el Parlamento tenga a su disposición medios de estudio, encuesta y de documentación importantes »(1). Naturalmente, el P.C.F., que tiene que sostener la permanencia del mito entre sus masas, no llega a esos excesos de lenguaje.

Otro de los temas explotados por la prensa a raíz de las elecciones es el de « ¿ qué hará De Gaulle ? ». Forma un poco primaria de preguntarse cuál será la política de la mayoría, en este período que queda hasta las elecciones del 1972.

En la mayoría elegida ha salido reforzada la tendencia conservadora — también « moderna » — de Giscard d'Estaing, y una de las primeras noticias políticas, ha sido la decisión que ha tomado este grupo de mantener sus distancias respecto a la U.N.R. Es decir, que se da perfecta cuenta de su importancia y que el hombre del « sí pero... » está dispuesto a poner los « peros » que hagan falta.

Otro hecho es que, frente a la que se creía, y gracias a la táctica de oposición a ultranza a la Quinta República, el grupo Centro Democrático de Lecanuet — reaccionarios y clericales, de tendencia proamericana — ha resultado relativamente favorecido, por el debilitamiento de la mayoría, que pueden tener necesidad de contar con ellos. Y en esto, su comportamiento en la elección del Presidente de la Asamblea puede ser una prueba interesante.

Es decir, que la mayoría actual ha de tomar más en consideración que nunca la opinión de los que están a su derecha (no olvidemos que izquierda y derecha son conceptos esencialmente relativos) y que, por una de esas paradojas, tan frecuentes en el parlamentarismo, el progreso de la izquierda puede producir una inflexión del gobierno hacia la derecha.

(1) Ver artículo de Lorenzo Torres en Cuadernos de Ruedo Ibérico No. 9. También, por ejemplo, el « Manifiesto del Partido Comunista » de K. Marx y F. Engels.

Cabe también la hipótesis de que De Gaulle, siguiendo el consejo de los « gaullistas de izquierda », trate de minar el terreno a la oposición realizando una política « social ». Si esta política se limita a una modesta limpieza de fachada, como se hace con los monumnetos en París, es posible. Lo difícil es que llegue a realizar ni siquiera un conato en contra de la opinión de lo que podemos llamar la derecha del régimen. En efecto, si los resultados electorales determinan ya hoy, una dependencia de la U.N.R. y otros partidarios de la afirmación incondicional al general respecto a la otra derecha, los dirigentes de esta formación, Pompidou en primer lugar, tienen que preparar prudentemente su futuro. En 1972, probablemente, la figura mítica del general, no podrá servir de bandera a las diversas facciones de la derecha agrupadas bajo esas denominaciones transitorias. A falta de un mascarón de proa habrá que volver a la política paciente de la implantación local y de los acuerdos entre distintas personalidades. El hecho de que el electorado joven será entonces mucho más numeroso hace que la derecha no pueda, si quiere conseguir la victoria, desperdiciar uno solo de sus hombres. Entonces será la hora de Lecanuet y de los Independientes.

Como otros triunfos recientes de la izquierda europea — Inglaterra, Alemania — la clase obrera pagará los gastos de la agradable competición. Wilson en el poder, Brandt en el semipoder y Mitterand en la impotencia. Esperemos, por la cuenta que nos tiene, que en esta serie decreciente, la próxima victoria de la izquierda europea no corra a cargo del Sr. Tierno Galván.

Grecia: El fin de un frente popular

por Fernando Ibeas

No se puede decir que el golpe militar realizado con tanta maestría en Grecia haya sorprendido a nadie. Era algo que tenía que suceder, antes o después de las elecciones, que hubieran vuelto a dar una mayoría a Papandreu y quizás a aumentar la representación del E.D.A. Esto hubiera significado la vuelta a la situación anterior a julio del 65, cuando el rey destituyó a Papandreu tomándose bastantes libertades con la Constitución, y por lo tanto, que todos los subterfugios parlamentarios que se habían acumulado desde entonces, para impedir que la opinión mayoritaria se reflejara en la composición del gobierno no habían servido para nada.

Lo que sí es más asombroso es la falta de perspicacia de unos políticos que se dejaron sorprender en la cama por los conjurados, y sobre todo, después de pasados quince días, la falta de reacción del pueblo griego. El golpe de Estado, ha sido — y no sólo por su preparación — un éxito completo. Algo así como un 18 de julio que les hubiera salido bien.

El papel del rey, a pesar del ridículo juego a que se han dedicado las monarquías democráticas de Europa para ocultar la realidad, no deja lugar a dudas. Nuestro apreciado ABC — tan celoso defensor de todas las coronas y más si son de la familia — ya se dió clara cuenta, prorrumpiendo en alabanzas a los militares salvapatrias al día siguiente de los sucesos. El hecho de que aquél estuviera o no al corriente de los detalles y programa de la conspiración, no significa nada. Después de haber agotado todos los procedimientos « paraconstitucionales » no le quedaban sino los que se han empleado el 21 de abril. La primera piedra de la situación actual fué puesta por el monarca con la destitución de Papandreu.

Las explicaciones dadas por los militares son la clásica « revolución comunista » en perspectiva, adornada con referencias al « caos parlamentario », etc. El primer pretexto, incluso para el que no conozca la política de « reconciliación nacional » que el P.C. griego viene realizando con rara constancia, queda anulado por la falta de reacción y por la facilidad con que han sido encarcelados todos los dirigentes de la izquierda, comunistas o no. Los « juegos parlamentarios » fueron iniciados y fomentados por la corona, apoyada por la derecha parlamentaria, en sus intentos de cortar el camino a Papandreu y a una — aunque indirecta — liquidación definitiva de las secuelas de la guerra civil. Baste decir que, pese al período de gobierno Papandreu, aun quedaban presos políticos en Grecia cuya condena se remontaba a aquellas fechas.

El nuevo régimen parece oscilar entre la fachada democrática, al estilo de Caramanlis, que parece ser la que preferiría el rey y los ingleses — consejeros y tutores de la monarquía griega — o el pretoriano fascista al estilo de Saigón, que es el que mejor se adapta a las « cualidades » de los militares sublevados y el que goza de las simpatías del embajador norteamericano. Todo su personal se recluta entre la extrema derecha e incluso existen fascistas declarados y antiguos cómplices de los nazis. Para terminar retratarse han proclamado un pintoresco decreto, haciendo obligatoria la comunión semanal de las estudiantes.

Hay que reconocer que la democracia griega era una ficción. Una monarquía reaccionaria por necesidad — ya que en el sector joven y progresivo del país no tenía ningún prestigio — y por afinidades, que no son todas inglesas. Un ejército de guerra civil, como el de España, más bien impermeable a todos los cantos de sirena o de cisne de la izquierda, y estrechamente supeditado a los norteamericanos que subvencionan directamente el 80 % de sus necesidades en material y armas.

La política del P.C. griego ha sido, desde la liquidación de las guerrillas en cumplimiento de los acuerdos de Postdam, que deslindaban las esferas de influencia en Europa, de « coexistencia pacífica », desgraciadamente unilateral. Aunque ilegal, controlaba prácticamente el E.D.A., agrupación izquierdista, que por falta de política propia no era sino un apoyo a los parlamentarios de Papandreu.

Una « clase » política corrompida, dispuesta a todos los cambios de orientación más sorprendentes — diputados de extrema izquierda que se pasaban de pronto a la derecha, diputados con los que se podía contar, a su debido precio, para fabricar una escisión y hundir un gobierno, etc. — ligada estrechamente con todos los especuladores y grandes capitalistas — como los famosos armadores griegos — y a la que el P.C. griego en lugar de desenmascarar y combatir daba — al menos a algunas de sus fracciones — el visto bueno de su prestigio ganado en la resistencia y en las guerrillas.

Esperemos que el pueblo griego supere la decepción en que tanta torpeza política le ha sumido y logre crear una organización revolucionaria que barra el gobierno títere de Atenas.

Teniendo en cuenta que la situación en Grecia se asemejaba a algunas de las hipótesis que pueden trazarse para la España post-franquista, es de desear que muchos españoles saquen las conclusiones que se deben y como decimos, escarmienten en cabeza ajena.

De la miseria en el medio estudiante

Extractos de un folleto de la Internacional Situacionista

Con estas palabras se encabeza el título del folleto que la Asociación de Estudiantes de Estrasburgo publicó a fines de 1966, cuyo éxito de escándalo ha sido tal que se han vendido desde entonces varias ediciones y que ha motivado numerosos comentarios.

Hemos creído que merecía la pena dar a conocer a nuestros lectores algunos de los fragmentos de este escrito, cuyo sentido profundo es el de superar las discusiones que sobre la situación de la enseñanza universitaria y la pérdida de su « independencia », abundan en toda Europa, señalando que el problema no puede reducirse a sus ámbitos universitarios y que implica un determinado concepto global de la sociedad. Los intentos de impedir la « integración » de la Universidad a la sociedad neocapitalista no pueden ser más que un combate de retirada, y frente a ésto, la posición de los integradores es perfectamente lógica. El único remedio eficaz es la transformación de la sociedad de la que el « problema de la Universidad » no es sino una faceta.

Los autores, que pertenecen a « la Internacional Situacionista », al mismo tiempo que desinflan alegremente algunos de los peores mitos que envenenan la conciencia del movimiento obrero desde hace medio siglo, no han resistido a la tentación de ajustar las cuentas a toda una serie de grupos concurrentes, ni a la de aparecer más iconoclastas que nadie, yendo de la malevolencia ingeniosa a la « amalgama » menos justificable. Lo que ganan así, en brillantez y mordacidad lo pierden en capacidad aclaratoria y convincente.

*
**

En sí misma, la « Juventud » es un mito publicitario unido profundamente al modo de producción capitalista, como expresión de su dinamismo. Esta primacía ilusoria de la juventud se ha hecho posible gracias al progreso económico que siguió a la segunda guerra mundial, a raíz del ingreso en el mercado de toda una categoría de consumidores más maleables, destinados a integrarse en la sociedad del espectáculo. Pero la explicación dominante del mundo choca de nuevo con la realidad socioeconómica (pues siempre está retrasada respecto a ésta) y es precisamente la juventud la que primero se afirma con un irresistible hambre de vivir y se rebela espontáneamente contra el tedio cotidiano y el tiempo estancado que el mundo viejo segrega a través de sus diferentes modernizaciones. La fracción de la juventud en rebeldía rechaza lo que ese mundo le ofrece pero carece de la conciencia de una perspectiva de superación. Su reacción es puramente nihilista. Pero esa perspectiva se busca y está en proceso de formación en todo el mundo, aunque aún le falta alcanzar y necesita llegar a la coherencia de la crítica teórica y a la organización práctica de esta coherencia.

Los « blousons noirs » representan en su nivel más bajo, en todos los países, con toda violencia aparente su negativa a integrarse. Por el carácter abstracto de su negativa no les permite escapar a las contradicciones de un sistema del que son el producto negativo espontáneo. En efecto, son el producto de todos los aspectos del « orden » actual : de la urbanización en grandes bloques de habitaciones aislados, de la descomposición de los valores,

del aumento de un tiempo libre convertido en artículo de consumo cada vez más aburrido, del control humanístico-policíaco cada vez más presente en la vida diaria, de la supervivencia económica de la célula familiar carente de todo significado. Desprecian el trabajo *pero* aceptan las mercancías. Quisieran tener todo lo que la publicidad les muestra, sin tener que esperar y gratis. Esta contradicción fundamental domina toda su existencia y es lo que envenena su tentativa de afirmación a través de la búsqueda de una verdadera libertad en el empleo de su tiempo, la afirmación de su individualidad y la constitución de una especie de comunidad. Tales micro-comunidades reconstruyen al margen de la sociedad desarrollada, un primitivismo en el cual la miseria reproduce inevitablemente la jerarquía en la banda. Esa jerarquía que sólo se puede afirmar en una lucha contra otras bandas, *aisla* a cada una de ellas, y dentro de cada una al individuo.) Para librarse de esta contradicción, el « blouson noir » se verá obligado a trabajar para comprar las mercancías — y precisamente existe todo un sector de la producción dedicado a su recuperación como consumidor (motos, guitarras eléctricas, vestidos, discos, etc...) — o bien se decide a atacar a las leyes de la mercancía, de modo primitivo, robándola, o de un modo consciente por medio de una crítica revolucionaria del mundo de la mercancía. El consumo termina por dulcificar las costumbres de estos jóvenes rebeldes, y su rebeldía acaba por caer en el peor de los conformismos. Su mundo no tiene otra salida que la adquisición de una conciencia revolucionaria o la ciega disciplina de la fábrica.

.....

La Tercera Internacional, creada aparentemente por los bolcheviques para luchar contra los restos de la socialdemocracia reformista de la Segunda, y agrupar a la vanguardia revolucionaria en los « partidos comunistas revolucionarios » estaba demasiado ligada a sus creadores y sus intereses para poder realizar en lugar alguno, la *verdadera revolución socialista*. De hecho, la Segunda Internacional era la verdad de la Tercera. Muy pronto el modelo ruso se impuso en las organizaciones obreras de Occidente y sus evoluciones fueron idénticas. A la dictadura totalitaria de la burocracia, nueva clase dirigente, sobre el proletariado ruso, correspondía en el seno de aquellas organizaciones, el dominio de una capa de burócratas políticos y sindicales sobre la gran masa de obreros cuyos intereses habían llegado a ser realmente contradictorios con los suyos. El monstruo del estalinismo obsesionaba la conciencia obrera, mientras que el capitalismo, a lo largo de un proceso de burocratización y de superdesarrollo, resolvía sus crisis internas y afirmaba con orgullo su nueva victoria que pretende permanente. Una misma forma social, aparentemente divergente y variada, se apodera del mundo, y los principios del *mundo viejo* siguen gobernando nuestro *mundo moderno*. Los muertos paralizan el cerebro de los vivos.

En el seno de este mundo, las organizaciones que pretenden ser revolucionarias no hacen sino combatirle aparentemente, en su propio terreno, a través de los mayores engaños. Todas se inspiran en *ideologías* más o menos petrificadas y no hacen en definitiva sino participar en la consolidación del orden dominante. Los sindicatos y los partidos políticos forjados por la clase obrera para conseguir su propia emancipación se convierten en reguladores del sistema, propiedad privada de dirigentes que sólo piensan en su propia emancipación y consiguen un lugar entre la clase dirigente de una sociedad a lo que no piensan en ningún momento poner en peligro. El programa real de estos sindicatos y partidos no hace más que utilizar del modo más aburrido la fraseología « revolucionaria » y aplicar, de hecho, el reformismo más tibio,

pues el mismo capitalismo se hace oficialmente reformista. Donde consiguen conquistar el poder — en países más atrasados que Rusia — no hacen sino reproducir el modelo estalinista del totalitarismo contra-revolucionario. (Su realización efectiva es la industrialización del país por la clásica acumulación primitiva a costa del campesinado, acelerada por el terror burocrático.) En otras países son el complemento estático y necesario a la autorregulación del capitalismo burocratizado; la contradicción indispensable al mantenimiento de su humanismo policéfalo. Por otra parte siguen siendo, en relación con las masas obreras, la garantía indefectible y los defensores incondicionales de la contrarrevolución burocrática, los instrumentos dóciles de su política exterior. En un mundo fundamentalmente engañoso, son ellos los que defienden la mentira más radical, trabajando por la perennidad de la dictadura universal de la Economía y del Estado.

.....

La denuncia teórica y práctica del estalinismo bajo todas sus formas debe de ser el principio básico de todas las futuras organizaciones revolucionarias. Está claro, que en Francia, por ejemplo, donde el retraso económico retrasa aún la conciencia de la crisis, el movimiento revolucionario no podrá resurgir sino de las ruinas del estalinismo aniquilado. La destrucción del estalinismo debe de convertirse en el *delenda Carthago* de la última revolución de la prehistoria.

.....

La historia moderna no puede ser liberada, y sus innumerables adquisiciones tutilizadas libremente, sino por las fuerzas que ha dejado precisamente a un lado: los trabajadores sin poder ante las condiciones, el sentido y el producto de sus actividades. Del mismo modo que el proletariado era ya en el siglo XIX el heredero de la filosofía, es ahora el heredero del arte moderno y de la primera crítica consciente de la vida cotidiana. No puede suprimirse sin realizar, al mismo tiempo, el arte y la filosofía. Transformar el mundo y cambiar la vida son para él una misma cosa, las consignas indiscernibles que acompañarán su supresión como clase, la disolución de la sociedad presente como reino de la necesidad, y la arribada definitiva al reino de la libertad. La crítica radical y la reconstrucción libre de todas las conductas y valores impuestos por la realidad alienada son su programa máximo, y el impulso creador desprendido de la construcción de todos los momentos y acontecimientos de la vida es la única *poesía* que podrá reconocer; la poesía hecha por todos, el principio de la fiesta revolucionaria. Las revoluciones proletarias serán *fiestas* o no existirán, pues la vida que preludian se creará también bajo el signo de la fiesta. El *juego* es la racionalidad última de esta fiesta, vivir sin tiempo muerto y gozar sin obstáculos son las únicas reglas que podrá reconocer.

NOTA

Rogamos a nuestros lectores que nos disculpen por no haber podido publicar en este número los artículos anunciados sobre el período 1936-39. En el No. 9 seguiremos publicando diversas colaboraciones sobre este interesante período.



30 F. Belgas
3 F. Franceses
3 marcos
10 pesetas

